Prólogo de Jesús Bengoechea

RAMÓN ÁLVAREZ DE MON

# QUE BAJE DIOS Y LO EXPLIQUE

Crónica de tres noches inolvidables en el Santiago Bernabéu

Lo que podréis leer en este libro bien podría corresponderse con el guion de una película de Hollywood. Una, cuya crítica fuera que dista demasiado con la realidad, que es demasiado fantasiosa, como de ciencia ficción, en la que sabes que el héroe vencerá contra todo pronóstico y de cualquier manera.

Se trata del relato de una nueva Champions League del Real Madrid, la Decimocuarta en concreto. Nada tiene de especial eso, dirían algunos, pero lo vivido en el Santiago Bernabéu entre el 9 de marzo de 2022 y el 4 de mayo del mismo año parecía una hazaña imposible incluso para el Real Madrid, el club de las remontadas. Una Copa de Europa perfecta en su imperfección, en su distancia con el cartesianismo imperante e impuesto por el relato dominante.

Ramón Álvarez de Mon

# Que baje Dios y lo explique

## Crónica de tres noches inolvidables en el Santiago Bernabeu

**ePub r1.0**
**Titivillus** 01.02.2023

Título original: *Que baje Dios y lo explique*
Ramón Álvarez de Mon, 2022
Prólogo: Jesús Bengoechea

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

# Prólogo

A la espera de que Spielberg se decida con la inevitable superproducción, de momento ya tenemos un libro sobre la increíble sucesión de remontadas europeas del Real Madrid 21/22, coronadas con el triunfo en Saint-Denis ante el Liverpool. Es un libro escrito y publicado en tiempo récord, en el entendible afán del editor por contar tal hazaña lo antes posible. Tal vez sea un empeño innecesario, por cuanto se trata de recuerdos que jamás dejarán de estar próximos. No hay cálculo en la eternidad, pero por si acaso.

Afirmo categóricamente que la materia objeto de esta narración constituye la mejor temporada en la historia del Real Madrid. Es un año cerrado con un triplete (Champions, liga y Supercopa, por orden de importancia), clausurado con la sensación de haber asistido a algo radicalmente único y, lo que es más estupefaciente, repetido una vez tras otra. Las remontadas sucesivas ante PSG, Chelsea y City fueron completamente asombrosas, y sin embargo encierran un mensaje más viejo que el Sol, porque lo que el Real Madrid ha ofrecido en ellas a todo el planeta es precisamente lo que el planeta espera ver del Real Madrid, es decir, milagros sustentados sobre una épica ligada a la calidad del equipo, a la indesmayable fe en esa calidad y a la renuencia total a tomar nota de que el rival te está superando cuando tal cosa ocurre. El Madrid (no se olvide) ha hecho por tramos verdaderas exhibiciones de gran fútbol en esta Champions, pero ha desatado sus golpes más memorables precisamente cuando el rival más parecía acorralarlo.

El paradigma de esto se da en la vuelta ante el Chelsea. Cada uno puede tener su gesta favorita, es ya un debate enconado en el seno del vikinguismo. Mi predilecta, vistas las tres en perspectiva, es la remontada ante el club londinense. (Hago mal en llamarla

remontada cuando lo que allí se hizo fue abortar un intento de remontada del rival.) Estás al borde no solo de la eliminación, sino de la humillación, por cuanto el adversario te está endosando un 0-3 para compensar el 1-3 que le sacudiste en la ida, pero nada de esto afecta a tu autoestima ni a tu desatinada fe en la clasificación final. Aparecen el exterior de Modrić y su hijo adoptivo Rodrygo para salvarte en una jugada para la historia. No obstante, ¿qué no es historia en todo esto? Puedes escoger el momento que prefieras (las paradas de Courtois, la silla de Alaba, el *panenka* de Karim), pero este maravilloso sindiós consiste más bien en saber qué jugada te escoge a ti.

Te lo cuenta Ramón Álvarez de Mon y todo cuadra en este circo. El Madrid, eterno funambulista, esculpió su éxito caminando sobre el alambre mientras Ramón acompañaba el más difícil todavía como malabarista invitado: de Radio Marca a su célebre canal de YouTube, y de ahí a comprar Apiretal en la farmacia de guardia. Todo nos llega desde la óptica de la vida de Ramón en esos días. Igual que podría llegar desde el ángulo exacto de tu vida. A todos nos estaban pasando cosas fuera de un estadio en construcción, nuestras vidas estaban en marcha o incluso sobre la marcha, que es como el Madrid obró estas proezas que sepultaron los apriorismos en el nicho contiguo al de las pizarras. Los sueños nunca habrían podido planear ciscarse de este modo en la realidad. Había que improvisarlo, si es que se puede llamar improvisación a que se cumpla lo que está en los escritos.

Lo peor de los sueños es que tienen muy complicada revisitación. Ramón tiene aquí el arrojo de mirar atrás e hincarles el diente. Acaba de ocurrir, pero es tan quintaesencialmente Real Madrid que no hay nada más *vintage* que lo que vas a echarte a la retina. El lector inquieto por la falta de tiempo para leer no tiene nada que temer: es el único libro que viene con minutos de descuento y prórroga. Eso ni Spielberg te lo iguala.

JESÚS BENGOECHEA

# Introducción

Lo que podréis leer a continuación bien podría corresponderse con el guion de la última película de Hollywood. Una de la que se dijera que dista demasiado con la realidad, que es excesivamente fantasiosa, como una cinta de ciencia ficción en la que sabes que el héroe vencerá contra todo pronóstico y de cualquier manera.

Se trata del relato de una nueva Champions League del Real Madrid: la Decimocuarta. Algunos dirían que es algo que no tiene nada especial, pero lo vivido en Madrid entre el 9 de marzo y el 4 de mayo de 2022 parecía una hazaña imposible incluso para el Real Madrid, el club de las remontadas. Una Copa de Europa perfecta en su imperfección, en su distancia con el cartesianismo imperante e impuesto por el relato dominante.

Tiene mucho mérito que la Decimocuarta vaya a rivalizar en cuanto a simpatía y cariño con la Séptima, lograda tras treinta y dos años sin la Orejona, cuando parecía imposible que los madridistas la viésemos a todo color. O con la Décima y aquel gol de Ramos que fue capaz de resucitar a un equipo herido de muerte; sin aquel maravilloso cabezazo que batió al hoy adorado Courtois todo sería distinto. Ha sido tan epopéyico lo conseguido durante la primavera madrileña en el Santiago Bernabéu que este libro y otros muchos que vendrán junto con documentales varios tendrían que haber visto la luz incluso sin haber coronado París. Sin embargo, habría sido un libro que publicar en el futuro, cuando la decepción por la final perdida hubiera dado paso al orgullo y la admiración de haber vivido lo vivido. Es difícil desde el madridismo recordar con felicidad una derrota, pero este Madrid de las remontadas habría merecido quien le escribiera. Al mismo tiempo, el aprendizaje para el futuro habría sido de un valor incalculable.

Por suerte, el final fue feliz, y de nuevo épico, y la hazaña más grande jamás vista en la historia del deporte, al menos que yo recuerde, ha engrosado el palmarés del club con más títulos de la historia. Una historia que ha estado más presente que nunca en cada una de las remontadas vividas y que tuvieron un precedente, aunque con matices importantes, en la década de los ochenta. Una época que no tuve la suerte de vivir, pero de la que por supuesto me he alimentado gracias al relato de mis mayores y a los vídeos de la época. Es curioso cómo el ADN de un club puede ir pasando a las nuevas generaciones de manera casi mágica.

El Real Madrid del que escribiré es un equipo que ha sabido hacer de la fusión de sus veteranos y noveles uno de sus grandes activos. Sin un vestuario pleno de salud, habría sido imposible acometer lo conseguido. Un Real Madrid *nadalesco*, como dijo Corretja y han dicho muchos otros, porque ha sabido aprovechar en su favor cada circunstancia del partido, por esquiva que nos pareciera al resto. «Que no me mates significa que te podré matar yo». Un equipo, pues, repleto de valores importantes para la sociedad.

Ha sido un Madrid que no solo ha impactado por su fe en la victoria, sino también por el temor reverencial que ha causado en sus rivales cada vez que algo se torcía. El ánimo del equipo y del Bernabéu convivía al instante con el terror de un contrincante que no entendía lo que estaba a punto de suceder. Esa sensación colectiva será patrimonio madridista para los próximos años. Nunca un equipo, por bueno que sea, se sentirá vencedor de una eliminatoria hasta que el árbitro pite el final. Jamás un madridista dejará de creer hasta que todo esté acabado. La experiencia de los jóvenes que han hecho la mili durante estos meses invita a pensar que la Decimocuarta es solo el comienzo de una nueva leyenda que se empieza a escribir desde ahora.

Durante los pasajes de este libro, el lector encontrará un relato en primera persona de un madridista cuyo trabajo, más bien su pasión, es seguir la actualidad del Real Madrid. He podido vivir esta Champions desde diferentes escenarios y circunstancias, y mi objetivo es volver a trasladarte, a través de mis recuerdos y emociones, hasta esos momentos en los que todos querríamos quedarnos a vivir eternamente. Es probable que no logre que lo

vuelvas a vivir, ya que el éxtasis tiene mucho de vivencial, pero seguro que algunos recuerdos te sacarán alguna sonrisa, o quizás incluso alguna lágrima de felicidad.

Juntos volveremos a revivir la remontada contra el ogro PSG, que tanto aspira a parecerse a nosotros, pese a que nuestra grandeza es algo que no se puede comprar. También te recordaré la recuperación contra el Chelsea cuando todo parecía que acabaría en drama y las afiladas crónicas de muchos opinadores se disponían a hacer trizas al equipo. Por supuesto, repasaremos el milagro contra el Manchester City ante los atónitos ojos de Guardiola. No podría faltar que me acompañes a la gran final desde el infierno de Saint-Denis ante un grandísimo Liverpool. Juntos nos enorgulleceremos de cómo el viejo Madrid pudo con el nuevo fútbol edulcorado con los petrodólares ajenos a todo sentido de meritocracia y legalidad ante una UEFA que se vendió al capital. Un Real Madrid «al que no le daba el nivel para Europa» y que venció a todos «jugando a nada». Un Real Madrid que venía arrasando en la liga y, sin embargo, se jugaba la vida en la final de París por no haber podido fichar a Mbappé y verse sumido en el principio de una futura depresión que no merecía. Un Real Madrid probablemente mejor de lo que algunos madridistas merecen, pero que sin duda es de todos. También de los que confunden exigencia con pesimismo vital.

Porque el Real Madrid es de todo aquel que se sienta madridista, de todo aquel que nunca olvidará lo vivido entre los meses de marzo y mayo de 2022. Del que ya se siente incondicionalmente ligado a una plantilla de jugadores que ha mostrado valores tan importantes en el campo de juego como en la vida. El enorme talento de cada uno siempre estuvo al servicio de una causa colectiva mayor. Un vestuario sin egos manejado por un gran entrenador, un hombre bueno que supo representar los valores del Real Madrid de una manera inmejorable en cada rueda de prensa y que siempre explicó por qué el simple hecho de entrenar al Real Madrid le hacía sentirse incondicionalmente feliz y agradecido. Todo bajo el mando de un presidente, Florentino Pérez, que ya acumula las mismas Copas de Europa que Santiago Bernabéu, la referencia a la que siempre ha tratado de emular en favor del Madrid, como él mismo reconoció. El final del trayecto fue maravilloso, pero, ay, amigo, hay que ver cómo fue el camino. ¿Me

acompañas en esta increíble historia?

# Un sorteo vergonzoso

El 13 de diciembre de 2021 se celebraba el sorteo de los octavos de final de la Champions en la ciudad de Nyon, Suiza. El Real Madrid había logrado su clasificación brillantemente tras quedar primero en un grupo integrado también por el Inter de Milán, el Shakhtar Donetsk y el Sheriff Tiraspol.

El debut del conjunto madridista fue en el difícil estadio del Inter. Tras un duro partido en el que los italianos disfrutaron de más minutos de dominio, una combinación hacia el final del partido entre Camavinga y Rodrygo, recién salidos al campo, le daría una victoria fundamental al Madrid. Nadie podría sospechar que este gol no tendría nada de anecdótico visto lo que ocurriría meses después. El caso es que los blancos habían vencido en su casa al gran rival por el primer puesto en el grupo, el vigente campeón de la Serie A.

Poco después, el Real sufriría un tropiezo de lo más inesperado ante el Sheriff en el Bernabéu. Fue una de esas pocas veces en las que la suerte no acompañó a los madridistas. Por mucho que lo intentaron, solo lograron batir al portero visitante gracias a un penalti ejecutado a la perfección por Benzema. El gol postrero del Sheriff supuso una derrota dolorosa que contribuyó a ajustar un grupo liderado por los verdugos del Madrid.

Ante el Shakhtar, la presión era importante porque las cosas no marchaban demasiado bien en la liga tras la derrota ante el Espanyol. Los últimos precedentes ante los ucranianos decían que se habían perdido los dos partidos la temporada pasada. Pude saber que Ancelotti comentó internamente que le correspondía ajustar algunas cosas. El italiano había visto los partidos del año pasado y también observaba los problemas que su equipo estaba teniendo

cuando trataba de presionar arriba. Con Casemiro, Kroos y Modrić no resultaba un planteamiento coherente, dado que no les sobraba la energía ni la velocidad para vivir lejos de su campo. Así que optó por plantear un bloque bajo que se mantendría durante gran parte de la temporada. El 0-5 fue un fiel reflejo de lo acertado del cambio. Vimos un doblete de Vinícius y goles de Rodrygo, Benzema y Kryvtsov, en propia puerta.

El partido del Bernabéu de poco después fue bastante más gris. El Real Madrid necesitó un doblete de Benzema para asegurarse una victoria que empezaba a aclarar el panorama de la clasificación. La anarquía del equipo ucraniano suele derivar en este tipo de partidos en los que coger sensaciones es complicado.

Ante el Sheriff tocaba asegurar la clasificación y dejar casi sentenciado el primer puesto. El Real Madrid completó un partido eficiente y funcional para evitar la desagradable sorpresa que había sufrido semanas antes en su feudo. Alaba, de falta, Kroos y, cómo no, Benzema pusieron el 0-3 que cumplía el doble objetivo de asegurar la clasificación para los octavos y de vengar la derrota sufrida anteriormente y que fue objeto de mofas y befas por parte de un antimadridismo sediento de satisfacciones.

Quedaba solo jugar ante el Inter de Milán en casa el 7 de diciembre. Al Madrid le valía un empate para ser cabeza de serie en el sorteo que tendría lugar días después. Kroos y Asensio aseguraron una victoria a la que también contribuyó la expulsión de Barella. Fue un partido más complejo de lo que mostraba el 2-0 final, ya que en su comienzo el Inter bien pudo adelantarse en alguna ocasión. Los quince puntos daban buena muestra de que la clasificación había sido casi perfecta, mientras el resto de los equipos españoles zozobraban o directamente pasaban a jugar la Europa League.

Volvamos al sorteo. El Madrid, cabeza de serie, se podía enfrentar al PSG, Sporting de Lisboa, Chelsea, Benfica y Salzburgo. Había, pues, dos rivales muy duros, PSG y Chelsea, y otros tres algo más asequibles. Inicialmente, la fortuna sonrió al Madrid, al que le cayó en suerte el verdugo del Barça, el Benfica. Un rival ante el que sería claro favorito, al menos sobre el papel. Se trataba del primer emparejamiento que dictaba el sorteo; sin embargo, una vez rematada la lotería, se comprobó una nueva chapuza que adulteró el resto de los emparejamientos, pero que dejaba libre de toda

mácula el del Madrid, eso sí. Las dos horas siguientes se sucedieron entre rumores de respecto a si se anularía todo el sorteo o se dejaría lo que sí había sido válido. Parecía evidente que la equidad marcaba lo segundo, pero la UEFA demostró de nuevo una enorme torpeza y optó por la repetición del sorteo. Todo lo que diría públicamente el Real Madrid sería a través de Butragueño: «El sorteo ha sido lamentable, muy difícil entenderlo».

El nuevo sorteo no pudo tener más puntería y juntó al Real Madrid con el PSG, su nuevo archienemigo desde el pasado verano, cuando el conjunto blanco realizó varias ofertas para comprar a Mbappé y se encontró con la callada por respuesta por parte de los parisinos, que rechazaron doscientos millones por un jugador que acababa contrato y les había manifestado su intención de irse al Real Madrid. Para entonces, Al Khelaifi ya había mostrado su tremendo desprecio por los merengues. No solo por su interés en fichar a Mbappé, sino también por encabezar la docena de equipos que durante el mes de marzo habían anunciado la iniciativa de la Superliga, una competición que tenía como objetivo, entre otros, derrocar a una UEFA que se había casado con el PSG, club-Estado, ignorando su propia normativa del *fair play* financiero. Aquella competición ponía en jaque a los nuevos clubes-Estado, que actuaban con total impunidad. La propuesta era de doce equipos, pero nueve de ellos se echaron atrás públicamente, pese a seguir vinculados contractualmente; fuera como fuera, todo el mundo entendió que el liderazgo correspondía a Florentino Pérez. La respuesta de la UEFA, más allá de las amenazas de Ceferin, fue colocar a Al Khelaifi al frente de la UEFA y designar Saint-Denis como sede de la final tiempo después, cuando la invasión de Rusia a Ucrania hacía imposible mantener la sede de San Petersburgo, que era la inicialmente escogida.

Resultaba difícil no creer que ese liderazgo de Florentino Pérez y el Real Madrid no había influido en la decisión de la UEFA de repetir el sorteo. La capacidad de influir del conjunto madridista se demostró nula ante Ceferin. Era un peaje que había que asumir.

El PSG resultaba un rival mucho más duro que el Benfica; además, concitaba un enorme morbo por el asunto Mbappé (con quien el Madrid contaba para la temporada siguiente), por la presencia de Messi y por la vuelta de Sergio Ramos. Un importante

dirigente madridista con el que tuve la ocasión de charlar en los días posteriores al sorteo me confesaría: «No nos da miedo el PSG. Obviamente, es más duro que el Benfica, pero nunca puedes saberlo con seguridad. Además, saldremos totalmente motivados. Habría sido más duro el Chelsea». Y me añadió: «Ha quedado patente el mal proceder de la UEFA, y eso para el futuro de la Superliga es una baza adicional».

En relación con la presión externa, era cierto que resultaría difícilmente recriminable una temprana eliminación ante el equipo que tenía a Mbappé y a Neymar, y que había fichado a Messi, Sergio Ramos, Achraf o Wijnaldum. Más si la marcha en la liga seguía apuntando a un título logrado con solvencia y una superioridad manifiesta.

El caso es que al cabo de poco más de dos meses el Real Madrid empezaría un tortuoso camino en busca de la Decimocuarta. Teniendo en cuenta que habíamos entrado en el sorteo como primeros de grupo, la suerte no nos había sonreído, y más atendiendo a la crueldad de haber visualizado a un rival asequible como el Benfica. Lo que nadie sabía es que estaba a punto de empezar una historia legendaria cuyo guion, paradójicamente, se beneficiaría del mangazo de la UEFA.

# Golpe duro en París

Más allá de las tímidas quejas de Butragueño, durante los meses siguientes el Madrid se mantuvo en silencio con la chapuza y, seguramente por respeto al Benfica, asumió el resultado del nuevo sorteo. En paralelo, la liga seguía su curso y los madridistas marchaban líderes. Sin embargo, el buen juego exhibido a finales de 2021 había dejado paso a un equipo más dubitativo. Seguía sacando muchos partidos adelante, pero ya no lo hacía con solvencia. En esos días se empezaba a hablar de que Ancelotti podía haber quemado al equipo. Vinícius, tras un comienzo fulgurante, había bajado su rendimiento, y empezaban a surgir algunos de los problemas físicos que asolaron al equipo la temporada pasada, cuando se alcanzaron las sesenta lesiones, cosa que le costó el puesto a Dupont.

Se recordaba, con deleite para los antimadridistas, esa temporada en la que el Real Madrid de Ancelotti había arrasado hasta enero y después se había caído poco a poco hasta no lograr ni la Champions ni la liga. El Sevilla, muy reforzado en enero con el Tecatito y Martial, seguía a una distancia alcanzable en la liga, y el Barça de la Xavineta empezaba a funcionar algo mejor. Algunos pensábamos que el sabio Pintus quizás había elegido enero y febrero para caer en unos de esos valles físicos que permiten llegar al alza a final de temporada, pero la carga de minutos de algunos jugadores fundamentales nos hacían dudar, aunque Ancelotti repitiese hasta la saciedad que estaba tranquilo.

Fue una época en la que se produjo la eliminación en la Copa del Rey. Tras deshacerse del Elche milagrosamente, el Madrid tuvo que afrontar un difícil duelo en Bilbao con sus jugadores latinoamericanos sin apenas descanso por culpa de las fechas FIFA.

El gol local en las postrimerías del partido se vio como una decepción, pero también con cierto alivio dadas las malas sensaciones físicas que empezaba a transmitir el equipo. Era una Copa que, ya sin Barça, Atleti y Sevilla, parecía a tiro, pero el Madrid no ha nacido para ganar esta competición. Queda claro por su historia.

Así llegamos al 15 de febrero, fecha en la que debía celebrarse en el Parque de los Príncipes el encuentro de ida. El morbo estaba servido, aunque, como explicaremos luego, sería todavía superior en la vuelta. Ancelotti optó por el equipo habitual en formación 4-3-3, con Asensio en el extremo derecho. La principal duda antes del partido había sido la presencia de Benzema. El francés llevaba arrastrando problemas físicos durante unas semanas, y lo cierto es que fue duda hasta el último momento. El transcurrir del partido demostraría que Karim no estaba en condiciones de jugar a su nivel habitual.

Lo cierto es que en París el partido fue un baño. El PSG, con la suplencia de Neymar obligada por su inactividad tras la lesión, se mostró, con Di María, como un bloque tremendamente compacto. La presión parisina, desconocida e ineficaz durante la fase de grupos, en la que había sido el segundo peor equipo en recuperaciones de balones en el campo rival, ahogó a un Real Madrid que no encontraba la forma de respirar con el balón. Recuperarlo y perderlo era todo uno.

Mbappé percutía constantemente por la izquierda ante un Carvajal totalmente impotente frente a sus acometidas. Messi disfrutaba de tiempo y espacio para filtrar pases, y todo al son de un Verratti que era el dueño del centro del campo. Durante la primera parte, el gran problema no eran las ocasiones, que se sucedían, sino la sensación de que sería imposible que el Madrid amenazase a la defensa rival. Solo un cabezazo de Casemiro se pareció a una ocasión. Lo mejor al descanso era el empate.

En la segunda parte, el dominio local se acentuó aún más. Carvajal era un flan ante Mbappé y no lograba pararle, Courtois se tenía que emplear a fondo para sostener el asedio. Las ocasiones llegaban cada vez con mayor frecuencia. En una internada de Kylian por la izquierda, Carvajal picó y le derribó. Penalti claro. Lo chutó Messi, pero de nuevo Courtois obró el milagro e hizo que el

equipo sacara fuerzas de flaqueza. El PSG acusó durante algunos minutos el golpe, aunque eso no permitió que el Madrid inquietara a un Donnarumma, que vivió tranquilo todo el encuentro.

Los minutos finales volvieron a ser intensos y la entrada de Neymar le dio un nuevo resuello al PSG. El disparo de Gueye, atajado de nuevo por Courtois en el 92.30, invitó a pensar que ahí acabaría el sufrimiento, pues el árbitro había indicado solo cuatro minutos de añadido; sin embargo, lo peor estaba por venir. Mbappé recibió de Neymar y encaró a Lucas, que había entrado al campo por un agotado Carvajal. El francés no solo dribló al gallego, sino que con el mismo gesto también sorteó a Militao…, y esta vez Courtois nada pudo hacer: 1-0.

Lo peor no era el resultado —de hecho, era lo mejor tras lo visto —, sino la sensación de inferioridad aplastante que ya ese día no hacía presagiar nada bueno para la vuelta. Que el gol hubiese sido de Mbappé le daba un tono agridulce a la derrota. El tanto era un drama, pero lo metía un jugador que muchos madridistas ya sentíamos como nuestro. Aquel partido en Francia nos había servido de nuevo para comprobar que el Real Madrid estaba a punto de fichar al mejor jugador del mundo. Pronto sería nuestro, o eso parecía.

La única buena noticia era que el resultado podía considerarse remontable, más sin la regla del valor doble de los goles fuera de casa en caso de empate, y teniendo en cuenta que todavía quedaban tres semanas para el partido del Bernabéu. En la vida no es mucho tiempo, pero en el fútbol puede resultar una eternidad. El Real Madrid necesitaba olvidar que se había demostrado que era mucho peor que su rival. Mientras reflexionaba y cogía fuerzas, no sería admisible descuidar la liga. El reto era mayúsculo.

# Locura colectiva en el Bernabéu

Antes del intento de remontada, el Madrid tenía que jugar tres partidos que podían darle aire para la liga o terminar de comprimirla. El equipo estaba todavía en ese valle futbolístico y físico que venía arrastrando desde enero. Ante el Alavés logró imponerse con tres goles en la segunda parte. Las sensaciones habían sido horribles en el primer periodo. Partido romo que no ayudaba a despejar las dudas. Un chupinazo de Asensio empezó a aclarar el panorama, y el segundo acto acabó siendo cómodo y convincente. El empate del Sevilla fue todo un alivio. La ventaja crecía, así como la confianza en poder ganar la liga, el título más a tiro tras haber conquistado la Supercopa de España en enero tras vencer por los pelos al Barça de Xavi en las semifinales, y con suficiencia al Athletic de Bilbao en la final.

Ante el Rayo, en Vallecas, el Real Madrid se enfrentaba a un equipo que había sido una garantía jugando como local hasta ese momento. Recuerdo estar en la cabina de Radio Marca en Vallecas y comprobar que el público local confiaba en aprovechar las debilidades que evidenciaba el Madrid en ese momento. Fue un partido muy disputado que se resolvió en favor de los blancos gracias a una genialidad entre Vinícius y Benzema al final del partido. Una victoria que sabía a gloria y que ayudaba a mantener la distancia con el Sevilla.

Ante la Real Sociedad, percibí en el Bernabéu un clic. Había que estar ahí para sentirlo. Yo comentaba el partido para Radio Marca, como hago siempre en la liga. El Sevilla había vuelto a pinchar ante el Alavés; aquello casi era un jaque al campeonato. La Real comenzó adelantándose gracias a un penalti transformado por Oyarzabal. Sin embargo, el Real Madrid respondió con fiereza y se

rebeló ante la situación. El golazo de Camavinga nos empezó a avisar del crac que había fichado el Madrid. La segunda parte fue un festival ante un equipo acostumbrado a recibir muy pocos goles. El 4-1 demostró una mejoría notable en el juego y también una comunión con el Bernabéu que llevaba mucho tiempo sin ver. Un público muy animoso, pero también concentrado, se quedó al final del partido en una especie de acto de conjura. Era el último partido antes del PSG. Los jugadores entendieron la solemnidad del momento y se acercaron a la grada, y también permanecieron en el terreno de juego. Se estaba cociendo algo raro. Evidentemente no estábamos allí por haber hecho un gran partido de liga, aquello era un rito. Recuerdo haberlo comentado en el directo que hago para mi canal de YouTube después de cada partido.

Sin embargo, las casas de apuestas eran unánimes en darle un favoritismo absoluto al PSG para la clasificación. Lo que había ocurrido tres semanas antes sobrevolaba los pensamientos y las predicciones de la mayoría de la gente que trataba de hacer una aproximación objetiva al asunto. Mucho respeto en las declaraciones previas y mucho morbo pese a la ausencia de Ramos por lesión, algo que, sin embargo, no le impidió viajar. Vimos que Mbappé, en el entrenamiento previo en el Santiago Bernabéu, miraba al cielo como imaginando que esa sería su casa muy pronto. Al menos eso es lo que muchos interpretamos. Neymar diría: «Para mí y para Messi es un partido especial. Estos momentos no pasan a menudo y me he preparado para compartir esto con mis compañeros. Estoy feliz de poder jugar».

El brasileño estaba de nuevo en forma; su lesión era historia. La comida previa de directivas volvió a dejar clara la mala relación generada a partir del anuncio de la Superliga y, sobre todo, del *affaire* Mbappé. Al Khelaifi no disimulaba su malestar.

Yo iba a vivir este partido como un aficionado más en el estadio. Dado mi trabajo en la radio, llevaba desde antes del confinamiento, en marzo de 2020, sin ir como un simple hincha más. Mi último partido en tales circunstancias había sido ante la Real Sociedad en la Copa, cuando el Madrid cayó por 3-4. Desde ese mismo día me empecé a encontrar mal, y días después tendría una bronquitis que me impidió ver el Clásico en el que Vinícius y Mariano le dieron la victoria al Madrid frente al Barça. Esa bronquitis se parecía mucho

a los síntomas de aquel virus innombrable que nos cambiaría la vida a todos poco después.

En estos dos años me habían ocurrido muchas cosas, sobre todo desde que tuve la idea de crear mi canal de YouTube. Haber adelantado el adiós de Messi me hizo muy popular dentro del madridismo que se mueve por las redes. Antes era un tuitero conocido en el ámbito del Real Madrid, pero en los meses posteriores mi vida experimentó un punto de inflexión muy significativo. Aumentaron también mis colaboraciones con diferentes medios, y YouTube me había abierto hacia una audiencia más global. Para entonces ya me había acostumbrado a que me saludaran de vez en cuando por las calles de Madrid, y eso era más frecuente cuando acudía al Bernabéu para comentar el partido para Radio Marca. Ese día volví a mi abono con mi hermano Álvaro.

Después de participar en la tertulia previa con Felipe del Campo, a las 19.00 cogí mi moto dirección al templo madridista. Tenía la intención de grabar la llegada del autobús del Real Madrid, lo que se ha conocido como la *bussiana*. Juraría que este maravilloso fenómeno se dio por primera vez, y de manera esporádica, ante el Borussia Dortmund. Ese día el Madrid tenía que remontar un 4-1 de la ida. Siempre podré decir que nunca había visto, hasta este año, al Bernabéu como aquel día ante los alemanes. El estadio llegó a retumbar. La remontada no se completó de milagro, pero tengo la teoría de que ese día el Madrid empezó a ganar las Champions que vendrían después. Por aquel entonces, el Madrid era un equipo al que se le atribuía en Europa el lema de Juanito «Noventa *minutti* en el Bernabéu son *moito longos*», a partir de recuerdos demasiado lejanos, de los años ochenta. El día del Borussia se rozó el milagro que después se conseguiría ante el Wolfsburgo con *hat-trick* de Cristiano Ronaldo y que desembocaría en la Undécima.

El caso es que yo creía que iba a poder grabar la llegada del bus y el ambiente previo en el Bernabéu. Era todo un iluso: fue imposible. Nunca en mi vida había visto un ambiente previo como ese. Desde luego, el madridismo creía mucho más en la remontada que las casas de apuestas, que desde la frialdad no daban opciones al Madrid desde que se inició la competición. Entre los candidatos a la Champions, allá por el mes de septiembre, el Madrid ocupaba más o menos el décimo lugar, por detrás del Barça y del Atalanta,

que, poco después, caerían eliminados en la fase de grupos y se verían condenados a jugar la Europa League. Que el Madrid no estuviese entre los máximos candidatos tras perder a Ramos y Varane era una cosa, pero no colocarle en el top 5 parecía una falta de respeto tras haber sido semifinalista el año anterior.

La gente se agolpaba en las calles aledañas al Bernabéu. El ambiente era de fiesta: allí nadie tomaba nota de la dificultad. Yo, objetivamente, veía muy difícil la remontada. De acuerdo que valía con ganar, pero me aterrorizaba Mbappé con espacios. Las bajas de Mendy y de Casemiro, especialistas defensivos, no contribuían a tranquilizarme. Era un partido en el que ganar duelos sería básico, y el Madrid no tendría a dos de sus mejores hombres en esa faceta. Las tarjetas amarillas que habían visto en París eran un mazazo. Tampoco me encajaba la titularidad de Asensio. Sí me gustaba que Valverde fuera a estar en el campo. El caso es que yo lo veía difícil sobre todo porque creía que el PSG era mejor equipo. Sin embargo, cuando decenas de madridistas me pidieron fotos y un pronóstico, no tuve el valor de decirles que sería complicadísimo. Tal era la locura colectiva que cuando entré en el estadio ya me había contagiado de ese optimismo que desde el principio exhibía mi hermano Álvaro, que se atrevió a asegurar, ante los espectadores de mi canal, que el Madrid ganaría 3-1 porque él lo decía y ya estaba.

Cuando llegué a mi sitio otrora habitual, me encontré de nuevo con una situación chocante para mí. Las personas con las que llevaba compartiendo fútbol en directo, y para las que había resultado durante muchos años un anónimo familiar me miraban como a alguien que se había hecho famoso.

—¿Qué haces aquí?

—Hoy toca vivirlo como aficionado. Hoy no toca radio.

Ya se podía ver un tifo gigante que rezaba SOMOS LOS REYES DE EUROPA; el ambiente era inmejorable. Durante unos minutos había olvidado el motivo por el cual estaba ahí y la dificultad del reto que tenía el Real Madrid, porque estar ahí y estar viviendo aquello ya tenía significado y valor en sí mismo.

En la previa, uno de los estúpidos debates, en mi opinión, que se había generado era si la afición del Bernabéu debía aplaudir a Mbappé por los esfuerzos que estaba haciendo para llegar al Real Madrid. En aquel entonces, la negociación estaba en una fase de

«tranquilidad», pero las noticias sobre ofertas descomunales del PSG para su renovación se sucedían. Muchos pensaban que había que apoyar al jugador, y de hecho en el partido de ida se habían escuchado ciertos cantos de ánimo entre los aficionados madridistas. Yo pensaba que había que ganar un partido de Copa de Europa y que Mbappé era el principal obstáculo para lograrlo. Para cebarse había jugadores como Messi o Neymar, pero es que animar a Mbappé ya era harina de otro costal: me parecía poco respetuoso con la plantilla del Real Madrid que iba a intentar la gesta. Finalmente, el Bernabéu se mostró bastante neutro. Solo hubo algún aplauso cuando citaron su nombre desde megafonía, poco más.

El balón se puso en juego y pude ver como durante unos diez minutos el Madrid salió a buscar al PSG arriba. No creó ninguna ocasión clara, pero sí amenazó con recordarle su trauma en Europa. Eran los primeros minutos en los cuales el Madrid había sido el Madrid en la eliminatoria, tras el deficiente partido de París, por el cual Ancelotti pediría públicamente perdón de una forma que le honra.

Sin embargo, ni siquiera durante estos minutos iniciales Mbappé permitió que nos olvidáramos que ahí estaba él. En el minuto siete realizó el primer disparo, que tuvo que detener Courtois. No fue peligroso, pero ahí estaba recordándole a Carvajal que le esperaba otra noche de sufrimiento. En el doce repitió, pero de una forma mucho más peligrosa. Esta vez sí que se encontró en una posición centrada y su disparo con la izquierda exigió más al meta belga. La combinación con Messi había desnudado a un Madrid que había salido demasiado arriba y que empezaba a comprobar las contraindicaciones del planteamiento. A veces, la grandeza está en saber elegir tu momento, como veríamos más tarde.

El PSG ya se había hecho dueño de la escena. Tocaba con cierta facilidad a partir de Paredes y Verratti, y cada vez que Messi, Neymar y sobre todo Mbappé entraban en contacto con el balón, la jugada aceleraba. En el veintiuno, el intento, tímido esta vez, lo hizo Neymar.

El Madrid ya no dominaba como al inicio, pero a diferencia del partido en París sí lograba acercarse de vez en cuando. El chut de Benzema en el veinticuatro, que sacó increíblemente Donnarumma, nos levantó a todos del asiento. Lo había visto dentro. La ocasión

había sido tan anecdótica como clara.

En el treinta, Messi picó un balón cerca de la línea de fondo que se paseó en paralelo a la línea de gol. La sensación desgraciada era que el gol parisino estaba muy cerca. No lo queríamos ver, pero lo veíamos. Nuestras sospechas se confirmaron en el treinta y tres. Nuno Mendes ganó la línea de fondo y sirvió un balón para que Mbappé fusilase a Courtois. El francés lo celebró mientras el asistente levantaba la bandera por fuera de juego. La tensa espera hasta que el VAR confirmó la buena noticia se hizo eterna, y el alivio final fue importante, aunque seguía pensando que aquello era cuestión de tiempo. El PSG estaba siendo mucho mejor y sus jugadores parecían peligrosos en cada acción. Ni siquiera la ausencia de Di María por Neymar les restaba capacidad de recuperar el balón.

En el minuto treinta y seis, Benzema nos volvió a levantar del asiento tras rematar de cabeza un centro de Kroos. «Joder, esas nunca las falla Karim. No me jodas. Ya podíamos tener un poco de suerte». El forofo que habita en mí no quería ver que la suerte la estaba teniendo el Madrid. Yo entonces observaba con admiración como Valverde no se cansaba de correr, presionar y ganar duelos. En esos momentos de zozobra, Fede era un sostén al que agarrarse.

En el treinta y ocho, Carvajal perdió un balón un poco tonto en campo contrario. Neymar lanzó al espacio a Mbappé. Alaba salió a su paso y, corriendo de espaldas y en desventaja, le tapó el palo largo ofreciéndole el corto, que debía defender Courtois. Tratar de quitarle el balón en esa situación era un imposible, y creo que el austriaco eligió la mejor opción. El disparo de Mbappé fue perfecto en su sequedad y recordó al que en una temporada anterior le hizo al Bayern de Neuer. Courtois estaba ahí, pero el balón le dobló el brazo como no lo haría nadie en esta Champions. Era el 0-1, ahora sí. Mbappé lo celebró con rabia recordándonos que estaba ahí para eliminarnos: eso era lo único que le importaba en ese momento. Todo un profesional, pese a nuestro cabreo.

De nuevo se mezclaron diferentes sentimientos en mí. El pensamiento imperante era que aquello era una putada, que el Madrid estaba siendo eliminado y que además estaba quedando demasiado claro que ellos eran mejores que nosotros. Y venía acompañado de cierta resignación. En el fondo no era una sorpresa.

Eran mejores, ya lo sabía. Sin embargo, en mí también anidaba la idea del jugadorazo que estaba a punto de fichar el Madrid. Ojalá no se lo pensase tras esta paliza, aunque en realidad la gran diferencia entre ambos equipos estaba siendo él: «Si tuviéramos nosotros a Mbappé, esto estaría ganado».

Ya había visto a Mbappé en directo en 2018 cuando el Real Madrid remontó para ganar 3-1 el encuentro de ida de los octavos en el año de la Decimotercera. Aquella noche, el Madrid había mostrado una enorme grandeza en los últimos minutos del partido en los que el PSG se diluyó con los cambios de Emery. Mbappé había dejado una actuación algo descafeinada, pese a haber participado en el gol parisino. Sin embargo, aquella noche el delantero francés estaba dejando una actuación propia del que podría ser el mejor jugador del mundo en la próxima década. Había furia en mí, pero también admiración. Qué jugador.

Nos fuimos al descanso con una sensación de impotencia. El Madrid tenía que hacer cambios, pero por aquel entonces todavía no conocíamos del todo a Rodrygo, Valverde y Camavinga. Podíamos confiar mucho en su futuro, pero aún no de manera absoluta en su presente. Al menos en esas instancias de la competición.

Sin embargo, Ancelotti no optó por introducir novedades en el entretiempo. En el cincuenta y tres, Neymar filtró un pase a Mbappé, que se deshizo con una facilidad pasmosa de Courtois con una doble bicicleta que nos recordó a aquel mítico gol de Ronaldo Nazario en la final de la UEFA del 98. La maniobra me dejó tan embobado que tardé tiempo en darme cuenta de que el asistente había vuelto a levantar la bandera. Lo de aquel futbolista era alucinante. Hubo un momento en el partido en el que Carvajal tuvo que detener su carrera abalanzándose sobre él. Su cara pidiendo disculpas lo decía todo: «Solo te podemos parar así. Da gracias por que no haya sido una patada».

El partido estaba ya entonces en el filo para el Madrid. No eran los dos goles que necesitaba para igualar la eliminatoria, sino la sensación de que estaba mucho más cerca el segundo gol del PSG que el primero del equipo blanco. Ancelotti debió de entender lo límite de la situación y decidió sentar a un perdido Kroos y a un inexistente Asensio. En su lugar entraron Rodrygo y Camavinga.

Recuerdo recibir con cierta alegría los cambios, porque al menos: «Nos van a dejar de pasar por encima físicamente. Ahora sí podremos presionar alto». Si había que perder, debíamos hacerlo arriba y mostrando orgullo.

En el minuto sesenta se encendió la mecha. Benzema corrió a presionar como tantas veces a Donnarumma. El meta italiano se gustó demasiado; se entretuvo algo más de lo recomendable con el balón. Estaba en el pico izquierdo de su área chica. Su segundo error fue orientarse hacia el lado de la portería, en lugar de hacia la banda. De esa forma enseñaba más el balón y lo hacía en el perfil más peligroso para sus intereses. Para entonces, Benzema ya había llegado para poder cargarle lo justo para desestabilizarle, pero no lo suficiente como para que pitasen falta. Donnarumma golpeó el balón en paralelo a su línea de gol. Vinícius, muy atento, ya había leído la jugada y corría al lado opuesto en busca del lío que se estaba generando. En la grada nos levantamos porque aquello era raro. Vinícius ganó el balón en la izquierda, muy cerca de la línea de fondo. Achraf había llegado un poco tarde porque no había sospechado el desaguisado. ¿Quién lo habría sospechado?

Vinícius no solo estuvo rápido ganando el balón, sino también levantando la cabeza y pasándoselo a un Benzema que ya pisaba la zona de gol ante un Marquinhos que no entendía nada. El disparo de Karim batió al portero italiano para poner el 1-1 y cambiar la historia de la Champions para siempre.

En la grada, el gol nos pilló descolocados. No tocaba empatar ese partido. Y menos así. Reaccionamos con bravura, sin atender a la razón que dejaba claro que el PSG estaba siendo mucho mejor. Éramos ese púgil al que le han pegado mucho y consigue dar su primer puñetazo, y de repente cree que dará el segundo y después el tercero hasta ganar el combate. La locura colectiva se hizo carne y los que allí estábamos gritábamos: «Vamos, sí se puede», no solo para animar a nuestro equipo, sino también para animarnos a nosotros mismos y hacerle saber al PSG que sus fantasmas los esperaban a la vuelta de la esquina.

El partido ya había cambiado desde antes de que el juego lo hiciera, pero lo segundo siguió a lo primero mucho antes de lo esperado. El PSG ya no lograba atesorar el balón. Los franceses eran un manojo de nervios. El Madrid, con un equipo mucho más físico,

presionaba sin descanso, y ahora sí que obtenía un premio. En el sesenta y tres, Rodrygo, que había entrado muy bien al partido, puso un centro que remató Benzema: se le marchó por poco. Ya no había reproches, ya todo era un continuo: ¡vamos!

Uno veía alucinado que Modrić le ganaba una carrera a Messi, para hacerle comprender que la edad es un estado de ánimo, igual que el fútbol, como tan brillantemente asegurara Valdano. También resultaba emocionante ver a Camavinga, a sus diecinueve años, gobernar con puño de hierro el centro del campo. El balón iba de un lado para otro sin que el PSG supiera cómo responder. Pochettino habría pedido un tiempo muerto si hubiera podido, pero quizá solo habría servido para protocolizar el certificado de defunción de un equipo que estaba siendo masacrado. En el sesenta y siete, entró Lucas por Carvajal, que estaba asfixiado. Había salido muy mal parado, pero por supuesto que él tendría su momento en la epopeya que narra este libro.

En el setenta y dos, Benzema buscó el área y tras un rechace el balón le cayó a Vinícius. La posición era inmejorable y me levanté esperando el gol, pero el disparo con la zurda se marchó alto. Me lamenté, me lamenté mucho. Las ocasiones así no abundan y habíamos perdonado.

En el setenta y cinco, Modrić se puso el mundo por montera y emprendió una cabalgada desde su campo, con el balón pegado a los pies. El croata fue eliminando líneas enemigas como si el partido acabara de empezar. Vio a Vinícius en la izquierda, como tantas veces había ocurrido en esa segunda parte, para desgracia de Achraf. El brasileño caracoleó atrayendo a varios defensas y, tras meterse hacia el centro, en el momento justo, le devolvió la pelota a Modrić, que ya había ganado el tiempo suficiente para instalarse en la frontal. Pese a tener una maraña de defensas por delante, el croata logró filtrar un pase milimétrico a Benzema, que se revolvió y disparó con el corazón y la pierna derecha. Marquinhos, con su toque, envileció el disparo ante la desesperación de un Donnarumma que ya sabía que esa no sería su noche. Era el 2-1: nunca había vivido tal locura en el Bernabéu.

El VAR, tan necesario como anticlímax, validó el gol tras la revisión y todos volvimos a estallar. Nos abrazamos con nuestros vecinos de grada. La razón había dejado paso a la pasión, y ya no

éramos capaces de razonar que la empresa que quedaba por delante todavía era muy difícil. En el otro equipo seguía un Mbappé que se lamentaba y pedía, aunque de forma tímida, explicaciones a sus compañeros.

El PSG estaba absolutamente aturdido. De repente, un combate que tenían ganado estaba igualado, pero los últimos golpes los había dado el equipo que parecía muerto. El saque de centro no lo hizo el PSG, sino el espectro del equipo parisino que en esos momentos vagaba por el campo preguntándose qué habían hecho mal. El balón lo recuperó Rodrygo, que puso a la carrera por enésima vez al incansable Vinícius. Marquinhos le quitaría el balón de una manera muy forzada; la pelota le llegó a Benzema, que de primeras y con el exterior la puso en un lugar al que Donnarumma no podía llegar. De nuevo, la locura nos impidió apreciar el enorme mérito que tenía el gesto técnico del francés. Abrazos, euforia: no nos lo podíamos creer. No me lo podía creer. Lágrimas que salen solas, como las de Benzema celebrando el gol. Si él no lo podía entender, cómo íbamos a comprenderlo el resto. Ni falta que hacía. Alaba, en ese momento de locura, cogió una silla y la alzó como si se tratase de la Champions. En realidad, el Madrid estaba logrando algo que era más importante que la clasificación para cuartos: se estaba ganando a su afición y el temor de los demás. Poco después lo entenderíamos.

Muy pronto, los jugadores comprendieron lo que pasaba. Por el lado madridista, las muestras de euforia y felicidad eran incontenibles. En el lado del PSG, Messi miraba al suelo, Neymar se lamentaba y Mbappé, en la misma posición que tenía desde el 2-1, sin moverse, miraba al cielo tratando de entender lo que estaba ocurriendo. Le habían explicado muchas veces lo que era el Madrid, pero lo estaba viviendo en sus propias carnes. Estaba completando uno de los mejores partidos de su vida, pero su equipo acababa de ser arrasado.

La parte racional había abandonado hacía mucho el partido. Lo lógico era esperar a un Madrid replegado hasta el final, con el PSG tratando de llegar a la prórroga. Esta vez no fue así. Como un demente al que le han quitado la camisa de fuerza, el Madrid siguió golpeando al PSG, que no lograba dar tres pases seguidos. Sufría un bloqueo colectivo del que no le conseguían liberar ni los cambios ni

sus estrellas en ataque, que apenas tocaron el balón hasta el final del partido.

La grada no paraba de animar. Dios sabe que me dejé la voz esa noche. Estábamos embriagados por algo más poderoso que el alcohol. En el ochenta y ocho, Modrić estuvo a punto de que el estadio se cayera, directamente. Su disparo, tras una gran maniobra, se marchó alto. Los últimos minutos dejaron a un Militao dolorido y a Modrić gritándole: «No te duele, no te duele». El PSG solo haría un acercamiento final a través de una falta botada por Messi que se marcharía ligeramente alta. Era el final, el Madrid se había clasificado y ni yo ni nadie nos queríamos ir de ahí. Por mi parte, sentí que quería quedarme a vivir en esa noche, en ese estadio, en ese estado de felicidad.

Camino de los vestuarios, veríamos a un Mbappé compungido siendo consolado por algún jugador madridista. También vimos a Modrić en estado de enajenación mental transitoria entrar en el vestuario gritándoles a todos sus compañeros. Un tipo de treinta y seis años que lo ha ganado todo, también un Balón de Oro, demostraba que lo último que perderá será la pasión y las ganar de competir. Estaba fuera de sí. Le recordaba a Militao entre abrazos el «no te duele, no te duele», y acababa sentándose en un banco diciéndose a sí mismo: «Así sí, joder». Seguramente en ese momento se dio cuenta de que estaba agotado. Antes no había tomado nota.

A pocos metros, Leonardo y Al Khelaifi, visiblemente enfadados, como ya se había visto en el palco, amenazaban al árbitro y a algún empleado del Real Madrid. Se comportaron como auténticos macarras, y la UEFA se vio obligada a abrirles un expediente sancionador que, cuando escribo estas líneas, curiosa y convenientemente, aún no ha sido resuelto. Se quejaban del gol del empate, de la posible falta a Donnarumma. No habían comprendido nada, o quizá sí, pero nunca lo reconocerían. El dinero sirve para comprar muchas cosas en el fútbol, pero jamás servirá para comprar la grandeza. Esa noche habían recibido una lección impagable de valores que van más allá de lo futbolístico. Si el PSG acaba ganando alguna Champions, seguramente echará la vista atrás y recordará lo aprendido esa noche del 9 de marzo. Había sido mejor equipo durante ciento cincuenta minutos de los ciento ochenta de la eliminatoria, pero no había servido de nada ante un Madrid

imparable durante la última media hora. El penalti de Messi, las múltiples ocasiones autogeneradas por un majestuoso Mbappé, el tiempo de posesión… Todo ello quedó en nada ante un equipo casado hasta la muerte con la Copa de Europa.

Las reacciones, sacadas de http://www.marca.com, no se hicieron esperar.

Marquinhos diría: «El primer gol fue un momento importante para ellos, para empatar y con la afición dándoles energía extra. Deberíamos haber manejado mejor la situación. Después cometimos pequeños errores. A lo largo de los dos partidos, merecimos más, pero al final pagamos caro nuestros errores».

Leonardo, al margen de sus críticas arbitrales, reconocería: «Es un gran golpe. El primer gol cambió las cosas. Nos hemos perdido un poco y ha cambiado al Real Madrid. Fue el momento decisivo. Tenemos que aceptar nuestros errores y nuestra incapacidad para manejar situaciones difíciles. Hemos perdido, y hay cosas que analizar. Tenemos que encontrar soluciones lo antes posible».

Alex Corretja, culé confeso, diría: «¡Rafa Nadal = Real Madrid, Real Madrid = Rafa Nadal! ¡Tienen algo que es imposible de entender a menos que seas ellos! Y ya sabéis que soy del Barça».

Pochettino, aún en estado de *shock*, declararía: «Cuando concedes un gol así, la atmósfera cambia, los aficionados rivales han llevado en volandas a su equipo, todo ha cambiado. Es increíble que la falta sobre Donnarumma no haya sido vista por el VAR, es una falta muy clara. Desde todos los ángulos de cámara se veía que era falta, no sé qué hacían los árbitros del VAR».

Benzema, héroe de la noche con su *hat-trick*, compareció visiblemente emocionado ante los medios: «Esta victoria es para la afición, fue difícil desde el principio, pero ahora festejamos la clasificación. Hemos dado todo hasta el final. Los partidos de Champions son difíciles, al PSG le gusta tener el balón. En el segundo tiempo tuvimos fuerza mental y remontamos el partido. No hubo error de Donnarumma, sino presión de todo el equipo. Con la presión podemos ganar a cualquier equipo, con cada jugador en su sitio y con la afición».

Sin duda, había sido la noche de Benzema precisamente en la cita que apuntaba a Mbappé. El futbolista de Lyon no necesitaba una noche así para reivindicar un nivel más que demostrado desde

su llegada en 2009 al mejor club del mundo, pero qué duda cabe de que estas noches hacen que un jugador se gane la admiración mundial. Se habían dado todos los ingredientes: la Champions, un escenario de remontada ante un equipazo que contaba con un Mbappé imperial y tres goles en quince minutos.

De todos los partidos o eliminatorias que relataremos, la del PSG fue sin duda en la que el Real Madrid se sintió más inferior durante más tiempo. El partido de ida en París había sido un monólogo en el que el conjunto blanco ni siquiera inquietó a la defensa local, mientras que el de vuelta estuvo completamente controlado por el PSG hasta el minuto sesenta. Quizá por esto las conclusiones que saqué de la eliminatoria en ese momento, más allá de la alegría y el orgullo infinito, estaban más relacionadas con el futuro. Jugadores como Rodrygo o Camavinga enseñaron al mundo un primer esbozo de lo que eran capaces. El espíritu mostrado por el equipo y la experiencia vivida eran oro molido para unos jóvenes que acababan de vivir su primera gran noche europea teniendo un peso enorme en el equipo.

Vinícius, Militao y Valverde, que ya habían vivido otras grandes noches, sumaban una gran victoria a su palmarés, y como serán, junto con otros jóvenes, los responsables de transmitir ese gen a los futuros jóvenes, esto reforzaba esa línea sucesoria.

También conmovía ver a los veteranos más emocionados que nunca después de tantos triunfos en su prolija carrera. Ver a Modrić así resultaba emocionante. El espíritu de la silla de Alaba, que nació esa noche, acompañaría al equipo durante el resto de la temporada. Eso pensaba esa noche y eso pensaría los días siguientes, puesto que todavía, si soy sincero, no pronosticaba la Decimocuarta. El equipo había estado al filo y habíamos vivido un milagro. Había que mejorar mucho para soñar con otra Champions, pero ya nadie nos iba a quitar esa noche.

Como os decía antes, yo había decidido quedarme a vivir allí, pero mis obligaciones no me lo permitían. Había un directo que grabar, pero antes tocaba mandar un audio para la radio, como me habían pedido. No era consciente de que esa grabación tan emocionada tendría tal recorrido. Supieron sacarles provecho a las emociones de un hincha que había dejado de lado su ámbito profesional para mostrarse como un aficionado más.

Ya en las calles, comencé a retransmitir. Cada pocos segundos me detenía para saludar a quien me saludaba, para abrazarme a perfectos desconocidos que hacían lo propio o para hacerme las fotos que me solicitaban. Es uno de los directos que recodaré con más cariño en mi vida. No precisamente por lo brillante que estuve, ya que las palabras apenas salían, pero la felicidad colectiva me contagió y fue una noche enorme también para el canal. Más tarde o más temprano amanecería el nuevo día, pero yo ya había decidido, al menos por un tiempo, quedarme a vivir en esa noche del 9 de marzo de 2022, cuando todo lo que impulsa que este libro exista comenzó a suceder.

# Golpe en el *Bridge*

Durante los siguientes días, uno vivía en un estado de felicidad y asombro. En cada tertulia con amigos o compañeros, el trámite se resolvía rememorando cada jugada entre resoplidos. En la radio o en mi canal, faltaban las palabras y sobraban las emociones.

Además, durante esos días, parecía resolverse el futuro de Mbappé en favor del Real Madrid. Supe que sus padres, durante esos días de estancia en Madrid, hicieron algunas gestiones para preparar su vida en la capital de España. Después todo se torcería, pero en ese momento parecía imposible que un jugador que había vivido y sufrido todo aquello en sus propias carnes se resistiera a disfrutarlo como protagonista en los próximos años.

Antes del sorteo de cuartos de final, el Madrid tenía una visita a Mallorca. Por suerte, el partido iba a disputarse el lunes, por lo que el tiempo de descanso, tras la batalla ante el PSG, resultaba razonable. Era importante no perder la buena dinámica y mantener a raya al resto de los equipos que competían por una liga que estaría bajo control siempre que el Real Madrid no se la complicase.

En Mallorca, el equipo hizo un partido serio: lo resolvió en la segunda parte, como casi siempre en esta temporada, con un gol de Vinícius y un doblete de Benzema. La única mala noticia es que el francés se hizo daño en la acción del segundo gol y salió cojeando del campo para susto de todo madridista que estuviera viendo el partido.

El Sevilla había vuelto a pinchar y para entonces lo más parecido que tenía el Madrid a un rival por la liga era el Barça de Xavi, vulgarmente llamado la Xavineta.

El equipo se había ganado poder disfrutar del sorteo que tendría lugar el 18 de marzo. Los posibles rivales, ya sin condicionantes,

eran el Chelsea, el Villarreal, el Atlético de Madrid, el Benfica, el Manchester City, el Bayern y el Liverpool.

El Chelsea había resuelto su eliminatoria por la vía rápida ganando los dos partidos al Lille. El Villarreal había dado la sorpresa al ganar la vuelta por 0-3 tras empatar el partido de ida en el Madrigal.

El Atleti había hecho el mismo recorrido que el Villarreal ante el otrora temido Manchester United. El Benfica también había sorprendido al poderoso Ajax, que había hecho pleno de victorias en la fase de grupos. Se estaban dando muchas victorias foráneas en los partidos de vuelta tras un empate en la ida.

El Manchester City lo había dejado todo resuelto en el partido de ida en Lisboa, ante el Sporting. El Bayern se dejó los deberes para la vuelta, pero no tuvo piedad del Salzburgo cuando la eliminatoria viajó a Alemania. Por último, el Liverpool sufrió muchísimo ante el Inter de Milán. El 0-2 en Italia apuntaba a eliminatoria sencilla, pero el Inter fue mejor en el partido de vuelta y los *reds* acabaron pidiendo la hora ante el acoso de un Inter que acusó quedarse con uno menos cuando más se acercaban a empatar la eliminatoria.

Sobre el papel, de los siete posibles rivales había tres favoritos ante el Madrid (Liverpool, Bayern y Manchester City), uno de un nivel muy parejo, aunque el recuerdo de la temporada pasada era poco esperanzador (Chelsea), y tres que estaban en un escalón inferior (Atleti, Villarreal y Benfica).

En este sorteo quedaría marcado el camino hacia París, puesto que también se sorteaban las semifinales. La suerte determinó que el Madrid jugara contra el Chelsea y, si ganaba, se enfrentara al vencedor de la eliminatoria entre el Atleti y el Manchester City. Por el otro lado del cuadro, el Bayern quedaba emparejado contra el Villarreal, mientras que el Liverpool se enfrentaría al Benfica, la cenicienta.

La parte positiva es que el Madrid tendría en ambas eliminatorias la vuelta en un Bernabéu que ya había obrado el milagro contra el PSG. La mala noticia es que el Chelsea era un equipo muy sólido; además, por si fuera poco, después era bastante probable que esperara el City de Guardiola, un equipo que de nuevo estaba arrasando en la Premier.

En cualquier caso, antes de ese partido que tendría lugar el 6 de abril en Stanford Bridge, el Madrid tenía el Clásico en el Bernabéu.

El Barça llegaba a quince puntos de su eterno rival, pero con una dinámica de juego y resultados espectaculares. Parecía que por fin Xavi le había cogido el punto al equipo y la motivación era máxima. En el lado madridista, las sensaciones eran muy raras. La ventaja liguera y la proximidad de la eliminatoria ante el Chelsea invitaban a no arriesgar mucho. Benzema y Mendy, tocados, no jugarían el partido. El equipo blanco llevaba una racha de cinco Clásicos ganados de manera consecutiva y estaba en pleno proceso de bajón de adrenalina tras la remontada ante el PSG. La sensación era que había poco que ganar…, y tampoco demasiado que perder. Todo lo contrario de lo que le sucedía al Barça, que se jugaba mucho.

Recuerdo pensar de camino al Bernabéu que el partido no me hacía mucha gracia. En lo más profundo de mi ser y en un ejercicio de honestidad propia, firmaba el empate. Conocía la versión motivada del Madrid, pero también la desmotivada. El Barça no era un equipo perfecto, pero suele afrontar estos choques con mucha más hambre, en una suerte de ejercicio de reivindicación y autoafirmación continua.

Ancelotti, por si faltaba algo, hizo cosas muy raras y jugó contra su equipo. Ante la baja de Benzema, puso a Modrić de nueve a presionar por todo el campo. El resultado fue desastroso, ya que el Barça tocaba a placer y pudo perforar la portería de Courtois en dos ocasiones durante el primer tiempo.

Todavía fue peor la rectificación de Carletto en la segunda parte: defensa de tres no trabajada y desastre absoluto. El Barça se puso 04 y el experimento táctico duró lo que dura un caramelo en el patio de un colegio.

Entonces el Barça aflojó y el Madrid comprobó cómo el Bernabéu fue capaz de ser indulgente y no olvidar lo vivido hacía muy poco.

Terminó el partido y los medios de comunicación, al menos en parte, empezaron a hablar de un cambio de ciclo. Que el Barça ya había igualado al Madrid y que podía incluso disputar la liga, ya que se quedaba a doce puntos con un partido menos; además, decían, era de esperar que el Madrid pudiese tener un bajón tras el Clásico y con la distracción de la Champions. Por otra parte, se

aseguraban cosas como que Ancelotti seguía sin rotar y que el equipo se le estaba cayendo. El propio Gerard Piqué publicaría en Twitter «*We are back*», dando por hecho el vuelco.

La única noticia positiva era que había parón por selecciones. Normalmente, los detesto, pero en este caso era oportuno, ya que el Madrid podría recuperarse anímicamente y Benzema y Mendy tendrían más margen para volver a estar disponibles. Los jugadores madridistas debían ser inteligentes y no forzar mucho, y los seleccionadores tendrían que gestionar esa situación tan anómala que es que un club que paga a unos jugadores los pierda cada poco tiempo a beneficio de las federaciones y la UEFA y la FIFA.

A la postre es fácil decirlo, pero creo que el Madrid extrajo un gran aprendizaje de la humillación ante el Barcelona. Nunca es agradable perder un Clásico y menos de paliza, pero en la clasificación resultó inocuo y el equipo pudo tomar nota de que jugar relajado no era una opción. Aquel equipo no era lo suficientemente bueno como para poder jugar lejos del cien por cien. Tampoco cualquier decisión táctica era admisible, y Ancelotti no volvió a hacer probaturas sin mucho fundamento.

Antes del partido ante el Chelsea, el Madrid tenía una dura visita a Vigo para enfrentarse al Celta. Benzema y Mendy estaban de vuelta. Asensio se mantenía como titular. Era un partido importante para la liga y básico en lo anímico tras el Clásico. Ganar traería tranquilidad y pinchar podía suponer darle alas al Barcelona.

El Madrid no hizo un buen partido. Sufrió mucho y le costó Dios y ayuda acercarse a la portería *celtiña*. Sin embargo, lo que era inconcebible la temporada pasada, que le pitasen penaltis a favor, ocurrió de manera extrema en este partido. Benzema dispuso de tres penas máximas, dos de ellas muy claras, y le bastó con marcar un par para hacer inútil el gol de Nolito. Los últimos minutos del partido fueron de mucho agobio, debido a lo vital del resultado. Sin duda, fue una victoria balsámica; las cuentas del Madrid para ganar la liga habían superado una etapa difícil. Quedaban ocho partidos y el equipo blanco se podía permitir dos derrotas y un empate.

Comenzaba la semana del Chelsea, una semana que dejaría el doble enfrentamiento ante el conjunto inglés en solo seis días, y por el medio el partido ante el Getafe. Y para mí la cosa no empezó bien; de hecho, comenzó de la peor manera posible. El martes por la

mañana me desperté con la llamada de mi padre anunciándome entre llantos la repentina muerte de mi tío José, que vivía en La Coruña.

José padecía párkinson desde hacía muchos años, pero su muerte no tenía nada que ver con esa enfermedad. Había sufrido una peritonitis y no la había podido superar; aún hoy no hemos descartado que falleciera por una negligencia médica.

José era un tipo muy especial. La forma de afrontar el párkinson nos tenía a todos con la carne de gallina cada vez que nos honraba con su presencia o disfrutábamos con sus historias. A pesar de andar totalmente torcido, solía vérsele montando a caballo o jugando al golf con una destreza que para mí quisiera. En los últimos años había retomado su afición por el fútbol y su amor por el Madrid, tras unos años de luto tras la retirada de Butragueño. José era un idealista y disfrutaba de la belleza y la emoción, y estoy seguro de que esta Champions la ha visto en primera fila desde ahí arriba.

El caso es que lo único importante tras conocer la triste noticia era ponerme en marcha hacia La Coruña para arropar a mis primos Jose, Nacho, Silvia, Jaime y Macarena. También, por su puesto, a mi tía Silvia y al resto de mis tíos, que acababan de perder a un hermano. Ni que decir tiene que mi padre ocupaba muchos de mis pensamientos. Primero había sido mi tía Elena, después mi abuela y ahora José. Demasiadas pérdidas en muy poco tiempo.

El entierro y el funeral tendrían lugar el mismo miércoles que el Madrid jugaría contra el Chelsea en Londres. Era de cajón quedarme a ver el partido con mi familia. Con mi trabajo en la radio y la distancia con La Coruña, uno no suele disfrutar de ver un partido grande con sus seres queridos, aquellos que le inocularon el veneno por el Madrid.

Todo lo ocurrido me hizo llegar al partido mucho más tranquilo de lo que hubiera estado en cualquier otro caso. Estábamos muy tristes por la muerte de mi tío, y ahí estaban mis primos, que se negaban a aceptar haber perdido a un padre tan querido en unas circunstancias que parecían evitables. En esos momentos le agradecía enormemente a mi mujer no ponerme fecha de vuelta a casa, a pesar de que le tocaba lidiar a ella sola con los niños y las obligaciones que genera el día a día. Una campeona.

Poco a poco se iba acercando la hora del partido y nos fuimos a

casa de mis padres en La Coruña. Desde ahí veríamos el partido en un estado emocional raro. El Real Madrid, por estas cosas que tiene la Champions, que no siempre enfrenta a los mejores, todavía no había ganado ni un partido en toda su historia al Chelsea. Stanford Bridge, el estadio del campeón de Europa, un equipo que meses antes había pasado por encima de un Madrid muy debilitado por las bajas, no parecía el escenario más propicio.

Es cierto que los londinenses afrontaban la eliminatoria en extrañas circunstancias. Tras la invasión de Rusia a Ucrania, Abramóvich tenía serios problemas y comprobó cómo congelaban sus fondos. Estas sanciones llegaron también al Chelsea, que tenía que pedir permiso al Gobierno británico para hacer cualquier tipo de gasto. Deportivamente, el equipo no lo notó en un primer momento, pero antes de este partido los londinenses habían sufrido una goleada en su campo impropia de un equipo con un nivel defensivo tan grande.

La alineación de Ancelotti nos mostró, por primera vez en un partido grande, a Valverde de falso extremo derecho. La idea era proteger a Casemiro, Modrić y Kroos con los pulmones de Fede. El sacrificado fue Asensio, que estaba quedándose muy corto en los partidos grandes.

El Chelsea salía con su esquema habitual de tres centrales. El comienzo del partido dejó bien claro que el Real Madrid salía con la lección de París aprendida. Ya en el minuto nueve, Vinícius había enviado un disparo al larguero tras pase de Valverde. El brasileño volvía loco a Christensen, al que encaraba a campo abierto y con James lejos de la ayuda. Tuchel había subestimado al brasileño, o quizá sobrestimaba a su central danés, que pedía auxilio continuamente.

En el trece, Militao, único jugador apercibido, vio la tarjeta después de controlar mal un balón. Nos acordaríamos durante mucho tiempo de esta tarjeta. Menuda puntería tras pasarle exactamente lo mismo con Casemiro y Mendy en París.

Lo cierto es que ese fue el único parecido con el partido del PSG, porque el Madrid completó un primer tiempo de ensueño. En el veinte, una combinación entre Benzema y Vinícius dejó el primer gol madridista tras el cabezazo de Karim. El centro había sido bueno, pero el remate del francés fue de un mérito extraordinario.

Tres minutos después, sin que el Chelsea hubiera podido recuperarse, Modrić puso un centro con mucha rosca y de nuevo Benzema lo cabeceó, haciendo inútil la estirada de Mendy. La sutileza de Karim no estaba reñida con la contundencia. El 0-2 era un tesoro que convenía salvaguardar. En ese momento, me vino el recuerdo de la goleada al Bayern de Guardiola en la temporada de la Décima, también con Ancelotti en el banquillo y esa cierta sensación de inferioridad por parte del Madrid. Los dos goles tan seguidos, protagonizados por un mismo futbolista, entonces fue Ramos, evocaron el recuerdo de aquella noche gloriosa en Múnich.

El francés pudo marcar incluso el tercero después de un disparo de Carvajal. En mi casa no dábamos crédito al partido que estaba haciendo el Madrid.

Justo antes del descanso llegó un pequeño mazazo con el gol de Havertz. La sensación era que el resultado incluso había sido corto para los méritos contraídos. Esta sensación se acrecentó con la ocasión fallada por Benzema justo antes del descanso. El toque previo de Jorginho impidió que ajustara bien el disparo.

Tras el descanso, volvió la magia de Benzema con los porteros en la Champions. Mendy dio un pase muy corto hacia Rüdiger, y Benzema, más listo y rápido que nadie en esas lides, ganó el balón y lo empujó hacia la portería. Antes habían pasado por el mismo trauma porteros como Donnarumma, Karius, Ulreich o Sportiello.

Era un nuevo *hat-trick*, el segundo consecutivo de un Benzema que ya se estaba posicionando como el mejor candidato al Balón de Oro.

De ahí hasta el final, el Chelsea demostró que es un equipazo. Poco a poco fue acorralando al Real Madrid, que sufrió mucho durante la segunda parte. La entrada de Lukaku fue un auténtico martirio, pues resultaba muy difícil marcarlo. Militao, con problemas físicos, tuvo que salir del campo y nos mostró que la vuelta se podía hacer muy larga.

Desconozco si ese día el Madrid decidió fichar a un Rüdiger que se mostró imponente en los duelos y en la conducción del balón, exhibiendo un gran liderazgo. Lo haría todavía mejor en la vuelta, cosa que dio el empujón final a un fichaje que después explicaré con los detalles que he podido conocer.

El caso es que el Madrid había logrado un 1-3 que era oro. Sin

embargo, el equipo fue consciente ya en ese segundo tiempo en Londres de que el dominio en la primera parte había dado paso a un segundo tiempo en el que el Chelsea del genial Tuchel había empezado a dar la vuelta a quien controlaba el juego. El cambio a defensa de cuatro había sido una de las claves, así como el conformismo blanco dado el buen resultado. Igual que ante el PSG, el Madrid había optimizado los minutos de dominio sobre el rival y había minimizado el impacto negativo durante los minutos de sufrimiento.

Tuchel declararía en la rueda de prensa después del partido que la eliminatoria estaba perdida, que su equipo era irreconocible. Obviamente, nadie le creyó: ya estaba preparando la vuelta. Trataba de llegar a ese punto en que el equipo que por delante cree que ya solo puede perder su ventaja, cosa que le genera un extraño estado de ansiedad, mientras que el que va por debajo comprende que todo lo bueno que venga estará de más, ya que su derrota se da por descontada.

Fabio Capello diría: «Benzema es un delantero centro polivalente, que recuerda a Di Stéfano, lo que quizá no diga nada a los jóvenes, pero dice mucho a los que saben de fútbol. Participa en la maniobra, marca goles importantes y es un líder en el campo. Es el mejor hombre de Ancelotti. Además, el Real Madrid tiene una defensa muy compacta y cuidada, no es fácil marcarle y tiene una gran capacidad para romper y hacer daño arriba».

Por su parte, Costacurta, mítico defensa del Milan campeón, declararía: «Carlo siempre ha sido muy empático, siempre se adapta a quien tiene a su disposición, aunque siempre ha tenido muy buenos equipos, y siento que nunca ha dejado de sentirse jugador también. Se habla mucho de Guardiola y de Klopp, pero Ancelotti está a ese nivel, pero no se suele reconocer. Tal vez deberíamos hablar también del *ancelottismo*».

Por último, Pedja Mijatovic, el héroe de la Séptima, explicaría en *Carrusel Deportivo*: «El Madrid ha mandado varios mensajes. Primero es que no solo está vivo, sino que es de los favoritos. Segundo, el Madrid tiene este poder de transformarse y de hacer partidazos. Tercero, los tres del centro del campo viven una tercera juventud. Yo creo que el Madrid se perfila como un serio candidato para ganar la Champions».

Era la primera victoria contra el Chelsea y el escenario parecía inmejorable. Recuerdo tener ese choque de emociones, dada la pérdida familiar que habíamos sufrido. No había euforia, más bien una alegría algo melancólica, teniendo en cuenta lo que habíamos vivido. Ya entonces no las tenía todas conmigo para el partido de vuelta. Estaba encantado con los dos goles de diferencia, pero el Chelsea había despertado y en el Bernabéu iría sin red. Y cuando un equipo grande parece que no tiene nada que perder, se vuelve aún más peligroso. En el fútbol de élite es normal que cueste más conservar lo que tienes que ir a la conquista de lo que te falta.

# Resurrección

Me volví a Madrid, y uno de mis pensamientos era dónde vería el partido de vuelta. En condiciones normales, sería en mi abono en el Bernabéu, pero se daban varias circunstancias que lo complicaban.

El partido del Chelsea se jugaría el martes, en plena Semana Santa. Maca y yo habíamos planeado pasarla junto con mis padres en una casa que compraron hace poco en Portugal. Dada mi dedicación enfermiza al fútbol, me parecía una concesión normal por mi parte. Al menos en ese momento en que todavía la frialdad y la serenidad presidían mi toma de decisiones.

De esa forma, los abonos los podrían usar dos de mis hermanos, que después se unirían a nosotros en Portugal. Además, he de confesar que el partido de vuelta no me daba buena espina. Tradicionalmente, al Madrid le cuesta mucho encarar un partido en el que parte con ventaja de la ida. Por mi cabeza pasaban tres recuerdos no demasiado lejanos en el tiempo.

El primero era la vuelta en el Bernabéu tras el 0-3 ante la Juve que dejó el famoso gol de chilena de Cristiano. Ese día, tras la ovación recibida, se empezó a gestar su fichaje por los italianos. El caso es que el Madrid fue sorprendido en la vuelta y la Juve le llegó a devolver el 0-3. El penalti de Benatia a Lucas en las postrimerías del partido nos salvó de un buen problema.

En la eliminatoria siguiente, el Madrid volvió a ganar fuera de casa por 1-2 ante el Bayern. La vuelta fue un auténtico sufrimiento, aunque se consiguiera el objetivo. Esa noche el Bayern parecía jugar cuesta abajo y el peso de la responsabilidad hizo mella en un Real Madrid que tuvo que apretar los dientes para pasar.

También lo pasamos muy mal en el desaparecido Calderón tras

el 3-0 de la ida, protagonizada por Cristiano Ronaldo. El gol que nunca metió Benzema, pero sí Isco, pero que siempre se le atribuirá al francés por su increíble danza sobre la línea de fondo ante tres experimentados defensas del Atleti, solventó el problema y remató a un combativo equipo colchonero que tiene en el Real Madrid a su principal bestia negra en la competición europea.

El caso es que, a pesar de todo, lo que más pesaba en mi pensamiento de verlo desde Portugal, además del argumento familiar y deportivo, era la certeza de que no asistiría a algo como lo del PSG. Uno se hace adicto a este tipo de emociones, pero parecía evidente que el partido, aun pudiendo acabar mal para el Madrid, no dejaría un guion similar. Aquello que había pasado era único.

Hasta el último momento tuve la tentación de pedir una acreditación a la radio e irme en coche a ver el partido, pero la razón se impuso y acepté la decisión más inteligente.

Antes de todo ello, el Madrid tenía que solventar un partido ante el Getafe. Teniendo en cuenta la separación exigua entre la ida y la vuelta ante el Chelsea, el partido caía muy mal.

El equipo afrontó el encuentro con personalidad y solidez, y con goles de Casemiro, que se estrenaba en la temporada, y de Lucas Vázquez lo sacó adelante. Yo había retrasado unas horas mi ida a Portugal para cumplir con mi obligación con la radio y, de paso, pedirle en secreto y silencio al Bernabéu que nos ayudara contra el Chelsea.

Me marché a Portugal con mi familia y con la duda de si hacer la machada o no. En Portugal pudimos ver cómo el Barça sacaba de milagro una victoria ante el Levante gracias a un gol en el descuento de Luuk de Jong. Esa victoria no ponía en jaque el título liguero del Madrid, pero le obligaba a seguir sumando victorias. El Barça había tenido mucha suerte, y reconozco mi enfado por esos tres puntos.

Más o menos en esos momentos se confirmó la baja de Lukaku para el partido de vuelta. Afortunadamente, al belga no le pasaba nada grave, pero cómo negar que, ante la ausencia de Militao, su baja conllevó cierto alivio.

De nuevo vería el partido con mi familia, y esta vez, además, en un ambiente muy diferente al habitual. La casa de Portugal,

recientemente comprada, no había vivido ese tipo de momentos tan especiales.

El día del partido pasó más rápido de lo normal. Tenía mucho trabajo con el despacho; además, la playa y las obligaciones familiares se llevaban parte de mi atención. En el fondo lo agradecía, porque mi mala sensación con el partido crecía por momentos.

Es cierto que tenía que hacer la conexión con Radio Marca en el programa *Marcador*, dirigido por Felipe del Campo. Debía participar desde Portugal en la tertulia previa al partido. «No me fío, Felipe», decía ante las muestras de optimismo que veía en otros compañeros de tertulia. No me gustaba ese ambiente festivo, aunque fuera lógico y coherente con ser madridista.

Poco antes del partido me pudo una sensación de culpa. No iba a estar con mi equipo aquel día, me sentía raro. Después volví a pensarlo fríamente: estaba haciendo lo correcto, pero la cabra tira al monte en determinadas ocasiones y el debate se repetía en mi cabeza. Por supuesto no lo verbalizaba para no perder el pequeño crédito familiar que había adquirido por mi decisión. La verdad es que el fútbol le envuelve a uno en una especie de locura en la que la pérdida de racionalidad se convierte en algo habitual.

Las alineaciones mostraban al mismo equipo en el Real Madrid, con la excepción de la entrada de Nacho por el sancionado Militao. En el caso de los *blues*, Tuchel había liquidado la defensa de tres y alineaba a Rüdiger junto a Thiago Silva, acompañados por dos laterales muy ofensivos: James y Marcos Alonso. Arriba, tres delanteros: Havertz, Werner y Mount, este un poco por detrás. El mensaje era claro: Tuchel iba a morir matando, no iba a especular.

Mientras sonaba el himno de la Champions, también conocido como el himno del Madrid, yo no me situaba. El hombre es un animal de costumbres, y yo no tenía la costumbre de ver un partido tan importante en un sitio como aquel, con el ordenador conectado a la tele para poder verlo en el número máximo de pulgadas posible.

El partido empezó más o menos tranquilo. Evidentemente, el Chelsea buscaba apretar, pero el Madrid no se quitaba el balón de encima, trataba de buscar cierta continuidad. En la ida había funcionado muy bien el pase a Valverde en profundidad, pero esa

noche aquella vía estaba cerrada. Rüdiger estaba muy encima cada vez que no era Marcos Alonso el que cortaba la incursión madridista.

Por la derecha, estaba otra de las novedades, Loftus-Cheek. Junto con Reece James generaba situaciones de superioridad que resultaban difíciles de sofocar. Sin ser un prodigio técnico, Cheek sí estaba logrando imponer su físico y lanzar a James, uno de los mejores laterales del mundo. En el minuto diez ya tenía una tarjeta por juego peligroso, y uno imaginaba esperanzado a Vinícius retándole con más ahínco si cabe a partir de ese momento.

A pesar de que el Chelsea empezó a imponerse pronto, la sensación de peligro no llegó hasta el minuto catorce. El Chelsea hizo una combinación rápida. Alaba y Nacho salieron demasiado en una evidente falta de coordinación. Lo dicen los cánones, cuando un central sale, el otro protege el espacio. Ese espacio no protegido lo aprovechó Mount, que se quedó perfectamente orientado frente a Courtois, listo para el disparo. Era como una especie de penalti en movimiento, el balón iba a favor de obra para el delantero. Su disparo con el interior resultó imposible de atajar para Courtois. El Chelsea había acertado en la primera ocasión que había tenido, muy mala señal.

Yo no estaba en el Bernabéu, pero pude sentir cómo el público se hacía cargo de la situación y se disponía a animar. El gol se había saltado el guion. Hasta ese momento, al Madrid le tenían que hacer muchas ocasiones para meterle un gol, pero en este partido ni nos habíamos enterado y ya Courtois había recogido el balón de la red.

Durante el resto de la primera parte, todo lo que ocurrió fue en vano. Apenas hubo ocasiones claras. Rüdiger estaba en modo líder y con sus conducciones rasgaba al Real Madrid, pero después esas superioridades no se transformaban en ocasiones. Es cierto que hubo varios disparos para cada equipo, pero nada reseñable. Parecía que las aguas habían vuelto a su cauce.

Nos fuimos al descanso e incluso logré cenar algo. Era la ventaja de no estar en el estadio: un sofá cómodo, la cerveza siempre cerca y algo de cenar si el estómago lo permitía.

Esa sensación de falsa seguridad desapareció de golpe en cuanto se inició la segunda parte. Los de Tuchel habían metido una marcha más. Los acercamientos se sucedían, y el Chelsea parecía que no

dejaba de botar córneres, precisamente el día que faltaba Militao.

En uno de esos lanzamientos, en el minuto cincuenta, el Chelsea preparó un aclarado para Rüdiger. El gigante alemán se elevó y casi sin oposición cabeceó donde el portero del Madrid no podía llegar. De repente, la eliminatoria estaba igualada. De repente, nada de lo hecho en Stamford Bridge servía para ir por delante.

En casa nos hundimos. Mi hermano Álvaro, eterno optimista, mantenía el ánimo, pero yo empezaba a verlo negro. El Chelsea estaba siendo claramente superior. Rüdiger celebraba el gol con efusividad, pero se iba corriendo a su campo consciente de que era el momento para matar al Madrid. Tuchel se volvía loco en la banda.

El Madrid ya iba sin cinturón de seguridad. La ventaja, el botín conseguido hacía seis días, era historia. Los blancos estaban noqueados. En el sesenta y dos, Kanté buscó a Marcos Alonso. Tras un primer intento, el balón le volvió a llegar, rebotado por Carvajal, rozándole ligeramente la mano. Su disparo posterior fue para dentro con enorme violencia. En casa nos vinimos abajo y pude sentir que lo mismo sucedía en el Bernabéu. Era el 0-3.

Segundos después supimos que el VAR estaba revisando la jugada. El toque en la mano, aunque involuntario, había habilitado a Marcos para que terminase la jugada en gol. La normativa es clara y el árbitro pitó falta, cosa que nos devolvió algo de vida. En el estadio se celebró como un gol y nos imantamos con el público madridista. Creí que podría servir de clic para el equipo. Te has visto muerto y te acaban de dar vida.

En el sesenta y cinco, el Madrid se lanzó con fiereza al ataque. Mendy condujo por la izquierda y puso un centro a Benzema. El francés remató parecido a como lo había hecho en el primer gol en Londres, pero no era el día. Su lanzamiento se marchó al larguero y nos quisimos morir. Golpe al sofá, me levanté y me llevé las manos a la cara. Ese gol hubiera sido fundamental. Era un golpe tremendo, pero no fue posible.

El Madrid seguía sin carburar. Aquello había sido un arrebato. James superaba a Vinícius, Rüdiger barría todo. Mount dominaba los tres cuartos y Havertz sembraba el terror arriba con su superioridad física.

En el setenta y tres llegó un cambio bastante significativo, y

debo decir que muy esperado por mí. Camavinga entró por Kroos, que se marchó visiblemente enfadado. Hay que decir que el alemán no estaba haciendo un buen partido y se había visto muy superado físicamente. Camavinga al menos aportaría energía, y si volvía a repetir lo del día del PSG, sería fundamental.

En el setenta y cuatro llegó el horror. Carvajal fuera de posición, Camavinga abriendo la puerta y un Casemiro anticompetitivo en esa acción se fue al suelo dejándole muy fácil el recorte a Werner. El delantero alemán, no precisamente muy certero, como había demostrado en la eliminatoria de la temporada pasada, se encontraba escorado y podía disparar con la pierna izquierda, que no es la suya. Al ir al suelo, Casemiro le permitió ganar ángulo y orientarse para disparar con la derecha. Courtois rozó el balón, pero no pudo hacer nada.

El Chelsea lo celebró con euforia. Habían remontado y se lo merecían. Los jugadores no cabían en sí de gozo. Estaban haciendo una machada en el mismísimo Bernabéu. Iban 0-3 y solo quedaban quince minutos. Nada les podía hacer pensar que aquello peligraba. El Madrid apenas llegaba.

En el setenta y ocho, Ancelotti introdujo a Marcelo por el lesionado Mendy, y a Rodrygo por Casemiro. Aquello suponía un cambio de esquema. Era volver al 4-3-3 más clásico. Tenía sentido, aunque no podemos ocultar que la presencia de Marcelo nos inquietaba a muchos. El brasileño ya no estaba al nivel. Sin embargo, era un momento en el que el Madrid tenía poco que perder y Marcelo aportaría experiencia y su calidad técnica.

A pesar de que los cambios tenían sentido, lo que carecía de él era hacerlos justo antes de un córner. Ya se sabe que en los saques de esquina es importante tener claras las marcas. Cuando hay cambios, estas vigilancias se relajan, y más si quitas a tu jugador de más talento en el balón parado, como era Casemiro. El lanzamiento lo remató Havertz, que exigió un nuevo milagro a Courtois. Fue un auténtico paradón.

Nos habíamos librado del 0-4, y yo reconozco que en mí había cierta resignación. Admitía que el Chelsea era superior y tenía la sensación de que ya no nos daba. Aparentemente, el equipo estaba muerto, y solo los cambios ofrecían algo de esperanza. ¿El centro del campo formado por Valverde, Camavinga y Modrić se rebelaría

ante esa situación o sucumbiría?

En el setenta y nueve llegó la magia en su máxima expresión. Modrić recibió un balón en tres cuartos y algo escorado a la izquierda. Levantó la cabeza e imaginó la carrera de Rodrygo por la banda derecha. Mientras eso ocurría, el brasileño vio recibir el balón a Modrić e imaginó que, si corría, quizás el genio croata, al que llama «papá», pues tiene la misma edad que su padre real, le pondría el balón en su pierna derecha. Rodrygo corrió mientras Luka imaginaba el pase. Lo debía hacer con su exterior, su golpeo favorito. Había un sentido pragmático en la decisión, porque había que salvar a varios defensas, sobre todo a Thiago Silva, y darle ventaja con el retroceso del balón a Rodrygo, pero también había grandeza en la elección: «Somos el Real Madrid».

Modrić puso el balón con maestría y Rodrygo le ganó la carrera a Marcos Alonso, que no imaginaba lo que los otros dos jugadores sí habían visualizado. El balón le llegó perfecto a Rodrygo, que no lo controló, sino que decidió golpearlo con el interior para ponerlo lejos de Mendy. No era un golpeo fácil, ya que la carrera había sido larga y muy rápida. Era el 1-3 y ahora sí el Madrid había recobrado la vida.

Euforia, abrazos, alegría. Los jugadores lo celebraron así mientras el Bernabéu amenazaba con caerse. En casa gritamos mucho. Aquello era precioso, pero sobre todo nos daba aire. El Chelsea tenía que volver a ganarnos: «Qué pesado es el Madrid», debieron de pensar.

Rodrygo se aupaba encima de Benzema levantando el brazo y diciendo algo parecido a «¡Es mi momento!» Al menos eso me imaginé yo que decía.

El partido entró en un estado de locura colectiva. La defensa del Madrid en ese momento la componían Carvajal, Nacho, Alaba y Marcelo. Ninguno pasaba del metro ochenta ante un equipo que nos estaba martirizando por arriba.

En el ochenta y uno, un disparo cruzado de Mount nos cortó la respiración. Estaba algo escorado, pero el inglés destaca por su golpeo de balón. Muy poco después, la dramática situación en defensa empeoró más si cabe. Nacho se tuvo que retirar lesionado, imaginad lo que le dolía, para que entrase Lucas. Carvajal, que hasta entonces no había jugado en esa posición, se puso de central,

con su metro setenta.

Recuerdo comentarle a mi padre algo parecido a «Esto es tan sumamente absurdo que creo que vamos a ganar». Era mi primer pensamiento optimista durante el partido, pero nacía de comprender que el encuentro había entrado en el territorio del caos en el que el Madrid se mueve mejor que nadie.

Hasta entonces, Carvajal estaba haciendo una temporada muy mediocre. Las lesiones le habían impedido coger ritmo, y especialmente en la eliminatoria ante el PSG había sido notablemente superado por Mbappé. Aquella noche, el defensa de Leganés dio un vuelco a su situación. Hizo un partido increíble como central, mostrando en porciones iguales frialdad y hombría. Estuvo fantástico y su temporada cambió por completo, como demostrarían las semanas posteriores.

Antes de la llegada de la prórroga, Pulisic, recién salido al campo, dispuso de dos grandes ocasiones. Muy parecidas, además. En la primera, Rüdiger ganó el enésimo balón por arriba y habilitó al norteamericano, que en la temporada pasada había martirizado al Madrid. Su volea se marchó alta.

En la siguiente, James puso un centro que Havertz ganó por enésima vez. De nuevo la volea de Pulisic se marchó alta. De haber ido a puerta, poco habría podido hacer Courtois, dada la cercanía del remate.

Ya empezada la prórroga, el Chelsea seguía atacando. Reece James, que continuaba comiéndose a Vinícius, no se cansaba de atacar; tras recorrer el campo disparó algo alto sobre la portería blanca.

En el noventa y cinco volvió a aparecer la magia: Camavinga, que ya le estaba dando energía al equipo, robó un balón y no se conformó con pasárselo a un compañero, sino que buscó el pase en profundidad a Vinícius. Por primera vez, el brasileño había cogido fuera de posición a James. Ganó la línea de fondo y orientó el balón a su derecha. Era la primera ocasión en la que disponía de tiempo y espacio. Vio a Benzema y le puso un centro medido con la derecha. Rüdiger, quizás el hombre del partido, resbaló y Benzema cerró los ojos y remató con el corazón y un poco con la cabeza. Gol. Lágrimas. Lágrimas de Benzema, que se fue a celebrarlo a la banda completamente emocionado. Lágrimas en el Bernabéu, que estaba

viviendo otra de esas noches. Lágrimas en mi casa porque no nos lo podíamos creer. Estaba volviendo a ocurrir. Abrazos, muchos.

Ya no volvería a ver el partido sentado. Lo cierto es que quedaba demasiado tiempo y el Madrid tenía una defensa absurda. La situación daba para reír y llorar al mismo tiempo. Cada vez que un jugador del Madrid caía al suelo, le gritaba que se quedase toda la noche allí. Es curioso como en situaciones de estrés abandonamos de manera absurda todo sentido de la ética que preside el resto de nuestras vidas.

Camavinga, con diecinueve años, ya se había vuelto a hacer dueño del partido. Robaba, elegía bien, ordenaba, ganaba duelos y cambiaba el juego. También se atrevía a disparar, como haría en el ciento dos. Fueron momentos que dejaron claro que el Chelsea ahora sí estaba grogui. El conjunto inglés no podía entender nada. Había hecho todo por ganar y estaba perdiendo la eliminatoria poco después de vislumbrar el 0-4, que habría rematado el asunto.

El Chelsea volvería a tener una ocasión en condiciones muy tarde, en el ciento dieciséis. Centro de James y remate alto de Havertz. Dos minutos después, volvería a acercarse tras otro nuevo córner, pero Jorginho no disparó bien con la zurda. En aquellos momentos veíamos a un Carvajal titánico combatiendo como podía, así como a Camavinga elevándose más que nadie para sacar balones ante los feroces atacantes *blues*. Todo el equipo sufría hasta la extenuación junto, unido.

Pitido final, Benzema hincó las rodillas y casi sin fuerzas apretó los puños. El Bernabéu, eufórico, dio gracias por esa nueva noche de gloria. En Portugal no cabíamos en nosotros mismos. Ojos rojos: «¡Qué grande es el Madrid!».

Esta vez mi directo no sería desde el Bernabéu. Lo haría con el ordenador desde Portugal. Lo disfruté mucho. Estaba exhausto, como si yo mismo hubiera jugado el partido. En este tipo de situaciones, uno no debe decir las cosas más interesantes del mundo, solo expresar emociones y asumir que su lectura del partido será más completa y serena los días posteriores, tras volver a ver el partido.

Recuerdo que estuvimos muchos en aquel directo en mi canal. Aquello era un nuevo regalo que nos volvía a hacer nuestro equipo y garantizaba otra eliminatoria de ensueño ante el City o el Atleti.

Daba igual en ese momento.

Terminé el directo, porque en algún momento había que terminarlo, recibí la llamada de Iñaki Angulo, el creador de contenido relacionado con el Real Madrid más grande del mundo y, sobre todo, mi amigo. «Lo hemos vuelto a hacer», nos decíamos. «Lo más mosqueante es que ya ni me he sorprendido demasiado», me decía Iñaki. «Empiezo a creer que la podemos ganar», repetía mientras caminaba hacia su casa desde el Bernabéu.

No fue nuestra conversación más brillante, pero la recuerdo con mucho cariño. Ahí no estaba el enfoque profesional que a veces protagoniza nuestras conversaciones. Ahí solo estaban dos amigos celebrando otra noche loca del Real Madrid. Estábamos agotados, pero felices y orgullosos.

Rüdiger diría después del partido: «Lo positivo es que no nos hemos rendido. En el cómputo de los dos partidos, si cometes el tipo de errores que cometimos, te castigan. Era un partido a vida o muerte para nosotros. Antes del partido, no mucha gente creía que íbamos a llegar a ir ganando 0-3. Luego, salió a relucir su clase individual a través de Modrić y Benzema».

Rodrygo, uno de los héroes de la noche, comentaría: «No queríamos sufrir así, estamos muy contentos. Él (Modrić) siempre me dice que ataque el espacio, que ahí me pone el balón, y eso pasó. Sufrimos mucho, no fue poco. Sabíamos que iba a ser muy difícil, pero fue mucho más de lo esperado. Creo que la clave fue pelear hasta el final, no nos rendimos en ningún momento. Pasamos malos momentos, pero peleamos hasta el final, y con mi gol nos levantamos».

Por su parte, Ancelotti analizó así el partido: «Mucho sufrimiento porque el 0-2 no era merecido. Hemos jugado bien, sacando el balón y creando ocasiones. No tuvimos el hambre de ir a marcar porque no era necesario, pero el 0-2 no era merecido. Luego, bajamos y el 0-3 nos liberó.

»Creo que hemos merecido el pase. Hemos jugado con el freno de mano y el 0-3 nos liberó, la gente nos empujó y volvió a salir la magia del estadio y de este club. Era normal que tuviéramos que sufrir, ellos son un gran equipo.

»Tenemos que estar orgullosos de lo que hemos hecho. Ante el PSG fue duro, también el Chelsea. Nos espera una semifinal

complicada. Atlético y City son dos posibles rivales muy fuertes. El Villarreal ha dado un golpe, y eso me alegra porque hay dos españoles en las semifinales, ahora que se decía que el fútbol español estaba por debajo de los ingleses.

»El pase de Modrić, Karim estuvo listo, Vinícius, Carvajal de central… En el balón parado hemos sufrido porque nos faltaba altura.

»Hemos tenido dificultades tras el 0-2 con un bajón psicológico, pero la magia del Bernabéu ayuda mucho a los jugadores para no rendirse nunca. No nos rendimos nunca. Estoy feliz por llegar a las semifinales, y cuanto más sufro, más feliz soy.

»Debo tener calma y evaluar bien lo que había que hacer. Metimos energía con Rodrygo y Camavinga. Ellos se desgastaron en la presión, y esto nos dio ventaja en la prórroga. Nosotros estábamos más frescos que ellos.

»No lo he visto perdido. Nunca puedo pensar en el Bernabéu que está todo perdido. La magia del estadio ayudó a Carvajal a jugar de central y al equipo para tener una energía extra para llegar a la semifinal.

»Nadie puede decir que no vayamos a ganar la Champions, tampoco que la vamos a ganar. Hemos demostrado que podemos competir hasta el último partido.

»Cuando entra, Rodrygo marca la diferencia siempre. Lo ha hecho muchas veces, lo hizo con el PSG, también hoy. Es joven, importante, y necesita tiempo para mejorar, pero estoy muy satisfecho con su trabajo.

»Camavinga tiene calidad, energía y puede jugar también de inicio. Cuando entra desde el banquillo, da mucha fuerza al equipo. Si tienes a Camavinga, Valverde y Rodrygo frescos, puedes cambiar el partido por la intensidad que le dan al equipo».

Por último, Tuchel comparecería para explicar: «Sí, siempre duele perder, pero este es el tipo de derrotas que podemos digerir, porque no dejamos nada que lamentar. Hemos jugado como queríamos, hemos demostrado la calidad y el carácter que tiene este equipo. Hemos merecido pasar. Hoy no estaba previsto, simplemente tuvimos mala suerte.

»Lo más importante es cómo jugamos, la aportación de los jugadores, cuánto cumplimos con la táctica, cuánta disciplina

mostramos en los espacios, cuánto invertimos… Esto fue lo máximo. Así que todo el mérito es de los jugadores. No es fácil venir aquí, hay que marcar, hay que ganar. Hemos merecido pasar.

»Desgraciadamente, hoy también, los dos goles vinieron de grandes errores nuestros en la elaboración cuando recuperamos el balón. Esta es la situación más peligrosa, cuando pierdes el balón después de recuperarlo, y lo hicimos dos veces.

»No hay nada que lamentar. Teníamos que superar una gran desventaja porque cometimos algunos errores garrafales en el partido de ida. Ellos aprovecharon los errores con calidad individual. Eso fue suficiente, porque en los dos partidos cometimos demasiados de esos errores importantes».

Lo cierto es que la eliminatoria dejaba unas cuantas conclusiones claras. Ancelotti había sido superado como ante el PSG, pero de nuevo había actuado con maestría con los cambios para darle un vuelco al partido. No sería justo ignorar que en la ida el técnico transalpino había vencido a su homólogo, pero en la vuelta reaccionó muy tarde ante el dominio del Chelsea. Supo asumir el cabreo de Kroos en el cambio y confió en una pareja que estaba empezando a darle muchos réditos: Camavinga y Rodrygo.

La sensación era que de esa forma sería imposible pasar la siguiente eliminatoria, sobre todo si era ante el Manchester City, pero una visión objetiva podría determinar que ante el PSG el Madrid había sido muy inferior durante ciento cincuenta minutos, y en esta eliminatoria, el asunto había estado más igualado. Cuando el Madrid olió la sangre, maximizó su impacto en los partidos, eso es fútbol: aprovechar los momentos que te deja cada encuentro.

La eliminatoria dejaba dudas razonables sobre el rendimiento de Kroos y Casemiro. Cuando se habían juntado Camavinga, Valverde y Modrić, el fútbol había fluido. El enfrentamiento ante el Chelsea había permitido recuperar la mejor versión de Carvajal, aunque fuera de central. También probaba que el equipo no se había caído físicamente, como apuntaban las peores profecías. Había ganado la prórroga resistiendo con energía y fiereza.

Ancelotti debía tomar nota y buscar algo nuevo para no confiarlo todo al milagro y la épica. El fútbol le había dado una nueva oportunidad, y el italiano, que es muy listo, iba a buscar cómo aprovecharla.

Poco tiempo después, pude contar en mi canal que el Real Madrid reactivaba su interés en fichar a Rüdiger. El alemán había sido, junto con James y Havertz, el mejor del Chelsea. Había dado una exhibición. Recuerdo una carrera con Rodrygo, recién incorporado el brasileño al campo. Rüdiger resbaló, pero ello no le impidió ganar el duelo a un jugador que es bastante rápido. Superioridad y jerarquía. Muy probablemente, el Madrid precisaba de esa actuación para lanzarse a por el fichaje.

Los primeros contactos se habían iniciado en octubre. Rüdiger pedía mucha pasta, y el Madrid aún no había decidido fichar a un central. En enero, el interés se enfrió, aunque la carpeta no se cerró del todo. Nunca se cierra cuando el jugador es interesante.

Rüdiger acababa contrato, quedaba libre. Los problemas del Chelsea le impedían renovar al jugador, por lo que el Madrid volvió a vislumbrar la oportunidad. El equipo había acabado el partido con Carvajal y Alaba de centrales y sufriendo en cada balón aéreo. La simple baja de Militao había supuesto una caída competitiva muy importante.

El Madrid llamó a Rüdiger, que mostró entusiasmo por fichar. Para entonces ya había rebajado bastante sus expectativas salariales. El acuerdo fue muy sencillo y el jugador pasó el reconocimiento médico en Londres cuando el fichaje empezaba a ser un secreto a voces. Se anunciaría acabada la temporada y caería como agua de mayo en el madridismo. Todos habíamos visto el nivel de Rüdiger; el fichaje estaba más que justificado, y más llegando libre.

El Madrid ya estaba en semifinales y la liga marchaba muy bien. Quedaban siete jornadas y el conjunto madridista necesitaba trece puntos de los veintiuno que quedaban. Todavía estaban pendientes las siempre difíciles visitas al Sevilla, Osasuna y Atleti. No estaba hecho, pero sí encauzado.

Las portadas de los medios de comunicación de todo el mundo elogiaban al Chelsea y se rendían ante el Madrid. Empezaban a entender que lo que se estaba viviendo era mágico e histórico. Ya habían visto dos veces muerto al Madrid, y en ambas ocasiones se había levantado contra todo pronóstico. El antimadridismo lo estaba empezando a pasar muy mal. Aquello había comenzado como una broma, pero ahora… Además, el Barça acababa de caer

ante el Eintracht en un Camp Nou lleno de alemanes. El conjunto catalán no ganaría la Europa League y empezaba a asumir que tampoco se llevaría la liga. Que el Madrid cayese comenzaba a ser algo necesario.

Las casas de apuestas ya habían fallado dos veces. Primero ante el PSG y después contra el Chelsea. El Madrid había derrotado al equipo de Catar y al club de un oligarca ruso que, desde su llegada al club londinense, no había parado de inyectarle dinero.

Además, el Madrid había vencido al campeón de Europa para vengar la derrota del año pasado. Todo era felicidad, pero también incredulidad respecto a si sería sostenible. La Champions del Madrid ya era muy buena pasara lo que pasara, pero la exigencia de este club siempre te empuja a que sepa a poco todo lo que no sea la victoria final.

Lo que no sabíamos en ese momento es que todavía tenía que llegar el mayor de los milagros. Ya nos sentíamos plenos y no habíamos vivido lo mejor. Sería ante el Manchester City de Guardiola, el club-Estado que faltaba por derrotar, pero todavía nos queda un poco para llegar a ese momento.

# Al filo de la navaja

El Real Madrid tendría como rival al Manchester City, como comentaba antes. Los *citizens* habían superado al Atleti del Cholo pasándolo realmente mal.

En el encuentro de ida, el City había sido superior, pero no habían creado muchas ocasiones. El Atleti aguardaba atrincherado atrás acumulando mucha gente y frustrando al conjunto de Guardiola. No pasaban los atléticos del centro del campo, pero el plan estaba saliendo bien y no estaba precisando de muchos milagros.

El Atleti venía de encajar muchos goles durante esta temporada y por momentos volvió a recordar al mejor Atlético de Godín y Miranda. El City no estaba igual de fresco que en el mes de enero, cuando casi consigue sentenciar la Premier. No obstante, la entrada de Foden en el campo cambió las cosas; el joven inglés dinamizó el juego de su equipo. El gol de De Bruyne le daba una ligerísima ventaja para el partido de vuelta.

En el Metropolitano, el Atleti ya no podría especular tanto y, tras una primera parte de tanteo, se volcó sobre la meta de Ederson en el segundo tiempo. Pocas veces se ha visto a un equipo de Guardiola tan sometido y superado. Sus centrales achicaban agua; los ingleses apenas lograban mantener el balón. La calidad de sus posesiones decrecía según pasaban los minutos. Fue como si tener tan cerca la clasificación hubiera introducido ansiedad en el líder de la Premier League.

Dando las gracias, pero el City se clasificó y sería el rival del Madrid en las semifinales.

Por el otro lado del cuadro, el Liverpool había superado con mucha suficiencia su eliminatoria contra el Benfica. De partida era

el cruce más desnivelado y los *reds* se encargaron de hacer buenos los pronósticos. Acababa de finalizar la aventura de un Benfica que había hecho una enorme Champions eliminando al Barça y después a un Ajax muy favorito tras su gran fase de grupos.

La gran sorpresa la protagonizó el Villarreal frente al Bayern de Múnich. En el partido de ida, los de Emery hicieron un auténtico partidazo y dominaron a los alemanes desnaturalizándolos completamente. Incluso se puede decir que el 1-0 era un resultado corto, por los méritos contraídos por cada equipo.

En la vuelta se esperaba una avalancha del Bayern similar a la que había sufrido el Salzburgo, aunque el conjunto de Castellón estaba mucho mejor preparado para soportarla. Poco a poco se iba frustrando uno de los favoritos para ganar la competición, pero el gol de Lewandowski nos hizo pensar que el sueño del Villarreal había acabado. Nada más lejos de la realidad, un tanto al final del partido de Samu evitó una prórroga que tenía color bávaro. Era una enorme sorpresa y el Liverpool la festejaba. Su lado del cuadro, ya más asequible de por sí, se acababa de aligerar. El Villarreal no era el Bayern, claro, aunque hubiese sido justo semifinalista.

El Real Madrid disputaría la ida de semifinales el día 26 de abril, y esta vez tendría ocho días para el encuentro de vuelta, pero antes había una liga que ganar y el partido que esperaba era de una dificultad máxima. Recuerdo haber recibido el ofrecimiento de la radio para desplazarme a Sevilla a comentar el partido del Real Madrid, pero estaba recién llegado de Portugal y no tenía muchas ganas de más viajes, la verdad.

El Madrid debía disputar un partido en Sevilla con sabor a liga. Todo lo que no fuera perder resultaba positivo. La del Sánchez-Pizjuán era una de las fechas marcadas en el calendario por parte del Barça para que el Madrid pinchase. Al día siguiente, los culés tenían un partido asequible en Barcelona contra el Cádiz y al cabo de poco recuperarían el partido aplazado contra el Rayo, también en el Camp Nou.

Si se les daba muy bien la cosa y el Madrid perdía en Sevilla, se podía poner a seis puntos a falta de seis jornadas. Había esperanza. Además, el Madrid tendría la distracción de una eliminatoria terrible contra el City y tenía que visitar el Metropolitano. El desgaste podía volverse insoportable para el conjunto merengue.

Los culés se relamían, pese a que no les hacía ninguna gracia la marcha del Madrid en la Champions.

El Madrid salió con una alineación bastante titular; durante los primeros minutos, disputó un partido muy igualado. Sin embargo, las cosas se torcieron sorpresivamente con los goles de Rakitic y Lamela en apenas cuatro minutos. De repente, el Madrid perdía 2-0 en Nervión; estaba pagando caros sus errores defensivos.

El conjunto madridista pudo estabilizar la situación, pero se fue al descanso con el partido casi perdido. Resultaba difícil imaginar una remontada tras el desgaste vivido contra el Chelsea. La renta en la clasificación todavía era suficiente.

La segunda parte dejó uno de los mejores tramos de fútbol del Real Madrid durante la temporada. De nuevo con el impulso de Camavinga, Rodrygo y Valverde, entre otros, el Madrid se lanzó en busca de la remontada, esta vez fuera de su feudo.

Rodrygo recortó distancias pronto en un gol que le veríamos repetir, para nuestro delirio, semanas después. El ataque madridista no cesaba y Vinícius logró empatar el partido. Incomprensiblemente, el árbitro señaló mano cuando era hombro, y el VAR no le quitó la razón. Ni siquiera esta injusticia detuvo al Madrid, que estaba oliendo la sangre. Tras una gran jugada colectiva, Nacho, ahora sí, empató el partido.

Lo mejor estaba por llegar. Al Madrid, como comentaba antes, supuestamente le valía el empate, pero se lanzó como un poseso a por la victoria. En el noventa y uno combinaron Carvajal, Benzema, Vinícius y Rodrygo para que el centro del brasileño llegase a Benzema, que martilleó la liga.

Era un auténtico mazazo para el Barça. Se había relamido con la derrota del Real Madrid y de nuevo los madridistas habían sobrevivido dando una exhibición de fútbol y actitud. La Xavineta derraparía definitivamente esa semana. Primero perdió contra el Cádiz y después contra el Rayo. Ambas derrotas fueron en casa y tras pésimos partidos. El Barça encadenaba tres derrotas seguidas en el Camp Nou, contando la de la Europa League: la liga estaba sentenciada. El Madrid solo tenía que sumar cuatro puntos en las seis jornadas que le quedaban.

El miércoles, el equipo visitaba a un Osasuna que no se jugaba casi nada. Era un día propicio para rotar algo y vi con alegría que

Ceballos era titular junto con Camavinga. El Madrid se adelantaría pronto con un gol de Alaba, pero el Osasuna empató a través de Budimir.

Los merengues volvieron a adelantarse en el marcador con un gol de Asensio; durante la segunda parte disfrutarían de muchas ocasiones y practicarían un juego excelso. Recordaba a la segunda parte en Sevilla, pero sin las estrecheces del marcador. Benzema dispondría de la oportunidad de sentenciar el partido con un penalti, pero igual que en Vigo lo fallaría. Era raro ver que erraba dos penaltis en tan poco tiempo. Resultaba preocupante dado el tramo decisivo que se avecinaba en la Champions.

Lucas Vázquez sentenciaría el partido en el minuto noventa y seis y dejaría el alirón a falta de un solo empate. La situación era idílica antes del partido de ida ante el Manchester City. Todo hacía indicar que el Madrid sería campeón de forma matemática frente al Espanyol en el Bernabéu. Ya no hacía falta fijarse en los resultados de los demás, el conjunto madridista estaba a las puertas de un nuevo título.

Al Manchester City le perseguía cierto malditismo en la competición europea. Desde su compra por parte de los Emiratos Árabes, los *skyblues* habían penado la mayoría de los años en Europa. La primera vez que alcanzaron las semifinales, con Pellegrini de entrenador, cayeron eliminados precisamente contra el Madrid gracias a un solitario gol de Bale. Fue una eliminatoria en la que el Real no necesitó hacer mucho para clasificarse; para el City resultó demoledor comprobar cómo apenas hizo sufrir al Madrid en los últimos minutos, pese a estar a un solo gol de la gran final que se jugaría en Milán. Fue entonces cuando llegó Guardiola procedente del Bayern, donde se había quedado siempre en la orilla de las semifinales.

El City de Guardiola ya había ganado tres Premiers de las cinco disputadas, pero en Europa le pasaban casi siempre cosas raras. Eliminaciones contra el Mónaco, Liverpool, Tottenham y Lyon. En la mayoría de los casos, el City partía como favorito, pero se había ido para casa.

Sin embargo, la temporada pasada había alcanzado la final. Es cierto que la perdió contra el Chelsea, pero ya no se podía hablar de un equipo débil en Europa.

La sensación con el City era que cada vez que había tenido un mínimo momento de dificultad, la Champions le había castigado con fiereza. Esto fue especialmente impactante contra los Spurs y contra el Lyon. Los ingleses tenían muy poca tolerancia a los contratiempos y exhibían una mandíbula de cristal.

Parecía una de las bazas para confiar en el Madrid en esta eliminatoria, pero por primera vez se había incumplido esta regla maldita para el City de Guardiola. Ante el Atleti había sufrido mucho, había sido dominado, pero no sucumbió y se clasificó. Algo parecía haber cambiado en el momento más inoportuno.

El aspecto físico podía ser otra ventaja para el Madrid. El City estaba siendo exigido por el Liverpool en la Premier. Mientras el Madrid estaba a la espera de empatar un partido para levantar el trofeo.

A pesar de todo eso, las casas de apuestas volvían a ser implacables con el Madrid y daban muy favoritos a los ingleses. Habían demostrado ser mejor equipo los últimos años y en el mes de septiembre siempre partían como favoritos.

Cancelo, sancionado, sería baja. Walker llegaba muy tocado, igual que Stones. Ahí el Madrid tenía que tratar de aprovecharlo, aunque la sempiterna debilidad defensiva del City de Guardiola había dejado paso a un equipo que había encontrado en Rubén Dias su piedra filosofal.

Un conjunto que mantenía su buen gusto en el trato del balón y su juego de posición, pero con un armazón defensivo que le permitía contener mucho mejor las transiciones del rival cuando se perdía la pelota.

El propio Guardiola, tras triunfar en Barcelona con un estilo muy definido, había ido evolucionando en un entrenador mucho más camaleónico y por tanto más peligroso. Las malas experiencias europeas en Alemania e Inglaterra le habían hecho aprender.

En la eliminatoria que habían disputado el City y el Madrid hacía dos temporadas, el de Santpedor se había mostrado extremadamente pragmático. En el encuentro de ida disputado en el Santiago Bernabéu había jugado con la ansiedad del Madrid por ir a presionar como normalmente hay que hacer con los equipos de Guardiola. El balón largo a la espalda de la defensa no era un recurso habitual, y esa noche sorprendió a mucha gente. Pese a

adelantarse el Madrid, el City supo esperar a su momento y ganar el partido. Bien es cierto que supo aprovecharse de los propios errores del conjunto blanco.

En la vuelta, el Manchester City se mostró simplemente muy superior, aunque igual que en la ida precisó de errores gruesos por parte de la defensa del Madrid para imponerse. Ese día, Militao hizo uno de sus primeros grandes partidos en el Madrid. Nadie reparó en ello porque Varane hizo el peor partido de su carrera.

No nos engañemos, aunque Guardiola había evolucionado, su equipo seguía siendo reconocible. Pep sabe imprimir un sello propio a sus equipos, y ya sabíamos antes del partido que el balón lo tendría el City. A eso no iba a renunciar tan fácilmente. Por tanto, esperaba un partido en el que la paciencia resultaría fundamental, porque el City no iba a dejar respirar al Madrid durante mucho tiempo con el balón. Tocaba ser muy efectivo cuando hubiera ocasión.

En la rueda de prensa previa, Guardiola se mostró muy elegante y elogioso con el Madrid:

«Si tenemos que competir con su historia, no tenemos ninguna posibilidad. Habla por sí misma. Tenemos el deseo de competir contra ellos.

»Siempre me ha gustado el Madrid desde que jugaba en el Barcelona o lo entrenaba. Me gustan muchas cosas de este equipo. La calidad que tienen no es casualidad. Tienen mucho nivel en todo. Lo del Madrid no es suerte. Todos los jugadores que tiene el Madrid son muy buenos, porque si no, no los ficharían.

»En la dificultad (en el Madrid) ves a jugadores que levantan el dedo y dicen aquí estoy yo. Esto es lo que mejor habla de un equipo. No dan un paso adelante, dan dos».

Siguiendo mi rutina de los partidos de Champions que se disputan lejos del Bernabéu, me conecté desde casa a la tertulia de Radio Marca para hablar de mis sensaciones antes del partido. Durante la tertulia conocimos las alineaciones. En el Madrid se confirmó la baja de Casemiro, que llevaba unos días tocado. La verdad es que era una ausencia importante, y Carletto tenía la difícil papeleta de decidir quién ocuparía su lugar. Finalmente, el técnico italiano había optado por Kroos, que estaría escoltado por Valverde, que recuperaba su posición predilecta, y Modrić. Arriba,

Rodrygo se había ganado el sitio, pues el tramo final de su temporada empezaba a ser espectacular.

Alaba había sido duda durante toda la semana, pero finalmente salió en el once titular. Estaba disponible, o al menos eso parecía. En un día en el que tocaría defender durante mucho tiempo, la presencia del austriaco sería motivo de tranquilidad, siempre que estuviese bien.

En el City, Walker no había logrado completar ningún entrenamiento y partía desde el banquillo. La sorpresa fue la presencia de Stones, que venía de estar lesionado y no parecía tener mucho ritmo. El central inglés jugaría como lateral derecho ante la sanción de Cancelo. Completaban la alineación Ederson en la portería, Dias y Laporte en el centro de la defensa, Zinchenko en el lateral zurdo, Bernardo Silva, Rodri y De Bruyne en el centro del campo, y Mahrez, Gabriel Jesus y Foden en la delantera. Menudo equipazo.

Era curioso lo bien que se le daba el Madrid a Gabriel Jesus, un jugador muchas veces suplente, pero que con el Madrid solía conectar. El brasileño había estado hace unos años a punto de fichar por el conjunto madridista, pero una llamada a última hora de Guardiola le hizo cambiar de opinión. El Real Madrid tuvo en ese momento uno de sus primeros encontronazos con un mercado que había cambiado desde la entrada de los clubes-Estado.

Me acomodé en el sofá de mi casa con una cerveza. Mis dos hijos mayores verían el partido conmigo; estaban muy emocionados. Yo no me aguantaba a mí mismo y me sentía mal. Trato de inocularles mi veneno por el Madrid y pongo mucho entusiasmo en ello, pero en la práctica casi nunca puedo ver un partido con ellos o llevarlos al Bernabéu por mi trabajo en la radio. Lo cierto es que cuando puedo ver algún partido con ellos suele ser muy importante, y mi cabeza no se centra en sus lógicas preguntas. Me derrotan los nervios y mis capacidades comunicativas menguan, a la par que mi paciencia. Iba a tratar de dar lo mejor de mí como madridista y como padre, pero me resultaba complicado.

Encendí la televisión y vi a Ancelotti y Guardiola fundiéndose en un largo abrazo. Se puso el balón en juego y el drama no tardó en llegar. Mahrez hizo una gran jugada por la derecha, se internó y puso un balón medido hacia la zona de conflicto que se sitúa entre

la defensa y el portero. De Bruyne entró con muchísima fuerza y le ganó el duelo a Carvajal. No era un error del jugador de Leganés, porque la acción era muy difícil de defender. El cabezazo del belga fue imposible de atajar hasta para Courtois. Demasiado a bocajarro. Primeros minutos del partido y primer gol. La cosa no pintaba bien. La cerveza ya me sabía peor y tocaba dar explicaciones a los niños, que no entendían nada.

En el minuto diez, Alaba demostró que no estaba al cien por cien. Un centro desde la izquierda de De Bruyne fue muy mal despejado por el austriaco y el rechace le cayó a Gabriel Jesus, que no faltó a su cita con el gol contra el Real Madrid. Aquello era un drama porque el equipo no parecía tener respuesta ante la avalancha local. No es fácil asumir, ya en el minuto diez, que como mínimo necesitarás dos goles en la eliminatoria para empatar. Más ante un equipo que ahora tenía una solvencia defensiva mayor.

En casa yo no tenía explicaciones para mis hijos. Ellos, conscientes de la situación, tampoco preguntaban mucho. «Ánimo, papá. Ahora metemos nosotros gol».

He de reconocer que yo intuía que el Madrid tendría su momento. Igual que contra el PSG o el Chelsea no estaba con ese estado de ánimo, esta noche sí, pues había aprendido de la experiencia. Lo que pasa es que ese momento debía de llegar pronto para poder engancharnos a la eliminatoria.

En el minuto veinticinco vi la eliminatoria pasar por el precipicio. Mahrez tenía un mano a mano con Courtois, aunque estaba bastante escorado en la derecha. Afortunadamente optó por chutar con su pierna mala y no por centrar a un Foden mejor colocado. Su disparo besó la red lateral por fuera. Guardiola se volvía loco, consciente de que ahí estaba la eliminatoria.

En el veintiocho fue Foden el que, tras una gran conducción de De Bruyne, tuvo una gran ocasión. Su disparo con la zurda se marchó fuera. El Madrid estaba completamente vendido. Las ocasiones se sucedían y el 2-0 era un resultado corto. Los blancos estaban realizando un encuentro anticompetitivo, y la única buena noticia era que el resultado no era definitivo.

Kroos estaba siendo completamente superado en el centro del campo. La baja de Casemiro se notaba mucho, así como la inferioridad numérica, ya que los extremos del City suelen hacer de

centrocampistas y generan ese tipo de conflictos en el rival. La espalda de Kroos era una autopista; además, no conseguía ganar sus duelos. Considerarle el único responsable sería injusto. En relación con el esquema sobre el campo, estaba bastante abandonado.

En el treinta y dos, Benzema rescató al Real Madrid. No se puede decir de otra forma. Mendy tenía un balón en tres cuartos en una de las primeras posesiones de las que disponía el conjunto blanco en campo contrario. Puso un balón al área con la intención de que le llegase a Benzema. Lo cierto es que la pelota lo hizo, pero sin ninguna ventaja para el delantero. Sin embargo, Karim orientó su cuerpo para, en lugar de controlar el balón, rematarlo con la zurda. El toque fue sumamente sutil e impredecible, pues la cara de Benzema ni siquiera apuntaba a la portería. Ederson se estiró, pero solo pudo ver cómo el balón entraba tras golpear en el palo.

El Madrid había vuelto a la vida. En casa salté y levanté a los niños. Estábamos muertos y Benzema nos estaba dando la vida. El golpe para el City podía ser muy duro, dadas las ocasiones marradas. Creo recordar que el *software* que calcula las probabilidades de éxito del remate de Benzema le daba un tres por ciento. Es decir, uno de cada treinta y tres remates en esa situación es gol. Benzema había desafiado a la ciencia y a la tecnología. También a un Guardiola que no entendía nada y recordaba con amargura las ocasiones perdonadas.

La celebración de los jugadores no fue nada del otro mundo. Benzema apretó el puño y le dio las gracias a Mendy. Quedaba mucho por hacer; debían cambiar mucho las cosas para no perder la Champions en el partido de ida.

En el treinta y cuatro, Kroos hizo un desplazamiento largo a Carvajal, que habilitó a su vez a Rodrygo. El disparo del brasileño lo detuvo Ederson, pero al menos el Madrid empezaba a vivir algo más cómodo y le recordaba al City que debía protegerse para defender su portería; ya no era todo cuesta abajo para los ingleses.

En el descanso se confirmó que Alaba había cometido un error jugando. No estaba bien y dejó su sitio a Nacho. Al menos ahora el Madrid tendría a once jugadores sanos. Por su parte, también Guardiola había tenido que rectificar y sustituir en el treinta y cinco a Stones por el brasileño Fernandinho, que actuaría de lateral derecho. Era una oportunidad para Vinícius.

La segunda parte empezó de infarto. Mahrez aprovechó un error bochornoso de Militao y se plantó delante de Courtois. Su disparo fue al palo; en el rechace, cuando parecía que Foden solo tendría que empujarla, apareció Carvajal de manera providencial para desviar su disparo casi sobre la línea. De nuevo en el primer minuto el City había desarbolado al Madrid; en esos momentos cabía dudar de la concentración defensiva y de la mentalidad del equipo de Ancelotti. Había que espabilar.

Por mi parte, vivía cada ocasión salvada con un susto, pero después con un grito de celebración. «Si no nos matan, lo van a pagar», me decía a mí mismo…, y se lo decía también a mi prole.

En el cincuenta y uno vimos el mundo al revés. La entrada de Fernandinho como lateral era una oportunidad para Vinícius. Pues nada más lejos de la realidad… en ese caso. El veterano brasileño ganó un duelo y profundizó por la banda poniendo un centro medido para la entrada de cabeza de Foden. Era el 3-1. Esto no entraba en los planes. Sufrir mucho sí, pero que Fernandinho hiciera de Cafu no.

La verdad es que fue un palo. No parecía haber servido de nada tener la suerte de no recibir ningún gol desde el minuto diez, a pesar de las ocasiones sufridas. El encanto parecía haberse roto, pero entonces vi a Vinícius dejar pasar un balón que le llegaba a la banda y darse la vuelta. También vi a Fernandinho crecido yendo con todo a ganar el duelo, pero la maniobra de Vinícius le había sorprendido. Y el más joven de los brasileños corría a toda velocidad con el balón controlado sin que nadie le pudiese salir al paso. Resultaba una negligencia por parte del City que se diera esa situación con 3-1 a favor, pero no íbamos a lamentarnos por ello. Eso seguro.

Vinícius corría y corría y se acercaba a Ederson orientado para chutar con el interior de su pierna derecha. Durante esos segundos interminables todos recordamos las veces que habíamos visto ese mismo episodio acabar mal, pero el Vinícius de esta temporada era ya otro jugador, uno que había dejado atrás la ansiedad a la hora de definir, de tomar decisiones. Lo cierto es que fue un golazo: de nuevo el Madrid había localizado a tiempo el bote salvavidas. Mi teoría es que de no haber respondido de inmediato al gol de Foden, el partido habría acabado 4-1 o 5-1. Esa era la tendencia, desde

luego. Las estrellas mundiales tienen estas cosas. Pueden estar haciendo un partido mediocre y cambiarlo a favor de su equipo en cualquier momento y bajo cualquier circunstancia. Vinícius se había convertido en su cuarta temporada en lo que el Real Madrid soñó cuando lo fichó. Los memes de los insensatos que habían intentado humillar a un chico de dieciocho años quedaban atrás.

El City no se rendía a pesar de todo. En el sesenta y seis, Zinchenko profundizó y puso un centrochut que remató como pudo Laporte. Paró Courtois, pero no evitamos el susto. El central internacional con España se encontraba demasiado solo en el momento del remate.

Salió Camavinga por Rodrygo y confié en que veríamos algo más de control en el centro del campo, pero el Manchester City demostraba ser un equipazo con ambición y temperamento. En el setenta y dos, Kroos hizo falta cerca del pico del área a Zinchenko. Se detuvo, pero el árbitro, muy hábilmente, dejó continuar cuando vio que el balón le llegaba a Bernardo Silva. El genio portugués lo colocó cerca de la escuadra ante la estatua de Courtois. Qué cabreo me cogí. La vida y el fútbol le estaban dando una oportunidad de llegar vivo al Bernabéu al Madrid, pero el equipo se empeñaba en desaprovecharla. Estábamos compitiendo muy mal. De este golpe sería difícil recuperarse y Guardiola respiraba. El 4-2 era un buen resultado para los *citizens* y hacía justicia.

El equipo lo acusó y pareció entender lo mismo, aunque siempre estaba presente ese pensamiento de que los dos goles del Madrid habían llegado casi de la nada. En el setenta y cinco, Mahrez estuvo a punto de conseguir el quinto, pero su disparo rodó en paralelo a la línea de gol.

En el setenta y siete, justo antes de salir sustituido por Ceballos, Modrić recortó en la frontal del área y con la zurda no sorprendió a Ederson de milagro. El disparo no pasó muy lejos del poste.

Casi en la jugada siguiente, Kroos sirvió una falta desde la banda derecha. El centro iba bien pegado, pero no parecía muy peligroso. Debe de ser que el Madrid estresa a los contrarios, porque Laporte sacó el brazo como nunca debería haber hecho y al árbitro no le quedó más remedio que señalar penalti. ¿Quién lo chutaría?

La pregunta era relevante porque Benzema estaba viviendo una mala racha desde los once metros. Se creó un momento de tensión.

El francés asumió su responsabilidad y cogió el balón. En todo momento trató de evitar el contacto visual con Ederson. Él tenía un plan y no quería que nadie se lo arruinara. Colocó la pelota sobre el punto de penalti y emprendió la carrera. En casa, no podía casi ni mirar. Abrazaba a mis niños esperando encontrar la calma que parecía sobrarle a Benzema. Justo antes del golpeo lo comprendí: Karim había decidido quitarse la presión chutando el penalti al estilo Panenka. Tan efectivo como temerario, puesto que, si el portero se quedaba en el centro, lo detendría sin dificultades. Pero Benzema jugaba con la ambición del portero brasileño, que era consciente de la mala racha del delantero. El balón flotó hasta besar las mallas muy cerca del larguero. No se podía chutar mejor si uno decidía hacerlo así. Era el 4-3 y Benzema le estaba diciendo al equipo de Guardiola que ahí estaban él y su grandeza; también le tendrían que ganar a él.

Tengo la teoría de que esa ejecución de Benzema tuvo un impacto mayor que el de un gol que estrechaba la diferencia. Cuando en ese momento de tensión, el rival ve que el delantero que viene de fallar dos penaltis lo chuta así, seguro que entiende que la batalla será titánica pese a parecer superior. El Madrid sería lucha y también belleza.

Ya no pasaría nada más en el partido. El City había comprendido que, si marcaba un quinto gol, sufriría de inmediato el cuarto del Madrid. No había podido hacer más para llevarse una renta importante, pero el Madrid siempre había tenido respuesta.

No obstante, no nos podíamos engañar: el City había sido tremendamente superior y el resultado parecía un nuevo milagro. El gol de ventaja reforzaba el favoritismo de los ingleses, pero no decantaba la eliminatoria. Iba a haber jaleo en la vuelta. Recuerdo tener la sensación de que eran mucho mejores, pero ya no podía descartar una tercera remontada. Con muy poco, el Madrid les había hecho mucho daño, cosa que denotaba que el equipo de Guardiola no era tan rocoso como parecía, al menos a aquellas alturas de la competición.

Conecté con la radio para hacer mi análisis del partido y después comencé mi directo. El sentimiento unánime era que se trataba de una derrota dulce. El equipo que había ganado se iría a casa con sensación de oportunidad perdida. El equipo que había perdido se

sabía de nuevo salvado de milagro. Quedaban ocho días y había mucho que ajustar, pero cómo nos lo íbamos a pasar con la esperanza en el estadio madridista. Eso ya nos lo habíamos ganado.

Recuerdo un tuit de Aurélien Tchouaméni, jugador del Mónaco, tras el partido. En su comentario decía haber disfrutado mucho el espectáculo visto. Yo había publicado un mes antes en mi canal que el Real Madrid contaba con la intención del jugador de llegar al Real Madrid. Ese 26 de abril, en el Real Madrid todavía no habían tomado la decisión de intentar el fichaje. Todo lo ocupaba Mbappé, pero yo aprecié en Tchouaméni un guiño hacia el conjunto madridista.

Ozil, el jugador que quizá más se ha arrepentido de dejar el Madrid en su momento, decía: «Fantástico partido. Dadle a mi chico Benzi (Benzema) el Balón de Oro».

Steve McManaman, exjugador de ambos equipos, diría: «Nunca puedes acusar al City de ingenuo, pero hoy lo fue durante varios momentos. Cuando fueron dos arriba, 3-1 o 4-2, no deberían haber permitido al Real Madrid volver a engancharse al partido. No sé qué pudo pasar, posiblemente se confiaron porque tenían mucha ventaja. Tan pronto como se pusieron dos arriba, se hundieron. El City debió controlar el partido. Pienso que el City puede marcar goles y ganar el partido allí, pero le han dado una mínima esperanza al Real Madrid. Todos hemos pasado partidos donde crees que es fácil y, de repente, algo pasa. Puedes sentir que todo cambia. Esto no pasó una vez, pasó hasta tres veces. Con el 2-0, el 3-1 y el 4-2. No sé por qué el City empezó a descolgarse y permitió que el Madrid se le echara encima. Cada vez que atacaban, dominaban mucho y creaban muchas ocasiones. Ahí hay que pensar: "No te equivoques y gestiona el partido". El Madrid también demostró su ingenuidad, a pesar de ser el equipo con más experiencia. Cada vez que metían un gol, el City volvía y marcaba o volvía a generar ocasiones».

Agüero diría que el Madrid era un coladero, y lo cierto es que no le faltaba razón esa noche. Se había competido muy mal, se habían abierto muchas puertas a un equipo con un poder ofensivo tremendo. Era muy relevante hacer el diagnóstico correcto, porque en la vuelta seguro que no se tendría igual fortuna. Seguro que no.

Individualmente, solo Benzema y Vinícius habían realizado un

buen partido, y en el caso del brasileño no por tener una gran participación, sino por su golazo. La defensa se había tambaleado. Kroos no había podido sostener el centro del campo y su presencia durante todo el partido me hizo pensar que quizá sus quejas tras el cambio ante el Chelsea habían condicionado algo a Ancelotti. Esperaba que no, porque Toni, fundamental al principio de temporada, ahora no terminaba de estar bien.

Carvajal había sido el único defensa a la altura. Un renqueante Mendy no había competido como acostumbraba. En el City me habían gustado todos del medio campo para arriba: Bernardo Silva, De Bruyne, Gabriel Jesus y Foden. El único fallón había sido Mahrez, pero había servido el centro del primer gol. Estos tíos no iban a bajar el ritmo. Ya habían sido finalistas la temporada pasada. Quedaban ocho días y me acosté en la cama imaginando lo que sería vivir un tercer milagro.

# Lo imposible

Se avecinaban días grandes. El Madrid acababa de salir vivo del Etihad y tenía una oportunidad pintiparada para ganar la liga. En realidad, ya era el virtual ganador, pues solo necesitaba un empate en cinco partidos o que un Barça bastante cuesta abajo no hiciera un pleno, pero lo que correspondía era ganarla en el Bernabéu frente a la afición y preparar la conjura para llegar a la final de la Champions.

Con un estadio lleno a rebosar, Ancelotti presentó un equipo con muchas rotaciones. Había que guardar esas piernas todo lo posible para el miércoles. Courtois en la portería; con Lucas, Casemiro de central junto a Vallejo y Marcelo en la izquierda. Un centro del campo con Camavinga, Modrić y Ceballos, y en la delantera Asensio, Mariano y Rodrygo. Estaba claro cuál era la prioridad; además, con este equipo se podía ganar la liga.

Rodrygo en la izquierda demostró que jugar en la derecha tiene una parte de sacrificio para él. El brasileño dio una exhibición y marcó dos grandes goles, dejando bastante encarado el partido, ya en la primera parte. Asensio y Benzema, tras salir desde el banquillo, sentenciaron con un 4-0.

La liga trigésimo quinta ya estaba en el museo. A mis treinta y ocho años no recuerdo una liga del Madrid ganada con tanto desahogo y a falta de cuatro partidos. Un campeonato de la regularidad en la que el equipo supo hacer honor a su palabra y en la que la brillantez de Benzema, Vinícius y Courtois marcó las diferencias en los días más complicados.

El Madrid había sido mucho mejor que el resto. Supo empezar bien tras el verano, superar un bache en otoño, competir en el duro invierno en el que parecía que el equipo se agotaría ante la falta de

rotaciones y sentenciar en la primavera recuperándose del fracaso del Clásico.

Realmente, el Madrid no había hecho ninguna concesión desde ese amargo partido. Cualquier atisbo de esperanza de la Xavineta fue fulminado por la tenacidad en la victoria del Real Madrid, que tenía en sus filas a varios de los jugadores de la liga.

Ya todo lo que quedaría de campeonato sería, o inútil, o, en el mejor de los casos, preparatorio de la gran final de París. El Madrid corría el riesgo de acabar su temporada a primeros de mayo.

Por su parte, Ancelotti acababa de lograr un hito único en la historia: ganar las cinco grandes ligas. El técnico italiano había sido bastante cuestionado durante la temporada. Yo mismo fui crítico con varios planteamientos en partidos clave. No me había gustado gran parte de la eliminatoria ante el PSG, el partido de vuelta ante el Chelsea o la ida ante el City. Por supuesto, tampoco el Clásico. No obstante, se estaba haciendo buena la cita bíblica «por sus frutos los reconoceréis». A Ancelotti le estaban sobrando los frutos y podía responder con resultados.

El italiano estaba en su segunda época en el Real Madrid. Durante su primera etapa vivió una primera temporada de ensueño con la Copa y la Décima. Su segunda temporada empezó de manera increíble, con el mejor fútbol que le recuerdo al Madrid, y con una racha de veintidós victorias seguidas. De repente, el equipo se le cayó físicamente tras varias lesiones y el club decidió despedirle, cosa que a mí no me pareció bien.

Tras unos años en diferentes equipos, su carrera parecía declinar en el Everton. El conjunto inglés estaba muy lejos de lo que Carlo había acostumbrado a entrenar con muchos éxitos. Entonces llegó la llamada del Madrid, y reconozco que, aún con algún reparo, me gustó, y así lo defendí en mi canal. La temporada me había dejado algunas dudas puntuales, como comentaba antes, pero Ancelotti me había cerrado la boca respecto a mis inquietudes sobre la ausencia de rotaciones. El equipo había ganado la liga y llegaba al final de temporada pletórico de fuerza. A Ancelotti los resultados le empezaban a avalar, aunque quedaba lo más importante. En el destino estaba un duelo inmenso con Guardiola y después posiblemente con Klopp.

Lo cierto es que ni los antis discutían la justicia del campeonato

y los jugadores celebraron el título como se merecía. Se suscitaron diversas polémicas mediáticas acerca de la conveniencia de festejar el título y distraerse del partido del miércoles. La verdad es que parecía casi infantil poner en duda la madurez de una plantilla que había competido hasta la extenuación en las circunstancias más complicadas. Festejar con moderación solo debía verse como una bendición, un tributo a la misma afición que haciendo gala de responsabilidad no había salido a la calle a celebrar la liga de la pandemia. Pero, sobre todo, era un homenaje al propio equipo. Se merecían soltar algo de tensión después de tantas semanas con el cuchillo entre los dientes. Ya llegarían los veteranos al día siguiente, en el entrenamiento, a apretar las clavijas. Modrić no iba a permitir que le quitasen la posibilidad de luchar por una Champions más.

De cara al miércoles, Ancelotti solo tenía una baja relevante, la de David Alaba. El austriaco había demostrado no estar en condiciones en el partido de ida y su sitio sería ocupado por un Nacho que estaba mostrando un gran nivel de solvencia en el final de temporada. El canterano no era Alaba, pero era mucho mejor que la versión renqueante del ex del Bayern.

Esos días existía el debate sobre quién jugaría, si Valverde o Rodrygo, pero en mi opinión estaba clarísimo que la opción correcta era el uruguayo; el brasileño saldría en la segunda parte. Reforzar el centro del campo ante un equipo de Guardiola se había vuelto a demostrar como una necesidad en el partido de ida, en el que Kroos, Modrić y Valverde se mostraron incapaces de controlar el juego.

En el City se había recuperado Walker, y los de Guardiola presentarían una alineación de totales garantías con Cancelo de vuelta tras la lesión. Arriba tendría Pep diversas alternativas. Quedaba ver por cuál se decantaría el técnico catalán.

Guardiola había estado muy seco en la rueda de prensa previa, ya que había quedado molesto por el tratamiento mediático que había habido hacia él en la eliminatoria frente al Atleti. Jugó con cierta ambigüedad comunicativa para criticar el estilo del Cholo al tiempo que lo elogiaba.

Por mi parte, me tocó pedir pase de prensa en la radio para dejarles a mis hermanos los dos abonos de la familia. Iba a vivir el partido más importante hasta ese momento de la temporada en el

palco de prensa, pero sin comentar el partido. Sería una circunstancia extraña, como después explicaré.

El caso es que antes estaría en la cabina para vivir mi última tertulia previa a un partido de Champions de la temporada y tendría que acceder al estadio sobre las 19.30. Me dirigí al Bernabéu hacia las 18.00 para volver a grabar un vídeo para mi canal del ambiente previo del partido. Iba a quedar en algún momento con mis hermanos, mis primos y varios amigos. Desde que llegué a las calles aledañas, grabar se convirtió en una quimera. Cada vez que alzaba el móvil, un grupo de aficionados se me acercaba para saludarme o pedirme fotos. Comprendí que iba a merecer más la pena disfrutar del momento que grabar. Ya lo había hecho el día del PSG y ojalá lo pudiera hacer en la final de París.

Las muestras de cariño me emocionaban mientras internamente le agradecía a la vida poder estar viviendo todo eso. Mi equipo estaba ante la enésima experiencia cumbre de su historia, haciéndonos disfrutar de esos nervios previos y yo me había convertido en alguien popular para bastantes madridistas. Todo el mundo me pedía un resultado, y al principio mentía diciendo que ganaríamos, pero poco a poco fui creyendo en mi propia mentira y visualicé que lo lograríamos, pese a ser un equipo inferior al Manchester City, al menos sobre el papel.

He estado muchas veces en el Bernabéu y también en sus calles antes de un gran partido. Recuerdo perfectamente el día del PSG o de otras grandes citas, pero nunca, y digo nunca, había visto lo que vi esa tarde noche. Nunca vi a la gente tan entregada y conjurándose para vivir otra noche de ensueño. Jamás había visto ese fuego, esa energía que se creó en las calles de Chamartín. Es cierto que ese equipo nos había regalado dos noches históricas, pero me daba la sensación de que el sentimiento de gratitud de la afición no se debía solo a eso. Allí había identificación con las personas que formaban ese equipo. Los madridistas no les iban a dejar solos y ya se sentían ganadores. Fue muy especial y cuesta expresarlo con palabras, pero nunca había vivido nada así. El éxito ya no solo podía depender de ganar ese partido y después la final. El éxito ya era haber logrado esa comunión con la afición más exigente del mundo. Ya se había despertado un espíritu que podría durar muchos años. Como el de las remontadas de los años ochenta que

solo pude vivir en vídeo.

Entré en el estadio y me dirigí a la cabina. Allí conecté con Felipe del Campo y comenzamos a analizar qué podría deparar el partido. Una de las últimas preguntas fue qué jugador sería decisivo para el Real Madrid. Respondí que lo obvio era decir Benzema, porque estaba demostrando ser el mejor jugador del mundo, pero que confiaba mucho en un posible *outsider* como Rodrygo. El brasileño había sabido impactar ante el PSG y el Chelsea, y yo anhelaba su entrada en el campo en la segunda parte, fresco de piernas. Rodrygo tenía una relación muy especial con la Champions. La proporción de goles por partido en Europa era sensiblemente superior respecto al campeonato nacional.

Me dirigí a mi pupitre y me vi al lado de varios compañeros periodistas que estarían comentando el partido para sus emisoras de radio. A mi lado estaban Antón Meana y Fernando Burgos, ambos sin fama de ser precisamente muy madridistas. Por la zona también estaban Herráez, Arancha Rodríguez y Miguelito. Un poco más arriba, dos compañeros de Radio Marca: Toribio y Chitu.

Me senté y comencé a escuchar las alineaciones. Sin sorpresas en el Real Madrid ni en el City. El himno de la Décima sonó y retumbó más fuerte que nunca. Yo estaba en el palco de prensa y me abstuve de cantarlo. Había que ser serio y profesional, aunque en rigor no estaba trabajando.

Me vino a la mente ese partido de Champions de hacía dos temporadas en el que el City se llevó el encuentro de una manera muy práctica. No obstante, este Madrid tenía más alma que aquel y estábamos en unas semifinales de la Champions más increíble que había vivido. Las gestas ante el PSG y el Chelsea ya convertían todo lo experimentado en algo que recordaríamos durante mucho tiempo, pero quedaba lo más difícil.

Vi al Madrid comenzar el partido de una manera muy parecida a la del encuentro del PSG. La intención era presionar y complicarle el partido al rival aprovechando el empuje del público. Contra los franceses, esta disposición duró apenas diez minutos, pero esta vez el Madrid sostenía el ritmo.

El City trataba de tocar el balón, pero respetaba al Madrid y no se complicaba si tenía que sortearlo. El Bernabéu era una caldera y yo de momento permanecía impasible, dada mi ubicación.

En el diecisiete llegó lo primero parecido a una ocasión. Tras un forcejeo de Benzema, el balón le llegó a Vinícius, que lo empalmó con la izquierda. Su disparo se fue alto, pero era un aviso de que el Madrid iba a por el partido desde el inicio.

Sin embargo, poco a poco el City se fue haciendo con el manejo del encuentro. El Madrid ya no presionaba tan alto y los ingleses tocaban. En el diecinueve, De Bruyne le puso un balón en profundidad a Bernardo Silva. Su remate con la derecha exigió bastante de Courtois.

El City estaba disfrutando de sus mejores momentos. Tocaba y tocaba, y sabía encontrar la profundidad a través de Bernardo y De Bruyne. No podía decir que me sorprendiera demasiado. El City jugaba a eso, y mis esperanzas pasaban por llegar igualados al minuto sesenta, y que ahí empezase a jugar el Bernabéu y la entrada de Rodrygo y Camavinga. Me había cansado de repetirlo en mi canal y también en la radio. Ese tenía que ser el plan. Sobrevivir hasta el sesenta…, y después la magia.

En el veintitrés, un disparo de Gabriel Jesus casi me corta la respiración. Desde mi posición no se apreciaba si el disparo iba dentro o no. Lo cierto es que no se escapó por demasiado.

Todos los jugadores del City probaban, aunque el auténtico capo del equipo estaba siendo Bernardo. Foden en el treinta y nueve remató de una manera endiablada, pero de nuevo apareció Courtois dispuesto a ponerlo muy difícil a cualquiera que tratara de batirle.

La primera parte estaba dejando a un Manchester City bastante superior. Aquello no era ni mucho menos lo del encuentro de la ida, pero el dominio era claro. El Madrid encontraba pocas situaciones para salir y el público se guardaba la carta para cuando intuyese que el equipo echaría el resto. Mis compañeros de sitio comentaban con bastante neutralidad el partido, excepto un Fernando Burgos, que se mostraba en antena bastante crítico y sarcástico con Guardiola.

Llegó el descanso y me dispuse a tomar la cena que nos había dado la UEFA. Hay que decir que fueron bastante más generosos de lo que suele ser la Liga. En principio, el partido iba con el guion esperado: empate y a la espera de que el Madrid cambiase la actitud en la segunda parte. Era importante no haber encajado ningún gol, puesto que no todos los días son los de la remontada del PSG.

La segunda parte evidenció un cambio de tornas desde la primera jugada. Sacó de centro el Madrid y, como si se tratase de baloncesto, dibujó una jugada de pizarra. Valverde corrió la banda para recibir en profundidad y poner un centro preciso de primeras. Benzema no llegó, pero sí Vinícius en una gran posición; por desgracia, su remate con la izquierda se marchó desviado. Hay que decir que no era un balón tan fácil de rematar. Iba fuerte y el brasileño llegaba con mucha velocidad y con su pierna mala. De haber tenido una décima de segundo más habría podido rematar con el interior de su pierna derecha maximizando las posibilidades de éxito. No había sido gol, pero el Bernabéu y el City entendieron el mensaje. Aquello no iba a ser igual que en el primer tiempo.

En el cincuenta y uno, Vinícius culebreó en el área y le dejó el balón en una posición bastante ventajosa a Modrić. El control, y menuda novedad, no fue demasiado preciso: perdió la ventaja que tenía. Al genio croata no le quedó más remedio que disparar con la zurda para toparse con un rival que bloqueó el disparo. El rechace se le complicó algo a Ederson, que quizá no estaba del todo tranquilo.

El Madrid estaba empezando a dominar, y a mí cada vez me costaba más mantener la compostura. La ocasión de Vinícius me había hecho lamentarme de manera sonora, y esta de Modrić volvió a hacer que me levantara y me llevara las manos a la cabeza.

El Madrid insistía e insistía, y se podía afirmar ya con tranquilidad que estaba más cerca del 1-0 que el City del 0-1. Los ingleses no estaban sufriendo, como en el Metropolitano, pero ya no se sentían tan desahogados como en el primer acto. Aquello estaba cambiando para bien.

En el sesenta y nueve llegó mi primer momento esperado: Rodrygo entraba en el campo por Kroos, muy desdibujado. Esta vez no hubo queja del alemán al retirarse del campo. Yo esperaba que el brasileño fuera el empuje que le hacía falta al equipo; además, de este modo, Valverde recuperaba su posición en el centro del campo. El Madrid ya jugaba con tres delanteros y estaba empecinado en igualar la eliminatoria cuanto antes.

Sin embargo, cuando parecía que podía llegar esa igualada, lo que arribó fue el desastre. Gündogan, recién salido al campo, rasgó a los madridistas con un pase hacia Bernardo. El portugués condujo

el balón tratando de dividir a la defensa entre la decisión de ir a por él o cubrir a sus compañeros. El luso puso un balón a la derecha para un desaparecido, hasta ese momento, Mahrez, que colocó el balón cerca de la escuadra del primer palo. Era el 0-1.

Lo cierto es que el Bernabéu reaccionó muy bien, pues entendió que ahora su equipo le necesitaba más que nunca y porque nadie podía descartar de nuevo la remontada, pero al equipo sí que le golpeó mucho. Era la primera vez en esta Champions en la que un momento de dominio del Madrid no se había sustanciado con un gol a favor. Más bien había ocurrido lo contrario y el equipo empezó a dudar. Quedaban dieciocho minutos más el descuento.

En el setenta y cinco entraron Asensio y Camavinga por Modrić y Casemiro. No me gustó la entrada de Asensio y entendí que el equipo se partiría. Además, el balear se llevó algún silbido por su actitud en alguna jugada dividida. Son estas las cosas de Asensio que a uno a veces le cuestan entender. Aparentemente lo tiene casi todo para ser élite, pero la mentalidad le juega malas pasadas en los partidos más grandes. Por lo menos desde hace algún tiempo. Mi opinión es que de nuevo Carletto se había equivocado. Poco después entraba Grealish por Gabriel Jesus.

Unos días después, Marcos López explicaría en mi canal que Ancelotti con esos cambios pretendió hacer un equipo muy largo que provocase al City para partirse. De alguna forma le estaba proponiendo atacar y ser atacado. Lo malo de esa ruleta rusa es que el Madrid necesitaba dos goles y no recibir ninguno, y el tiempo se agotaba. La parte buena es que el City poco a poco iba quitando a sus jugadores más determinantes de cara al gol, con el objetivo de asegurar cierta contención. La pérdida de calidad ofensiva era evidente. Ya habíamos dicho que Guardiola era cada vez más pragmático, y no se le caían los anillos por ordenar esos cambios especulativos.

El Madrid era un león herido, pero muy aturdido. Trataba de correr, pero las ocasiones llegaban para el City, que encontraba muchos espacios. Camavinga recibía y tenía que hacer conducciones de enorme nivel para llevar el balón arriba.

En el ochenta y cuatro, un disparo de Cancelo estuvo a punto de finiquitar el asunto, pero Courtois volvió a demostrar su nivel. El tiempo corría y el desánimo aumentaba. En el aire flotaba la

sensación de que un gol nos metería en el ajo quedase lo que quedase, pero no parecía que ese tanto fuera a llegar.

En el ochenta y seis, Grealish, muy fresco, dejó atrás a Militao y en el mano a mano con Courtois engañó al belga. El balón se iba a introducir en la portería…, y todos lo vimos ya todo perdido, pero de repente apareció como una bala Mendy para despejar sobre la línea. Foden, que estaba para empujar el balón, comprobó que, lejos de poder hacerlo, el balón le rebotó, con tan mala suerte que no se introdujo en la portería. Respiré porque el sueño aún no se había acabado del todo.

Mendy nos había salvado, y recordé a ese Zidane que en su día lo recomendó. El lateral francés no se ha mostrado como un prodigio ofensivo, pero seguro que no sabéis decirme en el mundo un lateral que defienda mejor. Los números con o sin él del Real Madrid muestran lo importantísimo que es para este equipo. Los cuarenta y ocho millones pagados por él hoy parecen un gran precio. Ojalá mejore en ataque, para que la gente no se canse de él.

Sin embargo, esto seguía 0-1 y el pesado de Grealish volvía a atacar por la banda. Tras un gran recorte, se orientó el balón en la zurda y disparó. Courtois se estiró todo lo que pudo con el pie y desvió lo justo el balón con el taco para que el chut se marchara a córner. Guardiola se volvía loco en la banda, y eso que el partido estaba en el ochenta y ocho y tenía dos goles de margen. Pero el catalán sabía que en el fútbol no se debe perdonar nunca al Madrid; como buen antimadridista, era bien consciente de eso.

En todo antimadridista reside alguien que en realidad respeta mucho al Madrid. Su animadversión es respeto hacia lo temido, hacia lo grande. Lo que es más que tú. Guardiola sufría sin que aparentemente tuviera motivos, como en la ida cuando se le fueron varias ocasiones con 2-0. La parada de Courtois había sido monstruosa, pero se la valoramos *a posteriori*: con el sabor de la victoria y con la repetición de la tele, que mostró cómo ese pie se estiró al límite y rozó el balón.

El tiempo se agotaba y el Madrid cada vez tenía menos fe. Así lo reconocieron varios jugadores más tarde. Pero el caso es que atacaba y atacaba: hubo un centro de Carvajal que Asensio estuvo a punto de empujar para dentro. Esa parecía haber sido la ocasión que esperábamos para que surgiera la magia, pero no había podido

ser.

En el ochenta y nueve, Camavinga puso un balón a Benzema, que estaba en la parte izquierda del área cerca de la línea de fondo. El francés tuvo que estirarse y saltar para poner el balón cerca del área chica, y ahí apareció Rodrygo, como en Sevilla, para rematar de primeras el gol adelantándose a su par y a Ederson. Fue un estallido. Ahora sí había surgido la magia. Mientras el VAR revisaba el gol, como un loco yo me acercaba a los micros de mis compañeros que ya disponían de repeticiones. Era gol legal. Me giré para hacerle un gesto a Arancha y saludé a mis compañeros de la radio.

Hubo saque de centro que el City cedió a Ederson, que se encargó de quitárselo de encima. Algo impropio en un equipo de Guardiola. Los ingleses ya no querían la pelota. Mientras tanto desde megafonía se anunció que habría seis minutos de descuento. El Bernabéu rugió como si de un gol se tratase. Era un mensaje claro: «Lo vais a pasar muy mal durante estos seis minutos; os parecerán una eternidad». Allí estaba el espíritu de Juanito guiando de nuevo a la afición. Allí estaba un público llevando en volandas a su equipo, que había olido la sangre y afilaba sus colmillos en busca de su presa cautiva y aturdida.

Lo que ocurrió en el minuto siguiente pasaría a la historia del fútbol. Courtois hizo un envío largo hacia la izquierda y Vinícius ganó el duelo a Cancelo. El brasileño, ajeno a la presión que sentiría cualquiera, dribló a un par de *citizens*, cerca de la línea de fondo, pero después perdió el balón con Dias, que se lo cedió a Cancelo. Este intentó un pase hacia Foden, pero Nacho, muy atento, se adelantó de cabeza y se lo pasó a Mendy. El francés puso un centro al área que ganó Militao para cedérselo a Rodrygo, que estaba en la frontal. No estaba en posición de tiro, así que decidió devolverlo a la banda, por donde avanzaba Militao. El central brasileño, que en ese momento era un delantero más, se lo pasó a Carvajal. El lateral de Leganés sacó fuerzas de no sé dónde para poner un centro sin la posición ganada. Fue un centro de puro riñón y con una enorme calidad. Asensio peinó algo el balón, cosa que despistó a Laporte; entonces emergió un gigante de 1,74 llamado Rodrygo para conectar el mejor cabezazo de su vida, empatar la eliminatoria y convertir en viral el vídeo que juntaba el gol del empate y el 2-1 en

solo dos minutos de ensueño.

Todos estallamos. Me abalancé sobre Arancha gritando. En ese momento daba igual que estuviéramos en un palco de prensa. El hincha le había ganado al comunicador responsable. Abracé a Meana, al que vi algo emocionado, también a Burgos. El Madrid lo había vuelto a hacer. Nos estaba regalando otra locura.

Tiempo después, Rodrygo reconocería que él no vio la trayectoria del balón, que saltó por intuición, ya que estaba tapado. Su cabezazo fue propio de un especialista consumado en ganar ese tipo de duelos a centrales de 1,90.

Se me humedecieron los ojos. Pude ver al banquillo del Madrid volverse loco y a Guardiola asegurarse a sí mismo «lo sabía». Aquello era una sobredosis de emociones, de endorfinas, de absolutamente todo lo que coloque de manera natural y espontánea.

En el noventa y dos, el Madrid no estaba dispuesto a que eso se prolongase más y Rodrygo, de nuevo, se plantó delante de Ederson. Esta vez el portero brasileño supo leer por dónde iba a disparar su compatriota, que estaba algo escorado, pero que estuvo realmente cerca del gol.

En el noventa y cuatro, Foden tuvo una ocasión muy clara con un chut desde la frontal, pero nadie reparó en ese momento en ella porque estábamos ciegos de amor por el Madrid y por lo que estábamos viviendo. Parecíamos imbatibles.

Desde que el Madrid había optado por la ruleta rusa había dispuesto de cuatro ocasiones. Las mismas que el City. La clave es que Rodrygo y Courtois habían estado más acertados que sus homólogos, y por eso el Madrid iba a disfrutar de una prórroga.

Un tiempo extra que llegaba tras estar desde el minuto dos de la ida hasta el minuto noventa y uno de la vuelta virtualmente eliminado. El City estaba presenciando cómo una eliminatoria que había dominado durante el noventa y nueve por ciento del tiempo ahora se le truncaba. En frente había once jugadores de blanco y sesenta y cinco mil almas dispuestas a jugar su partido.

En la prórroga, el Madrid empezó como había acabado: a lomos de un Bernabéu que estaba viviendo una experiencia mística, la tercera en apenas unas semanas. Vinícius corrió la banda y puso un buen centro a Benzema, cuyo disparo resultó demasiado tímido: Ederson lo detuvo.

En el noventa y dos, Camavinga hizo la enésima conducción mostrando una calidad y personalidad enormes y cedió el balón a Rodrygo, que, desde la banda derecha, puso un balón de primeras a Benzema. El francés se adelantó a Rubén Dias, y el luso le hizo un claro penalti, que el árbitro señaló ante un Guardiola que no entendía nada pero lo empezaba a comprender todo.

Aquello me martirizó y alegró a partes iguales. No soportaría caer eliminado con un fallo de Benzema de penalti. No se lo merecía, y más después de su temporada. La carta del penalti de Panenka ya había sido utilizada. Karim cogió aire, se dirigió hacia el balón y lo colocó de interior cerca del poste izquierdo de Ederson. Era el 3-1 y yo me quedé sin voz de tanto gritar. Abrazaba a todo el mundo, y, madridistas o no, mis compañeros no eran ajenos a lo que se estaba viviendo. Había admiración en sus ojos. Había la certeza de que se estaba viviendo algo extraordinario.

Ceballos salió por un agotado Benzema; a aquellas alturas, el plan era aguantar como fuese. El City solo tuvo una ocasión gracias a un cabezazo de Foden que paró Courtois. El rechace le llegó a Fernandinho, al que el Bernabéu no le iba a permitir que arruinase la fiesta. Su remate se marcharía fuera.

En los últimos minutos, Militao ya no podía más; lo sustituyó un Vallejo al que el equipo protegió con otros dos centrales, Nacho y Carvajal, cosa que le permitió con su frescura salir a disputar duelos sabedor de que no dejaría espacio a su espalda. Hay que decir que el aragonés estuvo sobresaliente, pese a que su participación fue muy corta. Esos tres duelos ganados le dieron mucho aire a su equipo.

En los últimos minutos volví a mi viejo truco de pedirles a todos los jugadores del Madrid que se quedasen dos horas en el suelo tras cualquier lance, pero ni siquiera precisaron de eso. Supieron jugar a no jugar nada; cuando el árbitro pitó el final, todos corrieron a festejarlo con emoción.

Yo di los enésimos abrazos eufóricos a los que me rodeaban y llamé a mi mujer, emocionado. No le escuchaba nada de lo que decía porque mis propios gritos tapaban sus palabras de felicitación y amor. Gritaba: «Nos vamos a París, ¡hala Madrid!».

Tenía que subir a la cabina para hacer una conexión corta. Le di un abrazo enorme a Varela y, con todo el oportunismo del mundo,

le recordé a Felipe que le había dicho que Rodrygo sería la clave.

En la rueda de prensa, Guardiola fue bastante claro cuando le preguntaron si se vio clasificado: «Mi experiencia en este campo no me permitía eso, pero estábamos muy cerca. Ellos tenían que hacer dos goles, son capaces por su historia, que lo dice y ahí está. Que sea una buena final con el Liverpool. Es un golpe duro, es normal. Nos ha faltado juego en la primera parte, y en la segunda, cuando mejor estábamos, han venido esos dos minutos de los goles de ellos».

Courtois, siempre clarividente, dijo: «Cuando ves que quedan seis minutos, todo es posible, metimos el 2-1 y los vimos muertos. En la prórroga sabíamos que éramos mejores. Hemos eliminado a equipos muy grandes que han gastado mucho dinero para ganar una Champions; en el camino que nos tocó, con PSG, Chelsea y el City, sabíamos que en casa podíamos hacer todo. Muchas ganas de volver a una final».

Mijatovic diría después del partido, en *El Larguero*: «Qué espectáculo; irrepetible. Esta generación está marcando una nueva historia del Madrid. Inmortales, es algo irrepetible. Después del gol se despierta la bestia y la cosa termina como termina. No ha sido suerte. Es algo que no tiene explicación. ¿Qué pensarán los del City? Lo mismo que tienen que estar pensando los del Liverpool».

Toni Kroos, sustituido en el sesenta y nueve, comentaría en Twitter: «Este equipo es una jodida broma».

Rio Ferdinand, siempre muy respetuoso con el Real Madrid, comentaría: «La obra de Carlo Ancelotti resiste a cualquiera en cualquier lugar. Es tranquilo, se mide y sabe ganar».

McManaman, ex del Madrid y del City, añadió: «Ancelotti estuvo en el Everton el año pasado y ha regresado al Real Madrid. El trabajo que ha hecho es absolutamente excepcional. Él es una superestrella absoluta. Su historial y los trofeos que ha ganado hablan por sí solos».

Jorge Valdano, acostumbrado a dejarnos frases para la historia, diría: «Ni en la calle ni en el Bernabéu. Jamás había visto algo así».

Esteban Cambiasso: «Lo de hoy es increíble. Las otras veces se necesitaban más minutos, hoy parecía un epílogo. Me viene a la mente el discurso del minuto noventa y tres: no es solo el Bernabéu, también es el Real Madrid. El City debe pensar en la ida: dejó vivo

al Real Madrid, y cuando lo haces con estos equipos, te arriesgas».

Por su parte, Michael Laudrup reconocería: «En las eliminatorias, el otro equipo ha jugado mejor, pero al final el Real Madrid está en la final. Una vez puede ser casualidad, pero tres no».

Alessandro Del Piero resumiría así el partido: «Guardiola consiguió hacer cambios que cambiaron el partido. Si Grealish hubiera marcado el 0-2, hablaríamos de otra cosa. El caso es que el Real Madrid tiene un alma diferente en casa. El City lo tiró un poco por la borda. Y entonces el fútbol sirve para eso: nos da la oportunidad de emocionarnos mientras los jugadores en el campo tienen que afrontar el partido».

Agüero, ex del City, que reconoció pasarlo muy mal y que incluso grabó su reacción durante la remontada, confesaría que el propio Messi le dijo: «Me escribe Leo: "Déjate de joder, boludo, no puede ser"».

Poco después asumiría ya cómo sería la final: «El Madrid va a por la decimocuarta. Anota esto, el Madrid va a ganar la final de París. Ya sabes que el Madrid es copero, tiene todas las fichas para llevársela. El Liverpool ahora nos puede ganar la Premier. Es un golpe duro esta derrota».

Seedorf, con gran clarividencia, analizaría así el partido: «Como amante de este deporte y del Real Madrid digo que este club no se puede explicar. Me emocionó el segundo gol de Rodrygo, es increíble, hermoso. No quiero faltarle el respeto al City, pero la historia no se hace en dos años ni en diez. En el Real Madrid si sales en octavos no te tienen que ver por la calle en diez años; en el City no tienes esa presión y la responsabilidad que genera».

Capello analizó así el partido: «Será muy interesante, el Liverpool juega un fútbol muy vertical y rápido. Esta noche vi a un Real Madrid convencido de su fuerza: crearon ocasiones, Vinícius falló dos sensacionales. Tuvo el golpe de suerte en el momento justo, la fortuna de Carletto es famosa y da el golpe desde la banda que lo lleva a volar. Pero me gustó este Real, jugó con determinación, trató de no sorprenderse. Quería una defensa cuidada. Fue suficiente. Tuvo un golpe de suerte hasta con la parada de Courtois, pero creo que ver la victoria esta noche es merecida».

Aquí se reproduce una mínima muestra de lo que era un clamor:

el reconocimiento del fútbol mundial ante lo que acababa de ocurrir. Era la tercera noche consecutiva en la que había ocurrido lo imposible. Por supuesto que para todas esas noches había una explicación futbolística, pero el fútbol no podía explicarlo todo. Allí había magia, había espíritu, una muestra de verdaderos valores ante una sociedad harta de eslóganes de quita y pon, pero no sustentados en hechos. Allí se había verificado que si luchas hasta el final, puedes conseguir lo que para los demás parece imposible. Los madridistas vivíamos en pleno éxtasis, pero desde fuera había una visión muy clara de que lo ocurrido solo está al alcance del Madrid. Aquel grupo de jugadores representaba como nadie los valores fundacionales del Real Madrid.

Tenía que empezar el directo, pero mientras lo configuraba pensaba mucho en Rodrygo. Desde el primer día me gustó y dejó buenas maneras, pero tenía la sensación de que se había hecho demasiado europeo. Había partidos en los que apenas se equivocaba, y eso no era necesariamente bueno en un atacante. Siempre esperaba más de él. De repente, en este final de temporada, había explotado sin que nos diésemos cuenta y había sido decisivo en la eliminatoria del Chelsea, y ahora en esta. Rodrygo estaba marcándose un Vinícius. Es decir, la explosión que habíamos vivido con Vinícius era la mejor pista que seguir para descifrar lo que estaba viniendo con Rodrygo, un jugador de características diferentes, pero cuyo talento era descomunal, como estaba demostrando. Me alegraba mucho por él porque siempre me había caído bien; estaba viviendo su momento. Rodrygo era uno de esos niños brasileños que de verdad soñaban de pequeños con fichar por el Real Madrid; en su caso, en cuanto llegó la oferta del conjunto madridista, no dudó en decirle a su agente que la pusiera por delante de todas las demás.

La historia de Rodrygo tenía ciertos parecidos con la de otros jóvenes que habían soñado con vivir este tipo de noches con su Madrid. Vinícius, Camavinga, Valverde o Militao estaban cumpliendo un sueño y llenando de experiencia su corta carrera profesional.

Comencé el directo y volvieron a faltarme las palabras. Días después sería capaz de explicar el partido, pero no esa noche. Numerosos madridistas me paraban para celebrar nuestra alegría, y

por supuesto que recordaré esa noche durante toda mi vida. Fue sumamente especial y no cabía en mí de gozo.

Mi mente comenzaba a proyectarse a París. No tanto a la final, sino a cómo organizar el viaje, de qué forma conseguir las entradas, el hotel y todo eso. Tenía claro que quería irme con unos días de antelación.

En ese momento todavía no era capaz de pensar en el Liverpool de un Salah que había reclamado al Madrid para la final en tono desafiante y vengativo.

El Liverpool había hecho buenos los pronósticos contra el Villarreal. En la ida en Anfield ganó con bastante claridad, por 2-0. El Villarreal había aguantado bien durante la primera parte, pero un desafortunado gol de Estupiñán en propia meta al comienzo de la segunda provocó la crisis amarilla.

Mané convertiría el segundo gol dos minutos después, y todo apuntaba a que la eliminatoria estaba sentenciada, aunque quedase el partido del Madrigal.

En la vuelta, el Liverpool se mostró por primera vez en mucho tiempo como un equipo vulnerable. Dia y Coquelin hicieron durante la primera parte el 2-0 e igualaron la eliminatoria. El Liverpool, que estaba compitiendo la Premier, parecía desarbolado.

Sin embargo, en la segunda parte se mostró como el equipo campeón que realmente era. No hubo otro color que el rojo. Presión asfixiante, circulación endiablada del balón y movilidad absoluta de los atacantes. Fabinho, Díaz y Mané acabaron con todas las esperanzas del equipo español y reivindicaron al Liverpool como el principal favorito en las casas de apuestas.

Salah vería cumplido su deseo de tener revancha contra el Madrid. Recuerdo que hubo un momento en el que me ilusioné con la clasificación del Villarreal. No soy un hipócrita, podía más en mi deseo el que fuera un rival más asequible a que fuera un equipo español. El caso es que esa esperanza duró muy poco desde que el Liverpool de Klopp se comportó como el equipazo que es.

Llegaría el día de la final, pero de momento el Madrid ya se había cargado a los tres principales clubes-Estado de la competición. Aquello era homérico. Era una epopeya.

Esa misma noche recibí un mensaje de Carlos: «Tienes que escribir este libro, ¿te animas?». Al principio, no me lo tomé en

serio, pero al día siguiente insistiría. Le dije que me lo tenía que pensar. No porque lo ya vivido no mereciera un libro, sino porque temía que el resultado de la final, de ser negativo, pospusiese el interés por esta historia tan maravillosa que acabábamos de vivir. Lo hablé con mi familia, con Iñaki y con Jesús Bengoechea y tomé la decisión.

Negociamos esperar a la final y ver cómo resultaba, aunque Carlos me insistía en que el libro ya estaba justificado. No le podía rebatir tal afirmación, pero ser del Madrid te obliga a que solo veas como un éxito absoluto la victoria. Y lo cierto es que nos quedaba el partido más difícil de todos: la gran final contra el Liverpool.

# La Decimocuarta

Al día siguiente ya estaba llamando a mi amigo Nacho para organizar el plan que nos llevaría a París. Mi hermano Jacobo también vendría con nosotros. Mientras tanto, un dato increíble acudió a mi mente: con Valverde, Camavinga y Rodrygo en el campo, el Madrid tenía un parcial de 8-0 a su favor contra el PSG, Chelsea y Manchester City. El futuro ya estaba aquí y parecía resplandeciente.

Antes del sorteo, lo primero era ir buscando y reservando vuelos y hoteles. Los precios estaban por las nubes, absolutamente prohibitivos. Noches en hoteles normales por miles de euros. Los vuelos también estaban muy caros. Sabíamos por experiencia que saldrían nuevos vuelos y que los precios bajarían, así que nos limitamos a reservar uno para no quedarnos sin nada.

En cuanto al hotel, optamos por reservar a las afueras de París, cerca de Saint-Denis, municipio en el que se jugaría el partido. No era la zona que nos gustaba, pero daba igual. Pasaríamos los días en París y solo acudiríamos al hotel para dormir.

Al cabo de pocas horas ya teníamos un plan de contingencia asegurado, a la espera de encontrar mejores oportunidades. Días después se confirmaron los nuevos vuelos y pudimos conseguir ida y vuelta directos, de jueves a domingo, por cuatrocientos euros. No estaba mal dadas las circunstancias.

Llegó el famoso correo del Madrid para la solicitud de entradas. Cuánto echaba de menos ese mensaje. Cuando uno viaja a una final, nunca sabe cuándo volverá a poder disfrutar de tal experiencia. Incluso el Madrid ha vivido unas cuantas épocas en su historia en las que no se atisbaba la posibilidad de jugar una final. De hecho, al principio de temporada no imaginaba tal posibilidad. Consideraba

que no tocaba, que el equipo estaba en plena transición hasta la llegada de Mbappé y el crecimiento de los jóvenes.

Había tenido la suerte de poder ir a las cuatro finales anteriores. En Lisboa y Milán tuve mucha suerte en el sorteo, ya que las posibilidades eran mínimas dado el gran número de solicitudes. En Cardiff y Kiev me tuve que buscar la vida y al final la entrada llegó. Nunca podré confesar cómo conseguí la de Cardiff, solo diré que venía procedente de un jugador y que es bastante posible que él no lo supiera.

Para Kiev fue fácil porque sobraron entradas, dado lo incómodo del viaje. No es lo mismo tener que hacer un desplazamiento que al final te cueste más de mil euros, como me pasó en Cardiff y Kiev, que poder ir el viernes y disfrutar de la final como en Lisboa y Milán. Tenía claro que París se iba a parecer más a estas últimas.

Si el resultado del sorteo no era el deseado, habría que buscarse la vida otra vez. Mi actividad me había permitido conocer a mucha gente con capacidad de conseguir una entrada. Había plan B, pero quería prescindir de él y que el sorteo me sonriese. Sería la semana siguiente, el miércoles.

Antes, el Madrid tenía que disputar un derbi en el Metropolitano absolutamente intranscendente, pero que había adquirido temperatura debido a que el Atleti se jugaba la clasificación para la Champions.

También se había calentado por la absurda polémica del pasillo. El Atleti ya había dicho que no lo haría. Lo cierto es que mediáticamente había habido mucho debate y morbo acerca de si debería hacerlo. Era una pena que un gesto bonito que engrandece al que lo hace se hubiera convertido en carne de memes y en una humillación. Como madridista no se me ocurría pedirlo ni exigirlo. Uno no debe pedir que otros le hagan un homenaje. Aunque resulte impopular, entendía que el Atlético no quisiese brindar esa foto a los medios. Su propia afición, casi en masa, se lo prohibía.

Era indudable que la decisión estaba fundada en un profundo antimadridismo, pero lo entendía y respetaba. Logré escapar de esa polémica *fake* en mi canal y apenas mencioné el tema. Lo que sí me importaba recordar es que nadie del Madrid estaba pidiendo nada. Que nadie metiese al Madrid en aquello. Los madridistas estábamos en una nube y resultaba absurdo empañar ese momento de

felicidad.

Ancelotti tenía un plan claro para llegar lo mejor posible a la final. Rotaciones masivas, y rara vez un titular jugaría más de sesenta minutos. Mientras el Madrid podría llevar a cabo ese plan, el Liverpool tendría que disputar la final de la FA Cup ante el Chelsea y la parte final de la Premier en una lucha encarnizada con el City. Podía desgastarse o sufrir bajas, aunque llegaría con más ritmo competitivo a la final si el Madrid se relajaba demasiado.

Ante el Atleti pasó lo esperado. Los jugadores del Cholo Simeone, con el apoyo de su hinchada, salieron a morder y a ganar el partido. El Madrid, con muchos cambios en el once, se lo tomó con bastante seriedad, no lo tiró por completo. Carrasco marcó el único gol del partido y el Atleti ganó después de muchos derbis sin poder hacerlo. Sinceramente, no será un partido que pase a la historia. Tampoco a la del Atleti, que había cubierto el expediente después de una temporada bastante mediocre.

La verdad es que ya la mente de todos los madridistas estaba en la final y el disgusto fue mínimo. Yo ya quería que llegara el miércoles para conocer el resultado del sorteo de las entradas. Había bastantes solicitudes, más que para la final de Milán, aunque menos que para la de Lisboa. Yo había hecho la mía bastante pronto. El sorteo premió a los que madrugamos y a los que más tardaron en apuntarse, ya que el afortunado fue uno de los últimos números y el turno corrió hasta los primeros. Era toda una alegría no tener que buscarme la vida. Mi grupo de viaje ya tenía entradas y vuelos. Empezamos a asumir que tendríamos que conformarnos con el hotel de las afueras. En París, lo poco que estaba disponible era muy caro. Eran tres noches y no quería que se me fuera mucho el presupuesto, ya que en París no estaría parado y también gastaría, claro.

Al día siguiente, el Levante, que sí haría pasillo, visitaba el Bernabéu; necesitaba ganar para evitar el descenso. La verdad es que fue un paseo militar. El Levante mostró por qué era un equipo poco competente en defensa. Presionaban alto, pero sin las líneas juntas. El Madrid disfrutaba encontrando espacios con Camavinga, Valverde y Modrić en el centro del campo.

Los goles fueron cayendo. Primero fue Mendy, y después le siguieron el pichichi Benzema y Rodrygo, de nuevo en la posición

de nueve en el momento de rematar a gol.

Ancelotti dejó todo el partido en el campo a Vinícius, que aprovechó para anotar su primer *hat-trick*. Ojalá no sea el último. El brasileño se ha convertido en todo un icono de esta nueva era.

Fue un 6-0, pero podrían haber sido seis más. El Levante, con los brazos caídos, era un juguete en manos de un Madrid que en la segunda parte levantó algo el pie del acelerador. Como prueba para la final no había servido de nada, pero sí para coger algo de confianza de cara a puerta. A nadie le amarga un dulce.

El domingo, el Madrid jugaba contra el Cádiz, que estaba peleando por evitar el descenso. Ancelotti introdujo un equipo bastante suplente. El comienzo del partido dejó una de las jugadas de la liga: Rodrygo, que jugaba por la izquierda, agarró el balón y comenzó a driblar rivales hasta plantarse cerca del portero local y cedérselo a Mariano, que estrenó su casillero goleador en la temporada.

El salto de Rodrygo seguía siendo evidente; era una de las mejores garantías de cara a la final. El Madrid tendría que darle un espacio importante en la plantilla del año que viene. El brasileño, ex del Santos, se lo estaba ganando.

En el treinta y siete, un mal despeje de Militao permitió el empate de Sobrino. Me preocupaba mucho el brasileño, lo reconozco.

Con Militao yo me había equivocado mucho. Cuando fichó por el Real Madrid a cambio de cincuenta kilos esperaba un central parecido a Pepe, pero no le había visto jugar mucho y me mosqueaba algo que hubiera actuado una parte de su carrera como lateral. Sus primeras actuaciones me dejaron dudas. Veía a un central nervioso con el balón y que encaraba más duelos de los que podía asumir. Cada vez que perdía el duelo, dejaba mucho espacio a su espalda. Recuerdo un partido contra el Shakhtar en el Di Stéfano en el que fue una concesión continua. También otro contra el Betis, el anterior a la pandemia, en el que completó un partido horrible de lateral.

También había hecho buenos partidos en esa primera temporada. Me acuerdo de uno en San Mamés y, por supuesto, del encuentro del Etihad. Por algún prejuicio, pesaban más en mí los partidos malos que los buenos. Jugaba bastante poco, y esa poca

confianza de Zidane también alimentaba mis prejuicios.

En la segunda temporada volvió a ser suplente y me consta que en el mercado de invierno no estuvo lejos de pedir salir cedido. Un central tan joven y caro necesitaba jugar. Entonces llegó la lesión de Ramos, y Militao empezó a jugar. Lo comenzó a hacer realmente bien y me costó poco volverle a dar una oportunidad.

Fue especialmente llamativo ver su rendimiento en las eliminatorias de la Champions y en el Clásico que ganó el Madrid en el Di Stéfano. En los primeros partidos dejó algún pequeño error, como en el gol de Jota, pero los aciertos eran mucho más numerosos. Era un central dominante que ganaba tantos y tantos duelos que acababa por darle aire a su equipo. Incluso con la lesión de Varane, el equipo no se resintió cuando formó pareja con Nacho. Yo ya era un soldado de Militao y me encantaba haberme equivocado tanto con él. La alegría de descubrir a ese jugador superaba en mucho al ego de no haberlo visto antes.

En esta tercera temporada, con Alaba de compañero, Militao seguía rindiendo a gran nivel, aunque había dejado algunos errores durante el año. Sin embargo, la tendencia de las últimas semanas no me estaba gustando. Parecía despistado y tenía la sensación de que llegaba justo físicamente a estos últimos encuentros. De hecho, todos los partidos de la Champions los acababa acalambrado. Era fundamental contar con el mejor Militao para la final de París. Solo con su mejor versión el Madrid podría frenar a la temible delantera del Liverpool, como había hecho la temporada pasada.

El partido acabó en 1-1 y el Madrid demostró profesionalidad al competir durante el partido de una manera bastante decente. Así no condicionaba una competición encarnizada por salvarse del descenso.

Pese a que la final de la Champions sería dentro de apenas dos semanas, la actualidad del Real Madrid venía marcada por el fichaje de Mbappé. En mi canal había dado por fichado al jugador hacía un par de meses, pero de repente un buen amigo muy bien informado me advirtió de que algo estaba mosqueando al Madrid.

Durante meses, en el seno del club blanco el optimismo era absoluto. Había un entendimiento total con Mbappé, y la figura de Luis Campos servía como enlace constante con el jugador. Faltaban por cerrar algunos flecos económicos; pero el Madrid, después de

sestear algo, hizo el esfuerzo definitivo para complacer las exigencias del entorno de Mbappé. En ese momento, paradójicamente, todo se empezó a fastidiar. El club esperaba día para firmar y el entorno de Mbappé pidió más tiempo para decidirse.

Mbappé viajó a Dubái y cortó toda comunicación con el Madrid. Se bunkerizó. Esto era una novedad tras meses de entendimiento y fluidez. El jugador estaba en plena batalla por el control absoluto de sus derechos de imagen y empezaba a tener comportamientos públicos que descuadraban al Madrid.

La falta de comunicación empezó a hacer temer lo peor, mientras los Mbappé anunciaban la fumata blanca para el fin de semana. Era cabreante estar centrado en eso y no en la final, pero resultaba inevitable. Mbappé era el fichaje más esperado desde hacía cinco años.

En 2017, el Real Madrid tenía un acuerdo con el Mónaco, y las negociaciones con Mbappé estaban muy avanzadas. El jugador francés había declarado ser madridista y soñar con jugar en el Real Madrid. Sin embargo, el PSG, tras fichar a Neymar, se lanzó a por el jugado parisino, que acabó decidiéndose por el equipo de su ciudad. Dicen que pudo influir mucho, incluso más que lo económico, la presencia de la BBC en el Real Madrid. Un Mbappé emergente no tendría asegurado su sitio en el conjunto madridista.

Y ahora volvíamos a estar en un escenario parecido. Tras un verano en el que el jugador había manifestado su deseo de cumplir su sueño, ahora todo estaba en su mano. Ahora todo dependía de Mbappé.

Las sensaciones cada vez eran peores, pero también había filtraciones que apuntaban hacia que elegiría el Real Madrid. El PSG le ofrecía más dinero, pero eso no era una novedad. Lo realmente nuevo es que el equipo parisino parecía regalarle el club: Mbappé no solo sería la estrella del equipo, sino también una suerte de director deportivo no oficial.

El jugador disputaría el último partido en la Ligue 1 el sábado, y se esperaba que para ese momento se podría saber su decisión.

El día anterior, el Madrid tenía el último partido de liga ante el Betis. Mi principal interés en el partido era que no se lesionase nadie y que Militao hiciera un buen encuentro, para coger

confianza de cara a la final. Eso era fundamental.

El partido respondió a mis exigencias y fue un aburrido 0-0 totalmente indoloro. Militao completó un partido sin errores. En el ambiente del Bernabéu se respiraba la ilusión por la final, pero también el temor por la decisión que tomaría Mbappé.

El sábado al mediodía supimos que Mbappé se quedaba en París y renovaba por tres años. En paralelo pude saber que Luis Campos, la persona de confianza del Madrid y que se iba a incorporar al club, sería el nuevo director deportivo del PSG. Parecía toda una traición. Seguro que el Madrid había hecho cosas mal, al no asegurar el fichaje, pero parecía todo demasiado sucio y deshonroso por parte del entorno del jugador. Florentino Pérez no se lo merecía. Para nada. Semanas después, el presidente estaría magnífico explicando cómo el jugador les había decepcionado. No le cerraba la puerta de cara al futuro, pero nunca permitiría que ningún jugador estuviese por encima del Real Madrid.

La decepción fue tan enorme que la final pasó a ser algo a vida o muerte. Pese a haber hecho una temporada magnífica y épica, el caso Mbappé había convertido la Champions en la tabla de salvación para el Madrid.

Particularmente, he de decir que fue muy duro. Ese sábado pedí perdón a todos mis seguidores. Pese a tener grandes fuentes, había dado un paso más de lo que debía. No tenía que haber dado el fichaje por hecho. Me faltó experiencia, y así lo reconocí. Aprendí muchísimo, pero a algunos seguidores eso no les servía de gran cosa. Estaban enfadados, y tenían sus motivos. Me prometí a mí mismo no volver a pasar por la misma experiencia. Reducir al máximo los errores, aunque ello conllevase ser menos categórico a la hora de dar información. Es cierto que había estado muy acertado con Rüdiger, pero lo de Mbappé oscurecía el buen trabajo.

Esa misma noche recibí la llamada de un buen amigo. Me consoló como lo hacen los amigos de verdad y me informó de que el Madrid había retomado las negociaciones por Tchouaméni y de que eran bastante optimistas.

Al parecer, el Madrid, a mitad de semana, empezó a temer el no de Mbappé. Como yo había explicado en marzo, el club blanco contaba con la voluntad del jugador de fichar. Hasta el final, todos los esfuerzos se centraron en Mbappé; cualquier otro fichaje que no

estuviera libre, como Rüdiger, debía esperar.

Tchouaméni tenía bastante avanzado un acuerdo con el Liverpool, pero cuando el Real Madrid llamó a su puerta el jugador le pidió a su agente darle preferencia. Los blancos se habían movido muy rápido porque temían que el PSG se lanzase a por Tchouaméni tras asegurar la renovación de Mbappé. Y tales temores se confirmaron poco después; además, venían impulsados por la nueva dirección deportiva del PSG formada por Luis Campos y Mbappé.

Preferí no dar la noticia el mismo sábado en el que me estaba disculpando por mi falta de prudencia, pero el domingo sí lo comenté a sabiendas de que recibiría muchas críticas.

El fichaje se cerraría semanas después de la final. Como reconocería el propio Tchouaméni, el jugador francés rechazó otras ofertas. Entre ellas la de Mbappé. Había dado su palabra al Madrid y la había hecho valer. Se había terminado de enamorar del conjunto madridista viendo las remontadas que he relatado en este libro. «Consigue un acuerdo con el Madrid», le decía a su representante.

Logré estar muy bien informado de la marcha de la negociación; ahí sí que estuve a la altura. No es fácil para un comunicador que no dedica su jornada a informarse y a dar noticias. La semana del fichaje de Tchouaméni pude confirmar, junto con otros compañeros, la oficialidad de la renovación de Modrić y el día que se despediría Marcelo. Lo de Mbappé seguro que me perseguirá durante un tiempo, pero estoy muy satisfecho con el trabajo hecho antes y después de tal fracaso personal.

En paralelo a todo esto, el Liverpool tenía un final de temporada absolutamente estresante. Estaba en un mano a mano con el Manchester City de Guardiola por el título de la Premier y tenía la final de la FA Cup contra el Chelsea de Rüdiger.

Los *reds* lograron derrotar en los penaltis al Chelsea, y así ganaron su segundo título de la temporada. Eso sí, el final de temporada no estaba saliendo gratis: Van Dijk, Salah, Fabinho, y en la última jornada Thiago, arrastraron problemas físicos.

Pese a que el City emitió señales de debilidad y flaqueza, finalmente se llevó la Premier en un agónico final. El Liverpool se había quedado sin el campeonato liguero, pero tenía el mejor incentivo posible de cara al final de temporada: el título de la

Champions.

Todos los jugadores tocados estarían presentes en la final, y estaba claro que el Liverpool llegaría rodado por lo exigente de su final de temporada, pero los esfuerzos habían sido importantes tras completar una temporada en la que el conjunto inglés había jugado todos los partidos posibles. Ese simple logro ya hacía al Liverpool un equipo digno de admirar. Klopp había construido una máquina que resultaba casi imposible de batir. La final iba a ser complicadísima.

Salah seguía hablando mucho. Cada vez que alguien le ponía un micrófono en la boca, el egipcio manifestaba sus ganas de medirse al Madrid para vengarse por la final de 2018. Estaba obsesionado, y eso llenaba de energía al Madrid sin que él se diera cuenta. Lo sabríamos después de la final cuando Rodrygo reconoció que Modrić se dirigió a Salah para decirle que lo siguiera intentando. Pero ya llegaremos a esto. Todavía estábamos entrando en la semana más decisiva de la temporada.

Pude detectar cierto despecho en el madridismo con el asunto Mbappé. Había preocupación por el proyecto en caso de que se perdiera, pero también un motivo adicional para ganar y reivindicar que no hay nada más grande que el Real Madrid. Esa Champions epopéyica merecía el mejor de los finales, y yo tenía muchas ganas de escribir mi primer libro.

Personalmente, tenía que organizar muy bien las cosas en el despacho para poder irme el jueves a París sin más preocupaciones profesionales. No es fácil compatibilizar la vida en el despacho de abogados con un canal de YouTube y continuas colaboraciones con medios de comunicación. Además, lo más importante era la familia, que también necesita su tiempo. Muchas veces me siento en deuda con ellos.

YouTube y las colaboraciones con medios se han convertido en algo muy importante en mi vida. Quizá tengan su final porque la gente se canse, pero nunca habría podido imaginar que mi mayor pasión, el Real Madrid, podría convertirse en una forma de ganarme la vida junto con mi trabajo como abogado en mi propio despacho con mis socios Alberto, Ainhoa y Carlos.

Me considero un tipo muy afortunado. Tengo una familia estupenda y he tenido acceso a un mundillo en el que entrar es casi

imposible para alguien que no es periodista. Todo comenzó cuando empecé a ver cómo crecía mi cuenta de Twitter. Eso hizo que empezara a tener acceso a los principales periodistas deportivos del país. Fue entonces, en 2017, cuando Juancho Gallardo me ofreció entrar en las tertulias de Radio Marca. En algunas ocasiones había sido crítico con el periodismo tradicional… y de repente me abrían las puertas. En Radio Marca me recibieron muy bien, pese a reconocerme que al principio pudo haber cierto recelo. Nos ganamos mutuamente y comprendí ciertas cosas que solo averiguas cuando estás dentro.

Pasaron varios años sin más novedades…, hasta que un día me arranqué a publicar un vídeo. No tenía proyectado crear un canal. Simplemente me apetecía enviar un mensaje de optimismo al madridismo. El Madrid venía de ganar la liga de la pandemia, pero había protagonizado un verano sin fichajes en un ejercicio de responsabilidad tras la caída de ingresos y la buena disposición de la plantilla a bajarse el salario y ayudar al club.

El Madrid había ganado en esa recién estrenada temporada 2020-21 tres de los cuatro partidos jugados. Diez puntos de doce…, y, sin embargo, detectaba mucho pesimismo. Publiqué un vídeo que ahora me daría vergüenza volver a ver; de hecho, lo tuve que borrar porque salían fotos de mis hijos…, pero de repente la gente se empezó a suscribir. Esos seguidores decidieron que yo había abierto un canal. Recuerdo con especial cariño cómo Iñaki me dio la enhorabuena en YouTube. Que el más grande de la comunidad te diese la bienvenida era toda una invitación para intentarlo. Supongo que por eso volví a publicar un vídeo al día siguiente, y ya estaba deseando que llegase el día posterior para volver a publicar.

Técnicamente era un desastre, pero buenos amigos, como Beto, se me acercaron para ofrecerme su ayuda sin ningún tipo de interés pecuniario. Nunca se lo podré agradecer lo suficiente.

El canal fue creciendo y ciertos éxitos como el de informar del anuncio de la Superliga me espolearon. El verano trajo el asunto Messi y ya nada volvió a ser igual. De repente, ya era youtuber, además de abogado. La colaboración con mi amigo Pepe Kollins fue la última señal de que esto iba en serio.

Durante este tiempo, YouTube me ha dado popularidad, pero sobre todo la oportunidad de conocer a gente increíble que me ha

orientado en muchas cosas. Ellos saben quiénes son, no hace falta citarlos. La reciente colaboración con Marcos López me ha trasladado a los años en los cuales, con profunda admiración por su sabiduría, escuchaba sus comentarios durante los partidos.

La final de París sería la primera a la que iría con ciertas pretensiones profesionales, además de para disfrutarla en lo personal. Ya tenía organizado lo del despacho y lo que no lo estaba tendría que esperar un poco. Sería mejor abogado después de la Decimocuarta. O eso esperaba.

Cierto es que tuve un pequeño imprevisto. Cuando vi las condiciones del vuelo de Air France, comprobé que era imperativo, o eso parecía, tener el certificado Covid o un test de antígenos negativo. Yo tenía puestas las dos vacunas y había sido positivo en enero de 2022. Recuerdo haber llamado al centro de salud para avisar de mi positivo y que un tipo apuntó mi estado, supuestamente. El caso es que no lograba sacar el certificado por la aplicación y me acerqué al centro de salud. Me confirmaron que no constaba el positivo de enero. Para tener el certificado debía ponerme la tercera vacuna. También tenía la opción del test, pero me preocupaba dar un falso positivo. Por ello me vacuné, aunque intuí que pagaría cara esa vacuna que no necesitaba. No me equivoqué, como contaré más adelante.

Por fin era jueves; teníamos que madrugar para coger el vuelo a París. Recuerdo estar embarcando y cruzarme con Enrique Ortego. Nunca había coincidido con él en ningún medio y me sorprendió que me conociera y me llamara por mi nombre. Tuvimos una charla cordial sobre qué podría ocurrir en París y dónde nos alojaríamos. Enrique, que viajaba con *As*, nos ganaba de goleada. Estaría en París París. Nosotros iríamos a un sitio peor.

Tenía muchas ganas de estar en París. Era un pecado que solo hubiera estado una vez, en un estresante viaje con Maca. Nos metimos una paliza, pero no pudimos ver todo lo que queríamos ni hacerlo con la calma necesaria. Ahora tendría la oportunidad. Jacobo y Nacho conocían bien la capital de Francia y me iban a dar un buen *tour*. En París se estaba jugando Roland Garros y comprobaríamos cómo el torneo de Nadal acaparaba bastante más atención que la final de la Champions.

El jueves quedamos con un muy amable amigo de Nacho que

estaba trabajando en París para la Unión Europea. Paseamos por el Barrio Latino y Saint Germain. A media tarde opté por hacer un directo para mi canal desde la calle: resultó muy agradable. Antes, justo después de la comida, había entrado en la *Pizarra de Quintana* desde las calles parisinas. No había mejor sensación, siempre y cuando dos días después llegase la victoria, claro.

Una vez terminado el directo me empecé a encontrar mal. Realmente mal. Entre el cansancio y la vacuna sentí que andaba con fiebre. Yo ya había quedado con Iñaki y con sus amigos para cenar. Lo pasé mal en la cena y dejé de beber cerveza, que además no me gustaba nada. Poco a poco empecé a mejorar, aunque el malestar seguía ahí; cuando nos fuimos a un garito de la zona, coincidimos felizmente con Andrés Onrubia, residente en la zona del parque de Luxemburgo, además de con Mario Cortegana, Rodra, Jorge Picón y varios periodistas más a los que conocía. Fue un subidón. A Cortegana ya le había visto junto con Rodra a la hora de la comida. Recuerdo que mi hermano Jacobo le vio a lo lejos y me dijo: «Ese se parece a Cortegana», y yo le contesté: «Coño, es que es Cortegana».

La noche acabó en la casa de Onrubia, donde lo pasamos muy bien. Me dio pena encontrarme mal, pero aun así disfruté mucho. Pude ponerme al día con varios amigos y recordar lo que había pasado en el caso Mbappé. Cortegana había estado realmente brillante, siempre en contacto con todas las partes implicadas. Le volví a felicitar. Nos retiramos a nuestro hotel para descansar algo. Nos esperaba un día de turismo, cosa que me apetecía mucho. Ojalá las secuelas por la vacuna quedasen atrás.

Amanecimos y trazamos el plan. Nos íbamos a meter una buena pateada con el objetivo de ver y disfrutar todo lo posible París. Empezaríamos en el Arco del Triunfo, seguiríamos por los Campos Elíseos y recorreríamos el Sena para ver el Louvre, la Torre Eiffel y Notre Dame.

Cada vez más gente me reconocía y me pedía una foto. Incluso unos aficionados del Liverpool españoles que estuvieron muy simpáticos. Me habían pedido una conexión televisiva desde 13 TV y opté por hacerla desde Notre Dame.

He de decir que veíamos a muchos más aficionados del Liverpool que del Madrid. Nos ganaban en número, pero los nuestros acabarían llegando el sábado, seguro.

Atendí varias conexiones que me pidieron desde la radio y realicé mi directo desde la Torre Eiffel. Me hizo mucha gracia comprobar que uno de mis seguidores me estaba viendo desde París; de hecho, al ver que estaba haciendo el directo desde allí se acercó a saludarme. La verdad es que tengo una comunidad alucinante.

El reloj marcaba que habíamos caminado unos veintiocho kilómetros; llegamos a la noche algo cansados. Cenamos en un italiano y nos recogimos hacia la una de la mañana. Antes de lo previsto, pero es que al día siguiente había una final que jugar.

En esos días recuerdo unas declaraciones de Valverde que definían a la perfección el vestuario del Madrid. Cuando le preguntaron por su ilusión ante la posibilidad de lograr la primera Champions, Fede contestó algo así como: «Los jóvenes de este equipo queremos darle una más a los veteranos. Se la merecen».

Más allá de la seguridad que demostraba al pensar que él tendría más oportunidades, lo que se me quedó grabado fue ese tan desarrollado sentido de la lealtad. Modrić le había quitado muchos minutos, como es lógico, pero el uruguayo, y probablemente el resto de los jóvenes, sentían una enorme gratitud por los veteranos y querían darles una alegría más. Los que habían venido a sustituir a los jugadores que llevaban más tiempo en la plantilla iban a terminar de esculpir sus estatuas, como diría Iñaki Angulo en mi canal durante una tertulia.

En las declaraciones previas, Salah seguía en su línea, pero Klopp era mucho más prudente e inteligente. Por el lado madridista no me gustaron las declaraciones de Courtois, pero por un motivo diferente al que generó otra absurda polémica.

Cuando le preguntaron por el precedente de la final de 2018, el belga respondió que el Madrid siempre gana las finales y que esta vez estaba en el lado bueno de la historia.

Mediáticamente, se quiso entender como un menosprecio hacia el Atlético de Madrid, club con el que perdió la final de Lisboa contra el Real Madrid en 2014, pero Courtois respondía solo a la pregunta sobre la final de 2018.

A mí no me gustaron porque me parecía seguir la línea Salah. Prefería el perfil bajo que exhibían el resto de sus compañeros. Quizás él ya sabía que no habría forma humana de meterle un gol.

Con los genios nunca se sabe. El caso es que me dieron mal rollo, y así lo dije en la radio cuando me preguntaron.

En ese momento, me vino a la mente la final de 2018. Entonces se enfrentaban un Liverpool emergente y un Madrid que empezaba a menguar. Había quedado muy lejos de poder competir la liga e iba a menos. Claro que ese descenso se producía desde la cima más alta posible, así que hablábamos de todo un campeón de Europa.

La final se había jugado en la hoy amenazada Kiev. Yo tuve que volar el mismo día junto con mi amigo Jolu. Carlos y Nacho, habituales en otros viajes, habían decidido no volar. Recuerdo que había olvidado mis gafas, así que vería la final… regular. Claro que quién quiere ver una final si puede sentirla.

El Liverpool empezó muy fuerte, como esperaba yo en esta final, pero la lesión de Salah le había noqueado. Poco después se lesionó el pobre Carvajal, que se perdería el Mundial. El Madrid fue tomando poco a poco el control de la situación a lomos de un fabuloso Benzema, al que anularon un gol por fuera de juego.

Nos fuimos al descanso con el empate, pero a la salida de los vestuarios Benzema aprovechó el terrible error de Karius. Poco después, Mané empataría el partido tras un saque de esquina.

Fue entonces cuando salió Bale profundamente cabreado por no haber sido titular tras un gran final de temporada y marcó ese gol de chilena que ha pasado a la historia por ser el más bello en una final junto con el de Zidane en 2002. En ese momento, recuerdo haber pensado que había sido Cristiano quien había metido el gol. El portugués había metido uno muy similar contra la Juve.

La misma duda debió de tener la familia Bale, ya que me contaron que solo confirmaron la autoría del gol cuando sus móviles se bloquearon de tantos mensajes como recibieron poco después de que el galés marcara ese golazo.

Enseguida, Bale haría el tercero con la inestimable ayuda de Karius, que no volvería a jugar en el Liverpool.

El final del partido dejó mucha felicidad, pero también la certeza de que algo se acababa. Estaba saliendo del estadio cuando en Twitter leí las declaraciones de Cristiano insinuando su final, así como las palabras de Bale, que también sonaban a despedida.

El galés se acabaría quedando tras el inesperado adiós de Zidane, que confesaba haber perdido la capacidad de influir en el

equipo para que compitieran en el día a día. En cualquier caso, estaba claro que ese día se había acabado un ciclo.

Para mi sorpresa, pues es algo que no suele ocurrir en el mundo del fútbol, cuatro años después el Madrid estaba de nuevo en la final. El Liverpool ahora era todavía más temible y maduro, y había cambiado, entre otras cosas, a Karius por Alisson.

El precedente de la pasada temporada estaba ahí, pero de poco servía. El Liverpool había llegado con la baja de sus centrales a los cuartos de final de la temporada anterior y se enfrentaba a un Madrid también con muchas bajas. Aquel Liverpool no podía sustituir a Van Dijk. Vinícius se encargó de reventar la eliminatoria con una actuación estelar en la que amargó a Arnold. Ojalá se repitiese en la final.

Marcos López había explicado con la maestría propia de quien está dentro del mundo del fútbol y ha pisado vestuarios que el Madrid debía impedir, fuera como fuera, que el Liverpool cambiase rápido el juego de banda a banda. Los *reds* solían sobrecargar los costados con el objetivo de crear superioridades; cuando el rival basculaba, cambiaba el juego rápidamente para sorprender por la banda opuesta. El Madrid debía dificultar ese tránsito haciendo pasar el balón por Fabinho, en lugar de Thiago.

Por otra parte, era importante para el plan de ataque activar a Modrić y Benzema entre líneas, para que pudieran lanzar a Vinícius. El Liverpool no iba a defender a Valverde y Vinícius con sus laterales, sino que lo fiaría todo a los duelos individuales de Konaté y Van Dijk, los centrales con mejor porcentaje de duelos ganados de toda Europa.

Marcos López había trazado un plan al que yo le di vueltas la víspera de la final. El día siguiente sería muy especial… y ojalá tuviera un desenlace feliz. Me costó conciliar el sueño. Sabía cómo vivía los días de final. Me costaba mucho evitar los dolores de estómago.

Nos despertamos, nos vestimos del Real Madrid y nos fuimos camino de Montmartre. Caminamos sus calles y me encontré con Jorge Bustos y Patricia Reyes. Hablamos de la magia del Madrid en esta Champions y cómo debía desarbolar el mecanicismo de Klopp.

Teníamos una reserva para comer en un restaurante, con los tíos de Nacho y varios amigos. Lo pasamos muy bien, cantamos y vimos

cómo el dueño del restaurante nos pedía entradas en varias ocasiones. Como si abundasen. Recuerdo hacer una conexión con GOL TV y ver cómo el dueño del bar y un aficionado del PSG se colaban en la retransmisión para cantar «¡hala Madrid!». Era difícil entenderlo y en la tele se lo tomaron a broma.

Una vez acabada la comida fuimos en metro hacia las cercanías del estadio para pasar antes por la *fan zone* del Real Madrid. Llegamos algo tarde, pero allí me encontré con mucha gente cariñosa y muy animosa. Recuerdo haber hecho un directo y que en él apareció Lorenzo Sanz hijo. Todo un honor. Un tipo encantador, responsable de la sección de baloncesto durante un par de temporadas, exjugador del equipo e hijo de un presidente que nos trajo la Séptima y la Octava a todos los madridistas. Imposible recordar al bueno de Lorenzo con más cariño y gratitud. Me encantó el homenaje que le hizo el club en el partido ante el Celta, que era el primero que comentaba desde la cabina de Radio Marca en el Bernabéu.

Nos reunimos con Iñaki y sus amigos cerca del estadio y estuvimos un rato con la gente que se nos acercaba. También tenía ganas de reunirme con mis primos y mi tía María. Así pues, en lugar de entrar con tiempo en el estadio, quedé con ellos. Cantamos, nos hicimos fotos y ahora sí nos dirigimos al Stade de France.

Entonces sucedieron cosas que no podíamos esperar. Las colas para entrar por la única entrada habilitada para la afición madridista eran interminables. El sistema habilitado por la UEFA para la validación de la entrada retrasaba el acceso al estadio. Aquello se había convertido en una ratonera en una de las zonas más peligrosas de Francia, en Saint-Denis, un municipio donde la policía apenas entra.

Mucha gente sin entrada formaba avalanchas para colarse y robar a los aficionados. Empujón tras empujón, trataba de proteger mis bolsillos. Pude ver cómo mi primo Santi caía o que a Gonzalo le golpeaban en la cara. Me agobié por María y Paloma. Mi primo Jaime, que está hecho un toro, logró poner algo de calma. La situación era muy compleja. Había peleas por la presencia de los delincuentes. La escasa policía que había tiraba gas pimienta indiscriminadamente.

Recuerdo que, de repente, en ese inmenso lío alguien me cogió

el móvil; iba a golpearle instintivamente cuando me di cuenta de que era un operario de la UEFA que solo quería validar la entrada. Cuando ya la tenía, sin embargo, hubo otra avalancha que me hizo perder posiciones. Me costó mucho entrar, pero al final lo logré junto con el resto de mis acompañantes. Pensé en mi primo Jorge, que iba con su hijo. Qué horror.

Entré en el estadio y nos enteramos de que en la zona del Liverpool la cosa había ido peor. Muchos aficionados ingleses no habían podido entrar. La final se iba a retrasar. La UEFA y Francia habían hecho un ridículo espantoso. Recordé que Madrid había organizado una Libertadores entre River y Boca en solo ocho días. Un policía accedió a nuestra fila y se llevó a «un sin entrada» que había logrado superar los escasos cordones de seguridad.

Le escribí a Maca y a mi familia para decirles que estaba dentro del estadio, por si estaban preocupados. Los nervios de todo el día se me habían pasado. Estaba cabreado y tenía la sensación de haber vivido una situación absurda. Imaginé cómo habría sido ir con mis dos hijos mayores, Javier y Jaime, y se me puso la piel de gallina. En ese momento también pensé que esa zona tan cercana a París era un lugar dejado de la mano de Dios. Parecía que las autoridades francesas habían arrojado la toalla. Qué peligro tenía eso de abandonar una zona. Aquel lugar está tomado por hordas de delincuentes.

La final se iba a retrasar y tocaba reunir toda la paciencia del mundo. Lo importante es que ya estábamos dentro y que había una final que ganar. En la alineación del Madrid no hubo sorpresas. Alaba se había recuperado y formaría en la defensa junto a Militao, Carvajal y Mendy, con Courtois a sus espaldas. En el centro del campo, Casemiro, Modrić y Kroos, y arriba, Valverde, Vinícius y Benzema.

Escuchaba la alineación a través de una voz amiga, la de Nacho Peña. Días antes me había contado que volvería a ser el *speaker* de la final. Ya lo había sido en las últimas cuatro y nos había ido de maravilla. El Madrid no jugaba con estas cosas, y Nacho bordaría su papel para alentar al Real Madrid en busca de la victoria.

En el Liverpool sí había una novedad. Jugaba Henderson, como había previsto Marcos en mi canal. Completaban la alineación Alisson, Arnold, Konaté, Van Dijk, Robertson, Thiago, Fabinho, Luis

Díaz, Mané y Salah.

La ceremonia inaugural nos anunció que esto ya empezaba. Crucé los dedos, pensé en todo lo vivido durante el año y me dije que tenían que volver a ganar los buenos. Pese a lo vivido, el estadio estaba precioso teñido de rojo por un lado y de blanco por el otro. Había más gente del Pool, como podía apreciarse fácilmente.

Comenzó el partido y, tras unos minutos de tanteo, el Liverpool se hizo con el dominio del balón y el control del partido. Jugaban a otra velocidad. Mané resultaba indetectable para los centrales madridistas, que dudaban si salir a por él o si quedarse protegiendo el espacio. La mayoría de los ataques se iniciaban por la banda de un Arnold que estaba muy activo. El Madrid quería orientar los ataques hacia solo una zona para que Van Dijk y Thiago, que juegan por la izquierda, tuvieran menos peso. Lográbamos nuestro objetivo, pero eso no impedía el peligro. En la grada sentíamos ese respeto que se tiene por un equipo que había salido con la máxima intensidad posible para adelantarse pronto.

El plan del Madrid pasaba de nuevo por hacer un partido largo y que Rodrygo y Camavinga pudieran influir a partir de su entrada al partido. Antes, sobrevivir era un buen resultado. O eso pensaba yo.

En el quince nos llevamos el primer susto. Henderson cedió el balón de cabeza a Arnold, que se coló en el área y puso un balón que Salah acabó rematando con cierta dificultad. El remate, aunque flojo, cogió a contrapié a Courtois, que sin embargo reaccionó a tiempo.

La sensación de esos primeros minutos era de asedio. Poco después lo intentaba Luis Díaz, cuyo disparo fue rechazado por la defensa; Thiago lo probó desde fuera del área, pero su tiro lo blocó sin problemas nuestro gigante belga.

Mané era un continuo incordio. En el diecisiete recibió en el área y cedió a Salah. La posición del egipcio era muy buena y podía elegir el disparo a ambos ángulos, pero afortunadamente la definición fue demasiado al centro y la detuvo Courtois.

Ninguna de las ocasiones había sido clara, pero el Madrid aún no había logrado acercarse a la meta de Alisson, y el Liverpool lo hacía con fluidez y continuidad a la de Courtois. Tratamos de alentar al equipo con nuestros ánimos. Era un momento para saber

sufrir ante un rival que estaba siendo superior.

En el dieciocho era Arnold quien disparaba alto desde una posición escorada. Desde el campo cualquier ocasión parece más clara que en la tele, y el Liverpool no paraba de atacar en el fondo en el que estábamos los madridistas.

Os juro que en el minuto veinte vi el balón dentro. De nuevo Mané recibió en la frontal y con un gran quiebro se quitó a Casemiro y Militao de encima. Su disparo, esta vez sí, fue esquinado y abajo, donde más duele a los porteros. Vi a Courtois volar como le había visto estirarse con el gol de Ramos en Lisboa. Ese día yo vi a Courtois parar ese cabezazo y hundirnos en la miseria a los madridistas en el día de la Décima. Pues bien, esta vez yo veía que el balón iba a entrar…, pero de repente Courtois tocó el balón con la yema de los dedos y la pelota fue hacia el palo; imaginé que tocaría el poste y se colaría dentro, o que tocaría en Courtois y se metería en la portería por la inercia de la propia estirada. Pero no ocurrió nada de eso: el balón, tras rebotar en el poste, salió despedido y Courtois evitó que le contactara. Thibaut acababa de salvar el 1-0 que tanto habría destrozado el guion que tenía el Madrid en la final. Respiré tras haber sufrido mucho en décimas de segundo.

A partir de ese momento, Alaba y Militao comprendieron que la final se estaba yendo en esas recepciones de Mané y empezaron a encimarlo fuera de la zona defensiva. Obviamente, eso conlleva un riesgo: perder el duelo y dejar espacio a tus espaldas, pero la receta actual conducía a la derrota segura. Por suerte, ambos centrales tenían una gran noche, como demostrarían más tarde.

En el Madrid, Carvajal estaba sobresaliendo en defensa. Ante un Luis Díaz mal abastecido, por la querencia del Madrid a orientar el juego hacia el otro lado, el colombiano recibía menos; cuando lo lograba, Dani se lo comía. Menuda forma de competir la de Carvajal cuando las lesiones le permiten tener continuidad.

El Madrid solía intentar salir a través de envíos largos hacia Valverde en la derecha o, sobre todo, hacia Vinícius en la izquierda. Pegado al brasileño siempre estaba Benzema. Sin embargo, Konaté estaba ganando todos los duelos a Vinícius y las salidas con peligro del Madrid morían en ese duelo.

El Madrid buscaba un partido en el que Konaté, con o sin balón,

interviniera mucho más que Van Dijk, y lo estaba consiguiendo, pero el francés exhibió un nivel tan alto que no se notó el éxito de la idea. Sobre todo sin balón.

El partido se calmó algo hasta el treinta y tres, en el que un nuevo centro de Arnold encontró la cabeza de Salah. Courtois atajó el remate sin problemas, pero el susto en la grada no nos lo quitaba nadie.

En el treinta y nueve, Robertson encontró a Mané, que casi sin ángulo chutó fuera, en parte por el rechace de un defensa. Desde mi posición, el efecto óptico hizo que la ocasión me pareciera mucho más clara. Había perdido perspectiva. Qué susto. A la salida de córner, el balón le llegaría a Henderson, que chutó fuera.

En el cuarenta y dos nos levantamos del asiento. Un pase largo a Benzema le permitió plantarse tras el control en el área *red*. Recortó para quitarse al defensa de encima y se encontró a Alisson. En última instancia pudo tocar el balón, que le llegó a Konaté, el cual, junto con el meta brasileño, se hizo un lío con el balón. Valverde aprovechó el despiste para entrar en la disputa; la pelota rebotó en Konaté y finalmente fue Fabinho el que lo tocó desde el suelo en un intento de despeje. El balón le había vuelto a llegar a Benzema, que lo introdujo en la portería haciéndonos saltar de la emoción. Era el 1-0, en la primera llegada blanca.

Sin embargo, nuestro gozo se quedó en un pozo cuando el asistente levantó la bandera por fuera de juego. No entendía nada. Había fuera de juego en la primera acción o en la segunda. Allí no teníamos repeticiones. El VAR empezó a revisar la jugada. Me traté de meter en Twitter o WhatsApp para ver qué decía la gente, pero no había conexión. No se actualizaba. Me giré hacia la pantalla y empecé a gritar como un poseso: «Si lo estás revisando tanto, es que es gol. Tienes que darlo». Lo repetía compulsivamente, a veces en una versión más reducida en cuanto al estilo: «Dalo, dalo».

Los minutos se me hicieron eternos… y finalmente se confirmó el fuera de juego. Cuando pude ver la repetición, comprobé que, en mi opinión, el gol era legal, pues Fabinho había tenido intención de jugar el balón, cosa que habilitaba la posición adelantada de Benzema. Recuerdo que cuando en el descanso me enteré de eso, me volví un poco loco. No quería perder una final en la que me hubieran anulado un gol legal.

Aunque, para ser sincero, había sido una Champions arbitralmente impecable. Pese a las sospechas de tongo que podíamos tener los madridistas por el asunto de la Superliga, los arbitrajes recibidos por el Madrid habían sido muy ecuánimes. De hecho, si hubiera habido una consigna, habría sido fácil anular el 1-1 ante el PSG por falta a Donnarumma. Si nos la hubieran pitado, nadie se hubiera podido escandalizar demasiado.

Ante el City, de tres posibles penaltis en la eliminatoria, nos habían pitado los dos más claros. No había queja por mi parte hasta esa final, en la que es verdad que tocó una jugada difícil.

El gol no subió al marcador, pero sí se le subió a la cabeza al Liverpool, que había comprobado como con una única llegada el Madrid sí había logrado acertar. Lo íbamos a comprobar tras el descanso. El partido ya había cambiado, pero ahora tocaba pasar por el trance de los quince minutos sin fútbol a la espera de que todo se decidiera.

En el intermedio pude comentar con mis amigos y la gente de la zona que era una auténtica faena que nos hubieran quitado ese gol. Nacho insistía en que había visto al Liverpool más cansado a partir del minuto treinta. Yo quería creerle.

Los equipos salieron tras el descanso y, efectivamente, se pudo comprobar que el Liverpool había encajado un gol psicológico. Se mostraba mucho más cauto, cosa que hacía que el Madrid lograra combinar más con el balón.

En el minuto cincuenta y ocho, el Madrid estaba disfrutando de una de esas posesiones largas cuando el balón le llegó por la derecha a Modrić. Ante la presión del Liverpool, el genio croata reculó, pero no quería rifar el balón. Según iba retrocediendo metros, atraía la presión de los jugadores ingleses, lo cual generaba un espacio a su espalda. Fue entonces cuando vio a Carvajal más adelantado y le cedió la bola con la izquierda, en un gesto técnico impecable que hizo pasar el esférico entre dos rivales ansiosos por robarlo.

Carvajal se dio la vuelta y vio a Casemiro en el centro. Su pase no careció de riesgo; de nuevo dos jugadores del Liverpool se habían lanzado a por él para robarlo y generarle un problema gordo al Madrid.

El brasileño recibió de cara y orientado hacia la derecha, así que

pudo ver que Valverde estaba solo en la banda, dispuesto a recibir y castigar el espacio que el Liverpool había dejado en su presión.

Fede iba camino del pico del área, y nos recuerdo a todos pidiéndole que encarase. Era una situación bastante clara, dadas las circunstancias. Valverde avanzó y avanzó hasta llegar cerca de la posición de Van Dijk, que se había visto obligado a salir de la cueva ante la ausencia de Robertson. Ya en el área, Fede armó un centrochut.

Por el otro lado, corría Vinícius, y corría mucho. El brasileño tenía la orden de castigar el espacio igual que había hecho en la eliminatoria del año pasado, aprovechando los numerosos espacios que deja Arnold. No obstante, no lo estaba logrando. A diferencia del año anterior, esa noche se estaba encontrando con Konaté, un central que esa noche estaba imperial. No le estaba dejando ganar ni una.

Sin embargo, esta vez Vinícius había visto como la jugada armada por la derecha podía dejarle una oportunidad de intervenir si corría, pero debía hacerlo mucho y ganar a Arnold. Esta vez Konaté había tenido que ir a ocupar el centro del área por la salida de Van Dijk. Fue entonces cuando el centrochut de Valverde le llegó al brasileño, que, a diferencia del día del City, esta vez sí logró llegar con tiempo para chutar con el interior de su pierna derecha. Alisson estaba batido y el disparo no le dio ninguna oportunidad. Era el 1-0.

Estallamos, aunque no tardé en pensar en que quizás hubiera fuera de juego. Nada más odioso que vivir un momento de euforia máxima que después arruina la justicia del VAR. Me contuve un poco, pero al cabo de unos segundos resultó imposible. Me abracé a todo el mundo. También a los pesados que tenía a la izquierda y que no estaban sabiendo comportarse. Ojos rojos, ese gol podía ser decisivo, aunque quedaba mucho.

Todo había surgido de la tranquilidad y la clarividencia de Modrić para leer la situación y generar el espacio acercándose a su portería. Se había aproximado al gol yendo en dirección contraria. A partir de esa superioridad, el Madrid había administrado la jugada de forma inmejorable. Eso era fútbol, y tenía especial mérito en una final, con las pulsaciones a tope y ante un rival temible que penalizaba mucho los robos en campo contrario. La situación no

tenía nada de milagrosa, aunque el resultado sí lo fuera hasta cierto punto, dado el diferente número de ocasiones generado por cada equipo. Quedaban treinta y dos minutos más el descuento; aquello se iba a hacer muy largo. Ahora el Liverpool atacaría sin ambages. Ya estaba perdiendo la final como había imaginado desde el gol anulado a Benzema que tanto les afectó.

En el sesenta y tres, Salah quiso dar su respuesta. Hasta ese momento, el Madrid había conseguido detener siempre su diagonal desde la derecha hacia dentro. Era su movimiento más mortífero. Esa vez no pudieron frenarlo y el egipcio encontró posición de tiro, pero la estirada de Courtois le alejó de la gloria, otra vez.

Alaba y Militao tenían controlado a Mané, mientras Carvajal se estaba cenando a Luis Díaz, que fue sustituido por Jota. Mendy lo pasaba peor con Salah y Arnold, tenía el papel más difícil de la noche. Mané ocupó la banda izquierda, y Jota, todo un verso suelto, la delantera.

Casemiro hacía las veces de tercer central y estaba cuajando una enorme actuación defensiva. Kroos y Modrić le daban aire al Madrid con sus posesiones cada vez más orientadas a tratar de sorprender al contragolpe.

Arriba, Benzema y Vinícius permanecían juntos y Valverde era un pulmón constante que compensaba con sus esfuerzos a todos los demás. El equipo estaba compitiendo con todo y sabía sufrir ante las embestidas del Liverpool.

En el minuto sesenta y ocho, Henderson centró un balón que parecía que se perdería por la línea de fondo. Sin embargo, Jota llegó y lo puso en el palo contrario. Courtois, que se había acercado a ese poste, remontó sobre su línea de portería sabedor de que en el otro lado Salah se relamía para empujar el balón a la red. Thibaut se lanzó con la pierna y bloqueó el disparo del egipcio cuando ya se cantaba gol en el graderío de los de Liverpool. Menos mal.

Yo estaba pasándolo fatal. Aunque no era como en la primera parte, el Liverpool se seguía acercando, pero ya casi tocábamos la Decimocuarta con las manos. Perderla sería durísimo. Había que resistir.

Cuando hago estos viajes a las finales, siempre está presente ese pensamiento de qué ocurrirá si perdemos. Qué dura se me hará la salida del estadio, la vuelta a casa. Siempre empatizo con la afición

rival por eso. En Lisboa y en Milán lo hice especialmente. El desenlace que tuvo que soportar el Atleti fue muy cruel.

En este viaje a París, el riesgo de perder resultaba evidente. Las casas de apuestas volvían a dar como muy favorito al Liverpool, y el factor Bernabéu, decisivo en las otras eliminatorias, no estaría presente. Sin embargo, uno siempre viaja con la esperanza de pasarlo bien los días previos y después ver ganar a su equipo. Lo teníamos muy cerca. Solo había que aguantar un poco más…, y teníamos a Courtois. Más tarde, Ancelotti confesaría que el portero belga le aseguró que esa noche no le iban a meter ningún gol.

En el setenta y siete, el Liverpool retiró del campo a Thiago y Henderson para dar entrada a Keita y Firmino. Su disposición sería de 4-2-4. Los recursos ofensivos de los ingleses parecían inagotables.

Muy poco después, un lanzamiento de Salah fue desviado por Jota, cosa que obligó a Courtois a rectificar para desviar el disparo raso. Desde mi posición era difícil calcular la fuerza del balón, por lo que, cuando vi el desvío, me temí lo peor.

En el ochenta y dos casi nos da un infarto. Salah recibió un envío muy largo e hizo un control propio de un crac mundial. Estaba en la derecha mano a mano con Mendy, que, inteligentemente, le ofreció la salida por fuera con su pierna mala, negándole ángulo de disparo. Salah dribló y sacó un disparo mucho más potente y colocado de lo esperado. De verdad que temí lo peor, ya que estaba realmente cerca de la portería. Pero Courtois no iba a permitir que nadie le marcara un gol esa noche; con unos reflejos alucinantes, se quitó el balón de encima despejándolo hacia la línea de fondo. Esta parada, junto con la que le había hecho a Mané en la primera parte, eran un milagro, propias del mejor portero del mundo, que ya había salvado al Madrid en las eliminatorias anteriores.

Posteriormente, esto fue objeto de crítica por parte de los antis, pero el Madrid tiene en sus filas al mejor portero del mundo y sus paradas tienen el mismo valor que los goles de Benzema.

La defensa se abalanzó sobre Courtois porque lo que acababa de hacer tenía el mismo valor que un gol.

En el ochenta y cuatro salió Camavinga por un exhausto Valverde, y después Ceballos por Modrić. El de Utrera tendría una

buena ocasión al final, pero no decidió bien.

Poco importaba, ya solo quedaba seguir resistiendo con un Casemiro, un Alaba y un Militao imperiales. Lo sacaban todo y celebraban cada acción como un gol. Yo también lo hacía desde la grada. En el noventa y tres, Rodrygo sustituyó a Vinícius, para perder el poco tiempo que quedaba.

Se habían cumplido ya los cinco minutos de descuento. El balón lo tenía Courtois. Ya no se podía escapar. El árbitro señaló el final… y lo que ocurrió después es una de las sensaciones más maravillosas que un aficionado al fútbol puede sentir.

Grité, me volví a celebrar y contra mi costumbre grabé mi reacción de esos momentos. Me cuesta expresar mis emociones salvajes cuando ocurren, que no es muchas veces, pero en esa ocasión tocaba. Desde mi llegada a París había estado grabando un blog para mi canal relatando el viaje y la experiencia. Tocaba abrirme también en esos momentos. Días después, algún tuitero sacaría una foto de ese momento: mi cara desfigurada reflejaba mi enajenación transitoria. Nos lo merecíamos. Era la Champions más épica de la historia. Cuando nadie contaba con el Madrid, la habíamos logrado.

Llamé a Maca para decirle que la quería. Había visto el partido junto con los niños en casa de unos amigos. Estaba emocionada por mí. Me pasó a los niños, que se alegraban más por el loco de su padre que por ellos mismos. No existe amor más incondicional.

Llamé a mi padre, siempre lo hacía tras cada partido desde que los empezamos a ver separados. Ahora mi trabajo me lo impide, pero no en una final. Lo celebramos y de fondo escuché a mi madre emocionada. Son madridistas, mucho, pero también se alegran porque el día a día de su hijo es más placentero cuando gana el Madrid.

Todo lo que me estresaba la ceremonia inaugural se compensaba con la relajación de la entrega de trofeos. Aplaudí al Liverpool porque había sido un rival increíble. El equipo de Klopp llevaba cinco años con un muy buen nivel en Europa. Tres finales en un lustro así lo atestiguaban, pero las tres veces que se había cruzado con el Madrid había perdido. El club blanco era para el Liverpool lo mismo que para el Atleti del Cholo, que estuvo cayendo con el conjunto madridista durante cuatro años seguidos en Europa,

cuando era un verdadero aspirante a ganar la Champions.

Marcelo, el querido capitán, ya había levantado la copa con nuestra euforia como mejor acompañante. Raúl, visiblemente emocionado, se la había llevado. Los jugadores lo celebraban con sus familiares, pero también con la grada. Alaba levantó la silla por última vez en la temporada, como correspondía hacer. Era la Champions de la silla, de lo deliciosamente absurdo. Era la Champions de las lágrimas, de las emociones, de los infartos. Era una Champions muy madridista y no solo por el campeón. Era el fútbol que nos enganchaba.

Klopp diría en rueda de prensa con bastante dolor: «Ha sido un partido difícil, luchado mucho por ambos después de una temporada dura. Hemos tenido más ocasiones, pero el Madrid marcó y se acabó. Ha sido un partido muy igualado, el Madrid ha jugado mejor, pero nosotros tuvimos muchas ocasiones.

»El Madrid es increíble. La posesión fue del cincuenta por ciento, pero nosotros tuvimos más disparos, más disparos a puerta, pero la más definitiva la tuvieron ellos. Ellos marcaron y nosotros no, es la explicación más fácil del fútbol. Ha sido un resultado muy difícil de aceptar.

»Creo que el Madrid ha tirado una vez y ha hecho gol, ¿no? Escuchad, respeto completamente al Real Madrid. Hagas lo que hagas, mientras esté en las reglas, está bien, nosotros también hemos tenido que defendernos en muchos momentos. El Madrid pudo haber jugado mejor, pero no les hizo falta y ganaron.

»No sé cuáles son las estadísticas, Courtois ha sido el hombre del partido. Necesitas un poco de suerte y podíamos haber tenido ocasiones más claras, pero tenemos que aceptarlo, y un gol del Madrid ha sido suficiente. Felicidades al Real Madrid».

Florentino Pérez, presidente del Real Madrid que acababa de ganar su sexta Champions, igualando a Santiago Bernabéu, declaró: «Ha sido una temporada muy buena y se nos ha dado todo muy bien. Es una de esas temporadas que saben muy bien. Cuando ya llevas cinco (Champions), es una más.

»Estoy muy contento porque hemos hecho un equipo en el que se llevan muy bien los jóvenes con los mayores. Y los aficionados estamos muy contentos por esa gran unión entre la afición y los jugadores.

»Es un club de valores; como aquí los socios no repartimos el dinero, la satisfacción es que todos los aficionados estén contentos.

»Ancelotti, como director de orquesta, es muy importante. Hay que gestionar veinticinco personalidades distintas. Cuando todo sale bien, es porque todos lo han hecho bien.

»Nuestra victoria es que la afición del Real Madrid esté contenta. Hoy no existen ni Mbappé ni nada. Hoy existen los jugadores del Real Madrid que han conseguido ganar la Champions League».

Benzema, el indiscutible mejor jugador del mundo en 2022 y futuro Balón de Oro, explicaría: «Hemos ganado la liga, hemos ganado la Champions, ha sido un año muy difícil. Ha sido una final muy merecida y hoy hemos demostrado que estamos más vivos que nunca. Las finales son muy complicadas, pero el gol en fuera de juego nos ha servido para entrar dentro del partido».

Fede Valverde, todo nervio y corazón, como reza el himno, reconocería lo duro que se le había hecho el partido: «Hay que agradecer a la gente todo el apoyo que nos dieron para el partido. Si te digo la verdad, he ido más al baño que en toda mi vida. Durante el partido me ha costado correr hacia delante, porque estaba muy pendiente del lateral del Liverpool».

Carlo Ancelotti se acababa de convertir en el primer entrenador con cuatro Champions League. Batía su segundo récord de la temporada tras haber ganado también las cinco grandes ligas: «No me creo que tenga cuatro Champions League. Hemos sufrido un poco en la primera parte, pero el compromiso ha sido perfecto. Hemos hecho un gran trabajo atrás y ha salido todo muy bien. Courtois ha hecho una temporada fantástica.

»Hemos logrado algo que nadie esperaba al principio. Somos felices.

»Tenía confianza. Conozco muy bien a estos jugadores en estos partidos. La confianza. Queríamos tener un juego vertical y bajamos el bloque un poco. Era nuestro plan».

Carvajal, jugador que se había reivindicado completamente en el final de temporada, dijo: «Cuando lleguemos a Madrid, lo celebraremos como es debido. Todavía estamos todos un poco patidifusos, yo creo que no nos lo creemos todavía. La Champions de hoy era muy especial para nosotros, para mí. Hemos tirado de oficio, hemos sabido sufrir y ya tenemos otra Copa de Europa.

»Es algo mágico. Ser uno de los jugadores con más Copas de Europa en la historia es genial. Hemos dado un golpe encima de la mesa.

»Ha sido un partido muy intenso, el Liverpool nos ha llevado al límite. Creo que en la primera parte no nos hemos encontrado del todo cómodos. Creo que he hecho un partido bastante completo, sobre todo defensivamente».

Courtois, MVP de la final sin discusión, reconocería sin falsa modestia: «Hoy ha sido una auténtica pasada, una locura. He sacado tres o cuatro paradas de campeón. He sido el mejor portero del mundo durante toda la temporada».

Vinícius, revelación de la temporada en Europa, dijo: «Ahora, a celebrar y a disfrutar, que hemos trabajado mucho a lo largo de la temporada. Llegar aquí y ganar… Creo que no hay cosa mejor que ganar con esta camiseta.

»Era un sueño para mí jugar una final de la Champions, y haber marcado es lo más grande que se puede tener.

»Los jugadores del Madrid ya están acostumbrados a ganar, hay varios que tienen cinco. Por ser la primera para mí, estoy muy contento. A seguir haciendo historia en este club».

Casemiro había tenido una temporada difícil, pero había hecho una enorme final y nunca le fallaba al equipo como líder: «Todas son muy difíciles. Solo nosotros sabemos lo difícil que es ganar todos los años.

»Ha sido difícil lo del retraso del inicio por los jugadores. Somos los dueños del evento. El público es lo más bonito, pero la organización podría haber organizado todo mejor. Una sensación de desorganización. Hay que cumplir con el horario.

»Claro que la seguridad es lo primero, pero hay un horario. Si nosotros somos profesionales, la Champions debe tenerlo. No solo el míster. Hemos calentado, luego fríos otra vez. Es la primera vez que me pasa algo así».

El resto del mundo del fútbol era un clamor valorando la temporada que acababa de hacer el Real Madrid y el buen papel del Liverpool en la final. Courtois había decidido el torneo el último día, el más importante.

Por mi parte, pensaba en la temporada de Benzema, que le consolidaba como uno de los mejores jugadores de la historia del

club.

Por supuesto, también me alegraba mucho porque el gol de la Decimocuarta fuera de Vinícius, un chico al que era imposible no amar y que había aguantado carros y carretas desde su llegada al club. Florentino nunca había dejado de confiar en él. Decir que era el hombre de la Decimocuarta, como lo fue Pedja Mijatovic de la Séptima, era exagerado, teniendo en cuenta el partido de Courtois, pero el gol decisivo ya no se lo quitaría nadie.

Dadas las condiciones de peligrosidad al salir del estadio, apenas pude hacer un directo. Nacho, Jacobo y yo, todavía emocionados, nos refugiamos en un pobre establecimiento que preparaba un kebab que nos supo a gloria; desde allí, escoltado por madridistas, grabé desde Saint-Denis el vídeo de la Decimocuarta. El viaje había acabado. Objetivo cumplido. Una vez más.

# Conclusión

Como habéis podido ver, he tratado de trasladar de la manera más honesta que he podido cómo viví la Decimocuarta Champions del Real Madrid, mi club.

Creo que ningún título de cuantos haya vivido explica mejor la esencia y los valores del Madrid. He insistido durante muchos de los pasajes de este libro en que el Madrid no era favorito al principio de la temporada para llevarse la Champions. En las eliminatorias, estuvo más muerto que vivo la mayor parte del tiempo. Incluso cuando tenía todo a favor, se complicó la vida ante el Chelsea. También es propio del Madrid que le salga mal eso de especular con el resultado.

Los dos minutos ante el PSG que valieron el segundo y tercer gol, así como los dos minutos ante el City que igualaron la eliminatoria, formarán parte del imaginario colectivo para siempre. Los que estuvimos allí, en el Bernabéu, lo sabemos, pero también lo saben los madridistas que lo vieron desde sus casas o bares. Jamás nadie nos podrá quitar eso.

La sensación de que el Real Madrid puede hacer lo imposible está más vigente que nunca. Las leyendas de los años ochenta que protagonizaron remontadas imposibles verán con orgullo como este grupo de veteranos y noveles han seguido su estela. Esto es patrimonio del Real Madrid. Ya no solo es cuestión del convencimiento propio de que nada es imposible, sino que ahora el rival sabe perfectamente que nunca puede dar por muerto al Madrid. Los jugadores del PSG, Chelsea y City lo comprendieron, y es probable que eso los bloqueara en los momentos más decisivos de las eliminatorias.

El grupo humano que el Real Madrid ha formado esta temporada

es inmejorable. Una unión perfecta de veteranos y jóvenes que han aprendido en un año lo que muchos futbolistas no podrán aprender en una vida futbolística. A ellos les corresponderá ceder esa antorcha a las nuevas generaciones que vengan inspiradas y enamoradas por el ejemplo que ha dado el Madrid este año. Solo hay que escuchar a Tchouaméni y a los que llegarán en el futuro.

Un vestuario con nuevos líderes tras la salida de los anteriores. Unos líderes con un sentido muy global de la vida y del grupo. Modrić, Casemiro, Benzema, etc., son todo un ejemplo de que la firmeza puede ser compatible con la generosidad. Que la grandeza puede ser humilde.

Un vestuario muy madridista, como ha reconocido Florentino. Nadie se cree por encima de los demás, y mucho menos del Real Madrid. Podría parecer algo baladí, pero, viendo los éxitos de la temporada y cómo se han conseguido, su valor parece claro.

Aunque el antimadridista no lo pueda ver así, este Real Madrid también ha resultado inspirador para la sociedad. Es solo fútbol, podrán decirme, pero también Nadal es solo un tenista y, sin embargo, es un ejemplo para los demás. Este Real Madrid ha puesto en valor la importancia del esfuerzo, de la fe, de la entrega máxima.

Lo ha hecho sin levantar la voz, sin malas artes. Todo nervio y corazón.

Reto a cualquiera a encontrar en la historia del deporte una epopeya como la protagonizada por el Real Madrid durante la primavera de 2022. Una sucesión de hechos comparable a las tres remontadas. Creo que no se va a hallar nada igual. Por eso, este libro, peor o mejor escrito, tenía sentido pasase lo que pasase, pero afortunadamente lo he podido escribir desde la alegría de la victoria.

Gracias, Real Madrid. Gracias por haberme hecho disfrutar como nunca lo había hecho. Y ahora… a por la Decimoquinta.

RAMÓN ÁLVAREZ DE MON MONTOLIU estudió derecho y diplomatura de empresariales en la Universidad Pontificia de Comillas (ICADE). En la actualidad es socio del bufete Álvarez de Mon- Senante Abogados. Desde 2015 colabora en La Galerna. Tertuliano habitual del programa La Tribu de Radio Marca, desde hace cinco temporadas, actualmente se ha convertido en comentarista de todos los partidos del Real Madrid. También desde julio de 2021 es un habitual de El Gran Debate, de Gol TV. Además tiene su canal de YouTube Ramón Álvarez de Mon.